Chloe Collins

Este amor no es viral

ESTE AMOR ~~NO~~ ES VIRAL

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Prólogo

Mientras estudiaba periodismo, todo el mundo decía que era una profesión maravillosa, y eran tan convincentes que creo que lograron que mucha gente se lo creyera... igual que yo creía que el café instantáneo era café de verdad. Con los años, ya no me entusiasma formar parte de esta profesión; lo único que siento es que estoy a punto de dormirme y, si existiera una forma oficial de medir cuánto tiempo llevo despierta, al menos podría cuantificar mi preocupación por mi incapacidad para mantenerme despierta mientras trabajo.

Mi día a día consiste en entrevistas absurdas, artículos reciclados con nuevos títulos y cafés recalentados que deberían venir con una advertencia sanitaria. Todo muy inspirador. Todo muy profesional.

Tengo un blog anónimo. Es casi como una terapia para mí, me ayuda a mantenerme emocionalmente estable, además de ser una forma útil de desahogarme sobre la cantidad de experiencias espantosas que he tenido saliendo con gente. La mayoría de mis publicaciones incluyen sarcasmo y una buena dosis de autocompasión mientras detallo mis desafortunadas experiencias románticas. Hay de todo: desde citas fallidas con largas ausencias durante las mismas, hasta mentiras tan obvias que podrían considerarse un insulto a la inteligencia humana, o despedidas después de haber tenido el tiempo necesario para terminar la bebida. Parece que todas las mujeres que conozco han leído mi blog, comentado en él y lo han reenviado a alguien más con la sensación de "menos mal que no me pasó a mí".

En el trabajo nadie sabe que soy yo la responsable de esta serie de fracasos. Sin embargo, el único que está al corriente es mi fiel amigo Álvaro, quien me ha acompañado en muchos de los errores que he cometido últimamente. Esta situación no se prolongará por mucho tiempo. Greta, la chismosa de la oficina, ya ha empezado a sondear la información y pronto se la comunicará a Clara Montoya (nuestra jefa). Pero no adelantemos acontecimientos aún.

Soy Vera, Vera Medina. Soy una chica normal, si me lo permiten. Una rubia pero aunque no sea la más lista, tampoco me considero tonta. Pelo largo, piernas largas, buen pecho. Ya sé que el cliché viene de serie: "Las rubias no somos tontas", para parodiar todo lo contrario. Lo he oído tantas veces que podría imprimirlo en una camiseta.

Pero sí, soy una chica guapa, tengo una figura fantástica, y no voy a mentir; me ha ayudado con los hombres. La cosa es que creo que mi radar emocional solo detecta idiotas. O tal vez la idiota soy yo. Todavía no lo he decidido.

Luego estaba «el» amor. Ese que dura toda la vida. Ese en el que haces planes, compartes llaves y estás segura de que esta vez es de verdad. ¡Hasta que llegas a casa inesperadamente temprano y lo encuentras en la cama con tu mejor amiga! Sin metáforas. Sin puntuación. Así de simple. Ahora veo el amor con el escepticismo cauteloso que solo los cínicos novatos pueden reunir, solo risas resonantes. Después de todo, si no puedes reír, lloras. Y llorar arruina tu rímel.

Aquí estoy, sentada en mi bar de siempre, escribiendo esto con un café que no es el que pedí —otra vez—, intentando recordar el momento en que empecé a tomar malas decisiones una tras otra. El camarero me hace sentir como si fuera mi problema, el café me juzga desde la taza, y sigo escribiendo: escribir es lo único que no me abandona a mitad de frase.

«¿Tengo algún problema?»

«Sí. De hecho, bastantes».

«¿Sé cuál es el principal?»

«No».

«¿Pienso solucionarlo pronto?»

«No, la verdad es que no».

Pero tengo un teclado, conexión a internet y una historia que contar. Y hoy, sinceramente, eso es lo más parecido a un plan que tengo.

Capítulo 1

Casi todas las tardes veo mi sitio habitual en el bar, que suele estar medio lleno. Bueno, medio vacío si lo ves desde mi perspectiva, ya que son las cuatro de la tarde y todo el mundo sigue trabajando. Abro el portátil y finjo que tengo algo que hacer —y suspiro, esperando que eso me ayude de alguna manera—.

Pido un café solo, muy caliente, sin siquiera mirar al camarero, quien simplemente asiente y desaparece tras la barra. Al regresar cinco minutos después con mi taza, mi primera impresión me hace dudar de la temperatura del café. Tomo un sorbo y, como era de esperar, está tibio.

—Esto no está caliente —digo con una calma inusual en mí.

—Así es —responde Lucas, mirándome como si acabara de terminar una discusión sobre ciencia o algo parecido. Al fijarme en él, veo que tiene barba de dos días, una camiseta negra, una sonrisa muy molesta y una calma y seguridad que me indican que no se amedrentará ante mí; lleva escrito Lucas en su delantal. Por alguna razón, aunque no logro entenderla, no me cae bien Lucas y él no se lleva bien conmigo. Parece que le gusta fastidiarme; creo que lo hace a propósito.

—No. Está tibio. Un café tibio es una falta de respeto —replico irritada.

—Está fuerte —dice simplemente—. El calor enmascara el sabor.

—De acuerdo —respondo con mucha rabia. Siempre tiene que contradecirme o molestarme de una forma u otra—. Entonces, dame sabor. Y que esté caliente si no te importa.

Me mira fijamente durante un rato con una sonrisa. Una sonrisa cínica como pocas. Debería ser ilegal que alguien con un rostro tan atractivo tenga una sonrisa tan cínica. Podría reconocer que es guapo, pero no lo haré por lo mucho que me desagrada. Es el típico matón; ¡sabe cómo fastidiarte de la forma más ofensiva imaginable!

—Te traeré otro.

No se disculpa. Anoto mentalmente el detalle; esto tiene que aparecer en mi blog porque es un ejemplo clásico de alguien prepotente.

¡La espera es lo peor! Abro mi portátil y la pantalla en blanco me resulta horrible. Me recuerda a mi trabajo en la redacción; incluso pienso en la revista *Actual*, ya he enviado el artículo de esta semana; sin embargo, no recuerdo absolutamente nada de todo lo que envié. Pienso en mi última cita, hace un mes. ¡Creo que es más fácil escribirlo todo que decirlo en voz alta!

El camarero regresa con otra taza y la coloca frente a mí.

—Perfecto — dice con esa sonrisa cínica, y percibo cierta malicia en sus ojos.

Tomo un trago. Me quema la piel y aprieto los puños. Si pudiera, juro que le daría una patada con los zapatos carísimos y ridículos de Claudia (Claudia es mi jefa), pero llevo zapatillas deportivas y dudo que pudiera hacerle daño alguno.

Lo miro con furia.

—No te voy a dar las gracias —digo con disgusto.

—No esperaba que lo hicieras —responde bromeando.

Y por alguna razón, eso me irrita más de lo que debería.

Por un momento, me quedo mirándolo fijamente. Luego cierro la laptop y me doy cuenta de que en realidad no estoy tan enojada por el mal café. Creo que siento más frustración por todo lo demás que está pasando en mi vida ahora mismo. Además, puedo notar que está disfrutando de mi incomodidad, así que si eso es lo que disfruta, no obtendrá nada de mí.

La abro de nuevo, respiro hondo y empiezo a escribir debajo del nombre de la cita:

El jacuzzi que no probé

Hay personas que no saben cómo seguir adelante. Otros, directamente, te engañan.

Personalmente, creo que es mucho más prudente marcharse rápidamente que relajarse demasiado en casa ajena, incluso si la posibilidad de relajarse es muy tentadora (como en un jacuzzi con

luces de colores). Nadie con un pasado estable se iría a un jacuzzi en su tercera cita. Nadie.
La foto que se tomó hoy temprano es de mi familia y yo, pero es tan grande que parece una reliquia colgada como una obra de arte en una galería. Somos mi ex esposa, nuestros dos hijos y yo, todos sonriendo, felices y mirando a la cámara, dándome la bienvenida a lo que creo que fue un museo emotivo para ustedes.
Muy romántico, sin duda.
Nos habíamos reunido antes para tomar un café y charlar amistosamente. Pensábamos que "podría ser peor" en comparación con lo que podría pasar si decidieras herirme o traicionarme. Cuando me invitaron a su casa, una cosa era vernos, pero llegar y encontrar una fotografía suya de una vida anterior colgada en la pared antes de que tuviéramos la oportunidad de conocernos de verdad fue sumamente decepcionante.
Pregunté. Por supuesto que pregunté.
Dijo que era una foto importante, ya que sus hijos la valoraban, y que no veía ningún problema. Estuve de acuerdo. Estuve de acuerdo muchas veces. Porque si alguien puede defender una foto familiar en una cita, puedes estar seguro de que discutir con él no te llevará a ninguna parte... ¡excepto quizás al jacuzzi!
Sí, el jacuzzi apareció en escena.
Iluminado. Tentador. Prometedor de olvidar las malas decisiones durante, al menos, veinte minutos.
Por un instante, pensé en flotar un rato en el agua antes de levantarme y seguir mi camino. Me sentía agotada; el agua estaba cálida y tentadora; a veces uno se pregunta si existe algo así como disfrutar en lugar de intentar constantemente escapar de algo o de alguien. Sin embargo, al pensar en esta fotografía de mis hijos con su madre, en su marco plateado, me di cuenta de que huir sigue siendo mi mejor opción por ahora.
No clasificaría esta interacción como un «desastre». Un «desastre» se define como algo que tiene un componente de emoción. Esto fue simplemente una despedida «seca», amistosa y rápida. No hubo burbujas para sellar nuestra separación. No me arrepiento de ello. Y además logré mantener la compostura durante todo el encuentro. En

este momento estoy en mi bar habitual escribiendo esto con una taza de café que no sabe a café. El camarero afirma que está «caliente» y yo afirmo que estaba «mal preparado». Ninguno de los dos cede en su postura.
Mientras escribo, puedo contar con que escribir es menos costoso que la terapia; sin embargo, también es menos vergonzoso que pedirle consejo a un amigo sobre cómo logré escapar de otro intento fallido de relación amorosa. Ojalá no fuera cierto, pero siento que debería llevar un registro de los eventos que constituyen "pequeñas tragedias" en nuestra sociedad actual. Si no lo hago, podría encontrarme pensando que exageré algo mañana (que suele ser el caso), cuando claramente me quedé corta.

Conclusiones del día:

1. *Cuidado con los chicos que comparten demasiados detalles de su pasado.*
2. *No aceptes una cita romántica en un jacuzzi.*
3. *Evita confiar en palabras emotivas sobre el café.*
4. *Recuerda que estar a solas en un bar escribiendo suele ser mejor que la mayoría de las citas.*
5. *Mañana será otro día. Otra cita. Otro error.*

Vera.

Termino la publicación actualizando la página y suelto una risita. Personalmente, algunas cosas me resultan humillantes, pero, como ya comenté en mi publicación, es una terapia escribirlo.

Al mirar hacia la barra, veo al camarero sonriendo como si le encantara todo esto. Así que, antes de apagar el ordenador, actualizo el navegador y, para mi sorpresa, ya hay cinco respuestas a mi publicación en menos de dos minutos. Leo las respuestas y vuelvo a actualizar; ahora hay diez más. Una de ellas dice: "¡Esto es increíble! ¡Tuve una experiencia similar hace poco y también salí corriendo del jacuzzi!".

Me conmueve pensar en lo triste que ha sido esto, no solo para mí, sino también para otras personas que han pasado por lo mismo y no se atrevieron a decirlo en voz alta. Cuando llegue a casa, le contaré todo a Álvaro. Sé que me entenderá, me escuchará y, al menos, sé que es mi mejor amigo y que no me juzga por nada.

Capítulo 2

Al llegar al trabajo, apenas tengo energía para entrar sin querer darme la vuelta y volver corriendo a casa. Hoy es un día de mucho cansancio; he dormido muy poco. Anoche, antes de acostarme, leí los comentarios de mi publicación: ¡tenía casi 100! No suelo tener tantos, ¡me asusta un poco! Con una taza de café en la mano, la mochila al hombro y la firme intención de no pensar en jacuzzis, fotos familiares ni en la dudosa decisión que tomé, entré en mi oficina.

Enciendo el ordenador. Abro mi correo electrónico. Nada fuera de lo común. Abro el blog.

¡¡Casi mil comentarios nuevos!!

Me quedo inmóvil unos instantes. Cuento hasta tres antes de parpadear. Cierro esa página y la vuelvo a abrir. Es lo mismo: siguen ahí, no he cometido ningún error y el jacuzzi que decidí no usar no será solo mío.

Sin dar mi opinión, comento: "Leí la versión publicada y me reí, pero casi pierdo mi trabajo por reírme a carcajadas en la oficina". "Quiero agradecerte por decir lo que mucha gente piensa pero no hace". "Una excelente recomendación para la oficina, ya que es una forma amena de compartir con los compañeros durante los turnos de trabajo".

"Mis amigos y yo nos mantendremos alejados de los jacuzzis de ahora en adelante". Trago saliva y actualizo la página. Trescientos dieciocho comentarios nuevos. Miro las estadísticas. Hay un aumento enorme, realmente enorme, en las visitas desde mi última publicación. No tenía ni idea de cuánta gente vería una publicación sobre mí.

—Hola, cariño —dice Álvaro mientras se deja caer en su silla y coloca su mochila a su lado

—No me mires —le digo—. Eso nunca es buena señal —giro mi computadora hacia Álvaro. Él lee el mensaje y no sonríe. Luego sonríe. Después se recuesta sobre la mesa.

—Vera… Esto no solo ocurre aquí, se está viviendo en todo el mundo— expone feliz.

—Estamos en la era del pánico por el wifi —, explico.

—Es algo de lo que todo el mundo habla como si fuera un servicio público.

— Correcto —responde entusiasmado.

—¿Y qué hay del comentario en esta publicación: "Se lo he enviado a mi hermano/a, a otro familiar y a mi terapeuta"?

Me mira y sonríe.

Vuelvo a actualizar. Cuatrocientos noventa y siete comentarios nuevos.

—Álvaro… —susurro en voz baja —¿Y si alguien ya lo ha visto?

Él levanta una ceja como diciendo

—¿En serio? Vera, te garantizo que alguien de esta oficina lo está leyendo ahora mismo y está sentado detrás de ti —dice bromeando—. Eres tendencia en todas partes, incluso en TikTok".

Greta se acerca y se para detrás de mi escritorio. Echa un vistazo a mi portátil y luego sonríe… ¡una sonrisa demasiado grande!

—¡Lo del jacuzzi fue una locura!, —indica—. Vi ese vídeo de TikTok anoche.

Se me revuelve el estómago. ¡Cierro el portátil de golpe!

—¿Estás bromeando? ¿TikTok? —exclamo incrédula.

—¡Sí, bienvenido al inframundo! —dice Álvaro, echando un vistazo a la pantalla cerrada del ordenador. Recuerdo estar en el bar, bebiendo un café importado horrible, y la gran idea que tuve anoche al escribir mi poema.

No me arrepiento de mi decisión de seguir adelante con esto; simplemente me enfada no encontrar la manera de revertirlo.

***

A las 10:00,04 AM me programan una reunión con Clara Montoya en su oficina, como de costumbre (sin invitación). Si no recuerdo mal, debía estar en su oficina aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos después de mi llegada.

«¡Me encanta! ¡Ahora tengo tiempo de sobra para morir!»

Mientras camino por la redacción, siento las miradas, sean reales o imaginarias. Greta me mira y sonríe.

«Esa sonrisa es ilegal en algunos países».

Mi jefa, Clara, está sentada en su escritorio mirando su ordenador, no a mí.

—Cierra la puerta, Vera.

La cierro con cuidado.

«No vaya a ser que hago ruido y active el modo despido inmediato».

—Siéntate

Me siento, cruzo las piernas, luego las descruzo y las vuelvo a cruzar.

Clara levanta por fin la mirada y me observa como si fuera un experimento interesante.

«¡Genial! Ahora me siento como pez fuera del agua».

—¿Te gusta escribir?

Parpadeo. (Parece que hoy es una constante).

—Sí.

«También me gusta respirar, pero espero que no pienses quitármelo».

—No para la revista; me refería a nivel personal.

«Entendido; volvemos al punto de partida».

—Supongo —respondo—.Eso es algo muy personal.

—Muy personal, además de muy leído —dice mientras gira su computadora hacia mí. Y ahí está. Mi publicación. Con números. Un gran número.

Se ha convertido en una fuente de riqueza monetaria...

«¡No puedo creer que me descubrieras por escribir un artículo sobre jacuzzis!»

«Mi madre estaría muy contenta con mi éxito como escritora».

—¿Sabes cuántas veces se ha compartido desde anoche? —me pregunta.

—No —respondo con sinceridad

«*Y prefiero no saberlo. Hay cosas que es mejor no cuantificar cuando se trata de desastres en el amor*».

—Más que nuestro último reportaje estrella —continúa—. Bastantes más.

«*Fantástico. Años estudiando periodismo para ganar a un reportaje con una bañera de hidromasaje*».

—Más que nuestro último reportaje estrella —continúa—. Bastantes más.

«*Fantástico. Años estudiando periodismo para ganar a un reportaje con una bañera de hidromasaje*».

—Clara, yo... —Me interrumpe levantando la mano y diciendo...

—Déjame terminar.

«Cuando alguien dice eso, nunca es un buen final».

—Tienes la habilidad de escribir algo que le interese a todo el mundo—comenta con una mezcla de orgullo y rabia Clara—. Escribes con una voz auténtica. Eres divertida. Escribes con el corazón. La gente se identifica con lo que escribes como si se identificaran consigo mismos.

—Es mi vida o mis errores —respondo.

«*Mayormente errores, todo hay que admitirlo, para que mentir*».

—Tienes toda la razón. —Me dedica una gran sonrisa—. Contenido Premium.

No me gusta cómo suena esto. Suena como un reality show sobre mí a mi costa.

Mientras camina con calma por su despacho, sus tacones golpean el suelo con determinación y el delicioso aroma de su costoso perfume inunda el espacio en el que nos encontramos. Al llegar a la ventana, mira hacia afuera y me dice:

—Necesito que escribas una columna para nuestra revista. Con ese tono.

Siento cómo se me sube la tensión al estómago al oír esto.

—¿Hablamos de mis citas pasadas?

«*¿Mis fracasos amorosos ahora son material editorial?*»

—Las que ya tienes —responde—. Y las que tendrás.

«*Ah, claro. Forzar el destino. Siempre sale bien, ¡Por supuesto!*»

—No suelo tener buena suerte con eso —digo para excusarme.

—No buscamos suerte —sonríe—. Buscamos buenas historias.

«*Ah. Estupendo. ¡Yo soy un género literario!*».

—No darás nombres —añade—. Solo situaciones. Reales. Incómodas. Divertidas.

—¿Y si no quiero seguir saliendo con desconocidos? —pregunto.

«*Pregunta retórica. Spoiler: sí quiero*, *aunque sé que no va a salir bien, pero no sé si quiero seguir escribiendo ahora mismo después de ver lo sucedido con el post*».

Clara se gira y me sonríe. La sonrisa es peligrosa, muy inquietante diría yo.

—Vera, nadie te obliga a enamorarte —dice—. Solo a vivir. Y a escribirlo bien.

«*Eso ha sonado mucho a amenaza envuelta en coaching*».

Me levanto despacio.

—¿Y si digo que no?

«*Dilo. Dilo. Dilo…*» me dice mi yo interno.

Clara ladea la cabeza.

—Entonces seguiremos publicando cosas que nadie recuerde de ti —dice—. Y tú seguirás escribiendo artículos que no te importan, no serás recordada, serás una periodista mediocre, ¿eso quieres?

«*Touché*».

—Piénsalo —añade—. Veinticuatro horas, comienza la cuenta atrás, Vera. Ahora puedes irte —concluye y su invitación a salir es demasiado fría incluso para ella.

Creo que está enfadada; podría estar molesta tanto por la publicación como por la conversación.

Al salir de la oficina, luzco mi sonrisa profesional, pero también siento que me ahogo en un sarcasmo desbordante. En la sala de redacción, Álvaro me mira.

—¿Estás viva?

—Más o menos —reconozco —.Mi jefa tiene un plan para crear una sección que me incluya a mí y a todas mis malas decisiones como parte habitual de su programa. Álvaro sonríe.

—¡Eso sí que es éxito, Vera! ¡Vas a ser famosa, vas a ser la periodista del año!

«O una advertencia divina de que debería ir en la dirección opuesta. Todavía no estoy segura».

Capítulo 3

Salgo de la editorial con la terrible sensación de haber firmado algo que no debía, o peor aún: de no haber firmado nada y seguir haciéndolo. Camino dos calles sin rumbo fijo, con el móvil sonando en mi bolso como para recordarme que vivo en este mundo. No lo cojo. Hoy no, porque de verdad que no quiero saber quién es.

Llego a mi bar de siempre por pura costumbre. Lo juro, a veces mis pies saben mejor que mi cabeza dónde refugiarse cuando el resto del mundo se complica demasiado. Ahí está. Mi rincón, mi refugio, mi lugar feliz. La mesita, la pared de ladrillo visto, la luz tenue y sin prejuicios.

Respiro. Me siento. Dejo mi bolso, mi cartera —bueno, la mochila del portátil— en la silla junto a mí y dejo que mis hombros se relajen. Durante tres gloriosos segundos, nadie me molesta. Ni una explicación, ni una decisión; ni siquiera una columna semanal.

—¿Lo de siempre? —pregunta la voz insolente y masculina del camarero que tanto detesto.

Levanto la vista.

Lucas.

Aquel con quien empiezo a familiarizarme. El del café malo. El de la confianza lamentablemente fuera de lugar. Bueno, aquí está. Cuaderno en mano, media sonrisa, con la esperanza de irritarme hasta que le preste atención sin querer.

—Bueno, eso depende—le digo—¿Qué quieres decir con "habitual"? ¿Café realmente malo o una nueva sorpresa?

—Café, el resto es interpretación.

—Lo único que quiero—le increpo—es una taza de café. Nada de interpretaciones. Hoy necesito fuerza.

—Qué coincidencia —reconoce—Yo también.

Lo miro. Él me mira. Ninguno de los dos sonríe. Ninguno de los dos aparta la mirada.

«Genial. Tensión. Justo lo que necesitaba».

—Un café "solo"—añado, enfatizando la última palabra —Muy caliente.

—Entendido —dice—. Aunque digas lo contrario.

—Si lo digo yo, es porque es cierto.

—O porque hoy estás especialmente sensible—interviene con aire de suficiencia, dejándome sin palabras. Si fuera el tipo de personaje de dibujos animados que algunos dicen que soy, miles de emojis habrían explotado a mi alrededor. Pero no dejo que vea que está logrando su cometido.

—O porque todavía no sabes preparar un buen café.

Levanta una ceja.

—O porque simplemente te gusta meterte conmigo.

Dudo un segundo. Solo un segundo, porque no estoy muy segura de lo que ha querido decir con eso y digo:

—No te creas tan importante.

No responde, y juro que esa estúpida media sonrisa vuelve a su rostro cuando se da la vuelta y desaparece tras la barra. Abro mi portátil. No para escribir, ni hablar. Solo para tener algo cuando vuelva que no sea una cuestión de vida o muerte. Algo que me distraiga de la editorial, de Clara, de Álvaro y de la palabra que da vueltas. Columna. Columna. Columna.

Aparece el café. Lo pruebo. Es amargo, me quema, y suelto una palabrota en mi cabeza. Lo miro.

—No te voy a dar las gracias —digo, porque me gusta el café tibio, no hirviendo.

—No pensé que lo harías —dice Lucas, apoyándose en la mesa un momento—. Entraste con cara de que te habían arruinado el día.

—Qué perspicaz para alguien que "solo" sirve café—, bromeo, solo para molestarlo de nuevo.

—Es parte del servicio—responde— Café y diagnóstico gratis.

Lo observo. Atentamente. Demasiado atento para alguien que simplemente no me cae bien.

—Intenta diagnosticar esto —le digo—: una editorial, una jefa ambiciosa y una mala idea que empieza a parecer un plan. Sinceramente, ni siquiera sé por qué estoy diciendo todo esto, pero necesito hablar con alguien.

—Parece que necesitas otro café —señala—. O uno peor, para que tengas algo más de qué quejarte hoy.

—No me conoces tan bien —le respondo.

—Todavía no —apunta.

Luego se va, dejándome completamente perdida. ¡Qué guay!

Lo miro fijamente un segundo más de lo necesario. Luego bajo la vista al teclado.

«Perfecto», pienso.

Mi vida se ha convertido en un artículo... bueno, no en este preciso instante, pero sí hace un momento, cuando a Clara se le ocurrió que sería divertido publicar los detalles de las fechas de mi muerte en una columna de revista, y para colmo, en mi santuario hay un camarero con opiniones. ¡Genial! ¡Soy realmente patética!

Decido que tengo que escribir, ¿pero qué? No tengo material, ni citas. Bueno, pensándolo bien, tal vez tenga algo, pero es tan patético y ridículo. ¿De verdad quiero soltar todo esto? ¿De verdad quiero empezar mi columna con eso?

Respiro profundamente, cuenta hasta diez antes de empezar, ¿no?), y pienso:

El amor no está en Tinder

Es curioso cómo días hablando con alguien durante horas seguidas se reducen a si tienes los lunares más o menos donde te gustaría tenerlos.

Lo conocí en Tinder; para ser sincera, empecé con una mentira. Parecía simpático. Normal. Educado. El tipo de hombre que escribe frases completas y no da por sentado que una conversación es un catálogo. Que pregunta por mi día, recuerda detalles, tiene sus propias ideas. Supongo que es lo mínimo que se puede hacer para empezar a pensar: ah. Aquí hay algo. Hablamos mucho. Demasiado. Mensajes interminables, notas de voz que no aportan nada y lo aportan todo. Rebosantes de esas intimidades artificiales, como si estuviéramos hechos para esto entre sofás y pijamas, con la batería del móvil agotándose. Pensé que estábamos creando algo. Él esperaba a que la conversación se despojara de todo antes de hacerlo.

No hubo advertencia. No hubo transición. Un día, simplemente dejamos de hablar de quién era yo y empezamos a hablar de cómo sería. Mis gustos, mi trabajo y mi sentido del humor ya no interesaban. Pasaron a primer plano cuestiones mucho más… físicas. Muy físicas.
Intenté reconducir la situación, diplomáticamente. Irónicamente. Lo expresé con suficiente vaguedad para no meterme en problemas. Algunos confunden la confianza con la permisividad y la atención con la aprobación. Y cuando se dio cuenta de que mi cuerpo no estaba disponible para ser tomado, se hizo el silencio.
Ahora lo llaman "ghosting". Yo lo llamo desaparecer justo después de no conseguir lo que quería.
Lo incómodo no era que hubiera dejado de escribirme. Lo incómodo era que, sinceramente, me importaban las semanas de conversación, el tiempo y las expectativas que había depositado en él solo para ser visto como una posibilidad que nunca había ofrecido. Sin embargo, como buena mujer que soy, me sorprendí a mí misma preguntándome si había hecho algo mal… cuando era obvio que no.

Conclusiones del día:

1. *No todo interés es genuino; a veces, simplemente se trata de una curiosidad torpemente disimulada.*
2. *Que alguien hable más de trivialidades no significa que conecte mejor, solo significa que tardará más en llegar a una conclusión.*
3. *Si alguien desaparece cuando dices "no", no te ha perdido a ti: se ha perdido a sí mismo.*

(Nota personal que no incluiré en la versión impresa: gracias por evitarme una cita incómoda y una decepción personal).
Vera

A decir verdad, veo a Lucas venir con otro café cuando termino. Puede que esto sea otro café "mal hecho", no me importa: lo necesito. Temo no estar preparada para esta humillación que

resuena en mi cabeza. Esta fue una verdadera vergüenza mental, esta no-cita, creer que había estado perdiendo el tiempo con un tipo que solo quería verme, descubrir mis secretos, que se daba aires de ser una persona cuando obviamente era otra. No me gustó.

—¿Todo bien por aquí? —Una sonrisita siniestra— ¡Corre por cuenta de la casa!

—Perfecto, gracias —respondo.

—Muchas visitas al blog últimamente, ¿eh?

Y por un instante, mi cara lo dice todo. ¿Lee mi blog? ¡Mierda! Entonces sabe lo del café, lo que publiqué ayer.

Fuerzo una sonrisa y no digo nada. Me deja la taza y desaparece de nuevo detrás de la barra con esa perversa mezcla de arrogancia e insolencia. Por un instante pienso que he sido desagradable, pero reflexionando con calma, creo que disfruta burlándose de nosotros, para que no deje de comentar sobre su café; y el suyo es malísimo, y el que me ha traído ahora está tibio.

¡Maldito seas!

No digo nada, me lo bebo, cierro el portátil y me voy. Es una venganza personal por lo de ayer, estoy seguro.

Capítulo 4

Llego a casa y lo primero que hago es prepararme un baño. Muy caliente. Con muchísima espuma. Como si el agua pudiera disolver las decisiones editoriales, las citas de Tinder y mi tendencia a contárselo todo al mundo. Me meto despacio y cierro los ojos. Por primera vez en todo el día, no pienso. Simplemente estoy relajada.

Salgo del agua con los dedos arrugados y la mente demasiado despejada. Me envuelvo en una toalla, me incorporo en la cama, saco el portátil, lo abro y releo la columna. Entera. Dos veces. Quiero borrar un párrafo. Luego otro. Al final, no borro nada.

«Ni siquiera le he contado esto a Álvaro», pienso.

«Que lo lea como los demás. Eso es todo».

Abro mi correo y escribo una línea:

Para: Clara Montoya

CCO: Álvaro

Te envío el texto. Intenté no exagerar… pero no puedo prometer nada.

Le doy a enviar. Demasiado rápido. Siempre soy demasiado rápida. Regreso a la bañera, con el teléfono cerca. Esto es un error. Diez minutos después, siento vibrar el teléfono. Un correo de Clara. Lo abro, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal.

De: Clara Montoya

Asunto: Columna Vera,

Se ve genial. Muchísimo. Una voz muy clara, directa y auténtica. Voy a pedirte solo una cosa: inclínate y exagera más. No el evento, sino el sentimiento. Lo absurdo. La anticipación. La sorpresa. La gente quiere leerlo y pensar, "a mí también me pasa", no pensar "qué horrible". Ah, y borra la última nota entre paréntesis. Guárdala para el bar. La revisaremos mañana. Buen trabajo. C.

Miro fijamente la pantalla.

«¿Exagerar más?»

«¿Aún más?»

«¿Quiere que me desnude emocionalmente del todo?»

Mi teléfono vibra de nuevo.

El número de Álvaro.

No —murmuro—. Ahora no.

Le contesto, aunque él no lo deja pasar. Mi mejor amigo, a quien probablemente no he mencionado hasta ahora, es gay y ha tenido una relación estable desde que lo conozco; tiene una vida maravillosa. Él es mi apoyo cuando lloro.

—Vera —dice sin saludar.

—Álvaro, estoy desnuda en la bañera.

—Perfecto. Así estamos en sintonía emocional.

Cierro los ojos.

—¿Leíste el correo?

—Lo leí, lo sentí, y me dan ganas de abrazarte y prenderle fuego a Tinder al mismo tiempo.

Sonrío.

—Tenía una buena razón para no decírtelo por teléfono.

—Mejor. Porque si me lo dices con una copa delante, diré alguna barbaridad y acabaremos en la cárcel a golpes. —Hace una pausa dramática—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que todos hemos pasado por eso: "Parecía simpático". Es el tráiler oficial del desastre.

—Gracias por el apoyo —le digo.

—No he terminado —indica a lo *drama Queen*— Te ignoró porque no le enviaste fotos. Eso no es rechazo, es selección natural.

Me río. Simplemente se me escapa. De verdad.

—Clara quiere que exagere más—apunto.

—Por supuesto que sí. Exagera. Las cosas que duelen, las exagera. Si no doliera lo suficiente, nadie seguiría leyendo.

—¿Y si me paso de la raya?

— Vera —dice bruscamente, con total seriedad—, si te excedes un poco al contar tu historia, es porque antes te quedaste corta con otras…

Silencio.

—Además —añade—, si alguien se oye a sí mismo y se enfada... cariño, ese no es tu público.

Sonrío. Apoyo la cabeza en la bañera.

—Gracias.

—Para eso estoy aquí. Ahora relájate. Mañana serás oficialmente una mujer con una columna.

¡Impresionante! Cuelgo. Miro al techo. El agua empieza a enfriarse.

«Exagera un poco más», pienso.

«Quizás Clara tenga razón».

Cierro los ojos. Y empiezo a pensar en cómo contar la historia… un poco peor.

Un poco más incómoda y mucho más divertida.

***

Salgo de la bañera, con la piel caliente y la cabeza llena de ruido. Me seco despacio, como si al quedarme en ese momento pudiera evitar lo inevitable: volver a leer mis propias palabras. Me miro en el espejo del baño sin pensar demasiado. Probablemente sea mejor no hacerlo. Recapacitar no me ha servido de mucho hasta ahora, y si empiezo a pensar, no creo que lo consiga.

Me pongo mi pijama holgado, mi pijama cómodo, mi pijama inapropiado para una cita. El pijama que no impresiona a nadie y que claramente no lo intenta ahora mismo. Me recojo el pelo en un moño viejo y desaliñado y me dirijo a la cocina. Abro la nevera, sabiendo que no me decepcionaré, y confirmo lo que sospechaba: no soy de las que preparan cenas elaboradas. Saco una ensalada que puedo hacer en dos segundos, un par de quesos, lo mezclo todo y me doy por satisfecha. Nunca he intentado conquistar a un hombre con mis dotes culinarias —nunca voy a impresionar a uno de esa manera—, pero ahora mismo no lo necesito. Ahora mismo necesito impresionar a quienes tienen que leer mi columna.

Me siento a la mesa de la cocina con el plato delante y el portátil delante. Lo abro, pero no leo. Respiro. Clara quiere que exagere. Álvaro también; dice que tengo que hacerlo para que la columna tenga éxito, pero no miento. Nunca lo he hecho. Ese es el problema.

«¿Cómo se exagera sin mentir?»

«¿Cómo se hace algo más grande de lo que ya era?», murmuro, pinchando la ensalada con cansancio y volviendo a leer la columna.

La primera versión. La correcta. La sensata. La que no garantiza molestar a demasiada gente. Suspiro.

—No —murmuro—. Así no.

Cierro el documento. Lo abro de nuevo. Me recuesto en la silla y dejo salir esa parte de mí que escribe a ratos, con café malo y aún menos filtros.

«Exagerar no es inventar», pienso.

«Exagerar es describir cómo me sentía, pero intensificándolo un poco más, ¿no?»

Voy a intentar abordarlo así para no mentir y después de un rato, abro el documento y empiezo a reescribirlo de nuevo.

Capítulo 5

El amor no está en Tinder (versión corregida)

Nunca pensé que, después de solo unas semanas hablando a diario, lo que importaría al final sería si tenía suficientes lunares en los lugares adecuados. Pero soy optimista, terca y, a veces, demasiado generosa con mi tiempo… y con las fotos de su móvil. Lo conocí en Tinder, donde todo el mundo está disponible emocionalmente, es inesperadamente profundo y muy encantador. Era simpático. Tan normal. Agradablemente educado. El tipo de tío que escribe muy bien, no sabe romper ninguna de las normas básicas de decencia y te hace pensar que, esta vez, no eres tan mala juzgando a la gente. Hablamos todo el día. Literalmente, todo el día. Hasta el punto en que "¿Qué tal tu día?" deja de ser una pregunta y se convierte en un refugio para la mente. Compartimos nuestras rutinas y excentricidades, desarrollando de alguna manera esa falsa intimidad que surge cuando dos personas se escriben más mensajes que se ven. Pensé que nos estábamos conociendo. Él, al parecer, estaba poniendo a prueba los límites de la confianza.

Y sí, lo hice. Me da vergüenza admitirlo, de verdad, pero le envié algunas fotos. Nada subido de tono. Nada que no se viera en la playa o en una foto de una página web dudosa. Simplemente normales. Inocentes. "Me siento cómoda hablando contigo", no "hemos subido de nivel".

Él, sin embargo, había decidido subir la apuesta. Mucho, de hecho. Sin previo aviso. Sin ningún contexto. Una foto suya irrumpió en nuestra conversación con tal intención que parecía que ni siquiera necesitaba subtítulos legibles. La miré. La asimilé. Y opté por no responder como él esperaba.

Y ahí quedó la cosa. Así, sin más, perdí su interés. Se esfumó como si alguien hubiera apagado la luz. Sin explicación. Sin despedida. Sin un "oye, creo que no estamos en la misma sintonía". Nada.

Ahora lo llaman "ghosting". Yo lo llamo desaparecer justo después de darse cuenta de que no iba a conseguir lo que quería.
Lo más incómodo no era que no me hablara. Era saber que, después de semanas de conversación, atención constante y cierta emoción, todo se había esfumado como una prueba fallida. Pero yo, acostumbrada a la culpa, durante días me pregunté si realmente había hecho algo mal. Cuando lo único que hice fue no seguirle el juego.

Conclusión del día, versión sin edulcorar:

1. *Mandar una foto no es una invitación a nada.*
2. *La confianza no es un contrato ni un compromiso implícito.*
3. *Si alguien desaparece cuando no reaccionas como espera, no ha perdido interés: ha revelado el suyo.*
4. *Y si una historia empieza con "parecía majo", conviene no invertir demasiado antes del tercer acto.*

Vera

Releí el correo electrónico antes de enviarlo. Dos veces. Tres veces.

Ahí estaba el texto. La versión exagerada. La que funciona. La que no es del todo cierta... pero tampoco del todo falsa. No envié las fotos. Me contuve. Fui menos cuidadosa en la vida real. Más atrevida en el texto. ¿Más imprudente? No lo sé.

Cierro los ojos con fuerza por un momento.

«No importa», me digo a mí misma.

«Lo que importa es lo que sentí». Y sin embargo dudo.

Hago clic para abrir el correo:

Para: Clara Montoya

CCO: Álvaro

No escribo nada ingenioso. Hoy no, solo: Te envío la versión revisada.

Hago clic en enviar antes de poder cambiar de opinión.

Demasiado rápido otra vez. ***

El correo electrónico de Clara llega a la mañana siguiente antes de que siquiera haya terminado mi primer café.

Asunto: Ahora sí

Lo abro. Vera, esto es exactamente lo que estaba buscando. La historia es perfecta. Los detalles no son relevantes; lo que importa es el sentimiento. Muchas mujeres se verán reflejadas en esto. Lo publicaremos esta tarde. Buen trabajo.

C.

Miro fijamente la pantalla.

«Perfecta», dice.

«Los detalles no son relevantes», comenta sin más.

Mi teléfono vibra casi al mismo tiempo. Es un WhatsApp de mi mejor amigo.

Álvaro: AMIGA. Esto ES ORO.

Por favor, no me hagas sentir culpable también por ser judeocristiano **.**

Nadie piensa "qué exagerado".

Piensan "yo también".

Y eso, cariño, no es mentir. Es contar historias.

Mis dedos teclean torpemente:

Vera: Pero no sucedió exactamente así.

Él responde rápidamente.

Álvaro: ¿Y qué?

¿El dolor fue menor porque no enviaste la foto?

¿La decepción exigía precisión notarial?

Relájate. Has plasmado una verdad emocional.

Y, además, es hermosa.

Cierro el chat. No me siento hermosa.

***

A las seis de la tarde, aparece la columna. Al principio no la abro. Tengo miedo. Me da vergüenza. Tengo esa sensación punzante de haber expuesto algo demasiado íntimo. Cuando finalmente la abro, es demasiado tarde para arrepentirme.

Y cuando actualizo la página... más.

"A mí también me pasó", "

"Gracias por escribir esto", "Pensé que era la única", "me sentí tan identificada que tuve que dejar de leer", "ojalá alguien me lo hubiera dicho antes".

Actualizo la página. Más. Mucho más. La columna se comparte. Se comenta. Se replica. Y en cuestión de horas sucede lo mismo que en el blog, pero a lo grande. Demasiado grande. Demasiado rápido. Clara se acerca a mi escritorio sonriendo.

—Esto está funcionando de maravilla —dice—. De maravilla. Asiento. Sonrío. Hago lo que tengo que hacer. Pero por dentro algo no me cuadra. No porque la historia no sea cierta, sino porque no es mía. Es solo una versión mejorada. Mejor contada. Más pulida. Por alguna razón, eso me deja un mal sabor de boca.

Como si me hubiera traicionado un poco. Como si hubiera cambiado la precisión por el impacto. Como si pesara más de lo que pensaba. Recojo mis cosas antes de que alguien más pueda felicitarme.

—Me voy —le digo a Álvaro.

—¿Al bar? —pregunta. Asiento.

—A la esquina —añado.

Salgo de la editorial con las notificaciones apretando mi bolsillo. Camino rápido, como si estuviera huyendo de algo. Entro en el bar.

El de siempre. Mi refugio. Y ahí, justo cuando me siento en mi rincón favorito, con el cuerpo cansado y la cabeza despejada, lo veo. Lucas levanta la vista de la barra.

—Llegas tarde»—dice.

Por alguna razón, esa simple frase es lo único que me da un respiro.

—Ha sido un día largo —señalo.

—Se nota —responde él—. ¿Café?

Asiento. Quizás no he sido del todo sincera. Pero quiero algo caliente y auténtico, sin metáforas. Lucas, para bien o para mal, a veces me lo da.

Capítulo 6

Lucas me mira un segundo de más, no con ironía, ni con esa media sonrisa burlona que siempre le trae problemas, sino casi como si estuviera genuinamente interesado. Hoy no comenta nada. Hoy no provoca. Asiente una vez y gira la cabeza.

Me siento en mi rincón. Abro la laptop por reflejo, sin pensarlo. Se ilumina, los comentarios empiezan a llegar, lo sé, pero no los miro. Hoy no. Hoy no quiero ver a nadie reflejado en algo que me deja sin aliento.

Llega el café. Humeante. En mi taza de siempre. Sin espuma sospechosa. Sin explicaciones. Lo pruebo. Está perfecto. Levanto la vista asombrada.

—No voy a decir nada —digo.

—Me parece bien —dice Lucas—. Yo tampoco tengo ganas de pelear hoy.

Se apoya en la barra, me deja espacio; no se acerca demasiado. Es casi otra persona.

—Un día largo —dice, sin preguntarme.

—Sí.

—Se te nota en los hombros —añade—. Los llevas más altos de lo normal.

Los bajo un poco como si me hubiera pillado haciendo algo mal.

—¿Siempre analizas a la gente así? —pregunto porque me ha quedado muy sorprendida su afirmación.

—Solo cuando no quieren hablar —responde—. Suelen necesitar lo contrario.

Tomo otro sorbo de café. Quema un poco. Lo agradezco.

—¿Quieres que te cuente algo totalmente irrelevante? —pregunta. Lo miro con recelo.

—Depende de lo que consideres irrelevante.

—Esta mañana discutí con el repartidor porque no para de traernos leche desnatada cuando pedimos semidesnatada. "Es prácticamente lo mismo", dijo.

—No lo es— respondo sin pensarlo.

—Gracias. Por fin alguien sensato.

Sonrío, y él sonríe un poco. Casi me sonrojo.

—¿Y ganaste? —pregunto.

—No —admite— Pero tuve dignidad. Eso siempre ayuda mucho.

—A veces es todo lo que te queda.

Se hace el silencio. Ese tipo de silencio con el que la mayoría solo puede soñar. Ese que no te exige nada.

—¿Y tú? —pregunta tras esa pausa —¿Siempre escribes, o hoy solo estás ahí sentada mirando fijamente la pantalla para aterrorizarla?

—Hoy la estoy intimidando —digo—. Ya veremos mañana.

Él asiente, como si fuera una respuesta perfectamente lógica.

—Si necesitas más café —dice—, avísame.

—Gracias.

Y se vuelve hacia la barra, no sin antes dejarme aquí con una réplica mordaz, no sin provocarme para que reaccione. Así, sin más. Con calma.

Observo mi portátil pensativa. La cierro despacio y me relajo un poco. Es raro no sentirme observada, interpretada o convertida en noticia. Solo una chica en un bar con un buen café y una conversación sin pretensiones.

Y eso, hoy, es más de lo que esperaba.

***

Estoy a mitad de mi café —del bueno, del correcto, del milagrosamente bien hecho— cuando mi teléfono vibra sobre la mesa. No suena. Vibra. Como si supiera que interrumpir este momento debería ser un crimen.

Miro la pantalla. Clara. Cierro los ojos para respirar hondo, esperando que desaparezca si no miro. No desaparece.

—Vera—expone en cuanto contesto al teléfono—No te asustes...

—Demasiado tarde. Ya lo estoy—le digo— Cuando alguien empieza así, siempre hay una trampa.

Lucas levanta la vista desde detrás de la barra. Le hago un vago gesto de saludo, como si todo estuviera bien, aunque claramente no lo está.

—Los jefes quieren verte mañana —continúa Clara—. En la sede central.

El café deja de saber a café de repente.

«Genial. Los jefes. En plural. Eso nunca es casualidad».

—¿Los jefes... jefes? —pregunto.

—Los de verdad —confirma—. En Madrid.

«Estupendo. Capital, jefes de verdad y urgencia. ¿Qué podría salir mal?», pienso con ironía.

—No es nada malo —balbucea—. Al contrario, están encantados.

«Otra frase que debería venir con una advertencia sanitaria».

—He estado haciendo los preparativos toda la tarde—continúa—Mañana te enviaré un taxi. Te recogerá en tu casa y te llevará a Madrid. No tendrás que preocuparte de nada.

«Odio esa frase. Siempre significa que te vas a preocupar mucho».

—Te estarán esperando allí. Cuando termines, el mismo taxi te traerá de vuelta.

No dice cuánto durará. No dice quién estará allí. No dice por qué mañana y no pasado mañana.

—Clara… —digo, pero me interrumpe antes de que pueda terminar.

—No puedo ir contigo —explica—. Tengo entrevistas programadas, pero confía en mí. Lo estás haciendo de maravilla, Vera. De verdad.

«Clic».

Cuelga el teléfono. Me quedo mirando la pantalla con la extraña sensación de haber dicho que sí a algo sin entender qué es. Como decir que sí a algo y luego comprobar quién era.

Lucas aparece en silencio a mi lado con esa extraña habilidad que parece tener para saber cuándo alguien está perdiendo el equilibrio.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Tengo que ir a Madrid mañana —le respondo.

—Suena importante —apunta.

—Parece que alguien ha decidido algo por mí y espera que esté contenta.

Se apoya en la mesa con semblante serio.

—¿Quieres otro café?

—Ojalá el mañana no existiera.

—Eso no está en el menú —dice—. Pero puedo ofrecerte otro buen café.

Asiento. No voy a discutir sobre eso hoy. Mientras se aleja, mi cerebro hace lo que mejor sabe hacer: empieza a imaginar todos los escenarios posibles. Todos malos. Todos tienen habitaciones blancas, trajes y frases como «*esta es una gran oportunidad*».

No hace mucho estaba aquí escribiendo, solo en este bar, sin nada que perder salvo un café mal hecho; ahora me mandan a Madrid, en taxi, como si fuera una persona importante.

Lucas vuelve con el café justo a tiempo. Caliente. De verdad. Lo abrazo con las manos.

No sé qué quieren de mí. No sé por qué tanta prisa. Pero sé una cosa: cuando todo esto me explote en la cara, volveré aquí, a mi rincón. Al café mal hecho.

Y, aunque me duela admitirlo, por razones que no logro comprender, cuando todo esto me estalle volveré aquí al café mal hecho, al camarero insolente que hoy me está inquietando un poco por esta situación de amabilidad tan sorprendente.

Capítulo 7

El taxi me recoge justo a la hora. Ni antes, ni después. Puntualidad británica a las ocho de la mañana, lo cual ya me resulta sospechoso. ¡Quién lo diría! Algo tan puntual tiene que compensarlo de alguna otra manera.

—Buenos días —dice el taxista al abrir la puerta—. ¿Centro de Madrid?

—Madrid centro—confirmo — donde suceden las cosas importantes O eso dicen.

Arranca el coche suavemente. Nada de música estridente ni voces que interrumpan el sonido. Bien. Un punto a su favor.

—Si el tráfico va bien, llegaremos en unos veinticinco minutos—dice.

«Ja», se atrevió a pronunciar esas palabras, y he aquí que cinco minutos después, aparece un atasco de la nada.

—Ejem...—carraspea—Parece que hoy no va a ser uno de esos días.

—El tráfico siempre sabe cuándo tienes prisa —respondo—. Tiene una antena emocional muy sensible.

Él sonríe en el retrovisor. Una sonrisa espontánea, natural. Parpadeo y me siento relajada sin darme cuenta.

—Soy Miguel —expone—. Por si este atasco nos da la oportunidad de conocernos.

—Vera.

—Encantado de conocerte, Vera.

Seguimos adelante. Dejamos atrás a Coslada y Madrid se alza, gris e inmensa, una ciudad de edificios que nos juzga.

—¿Estamos en un viaje de negocios?—, pregunta.

—Sí. Reunión.

No añado *con los jefes de los jefes*, ni *probablemente decisiva*, ni *no sé muy bien qué esperan de mí*. Todo eso se queda en mi cabeza, haciendo ruido.

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista —Nada de columnas. Nada de contenido viral. Nada de desnudarme en el taxi a primera hora de la mañana.

—Ah, qué bien —dice—. Suena interesante.

—Lo es —digo—. Hasta que deja de serlo.

Se ríe. Se ríe sin disimulo.

—¿Revista, periódico…?

—Revista.

—Suena elegante.

—Desde fuera —digo—. Desde dentro suele ser más como un café frío y una prisa.

—Como casi todo.

Asiento. Me cae bien. Y eso, tan pronto, me inquieta un poco. No me fío de las primeras impresiones. Siempre vienen con advertencias.

—¿Vienes a Madrid a menudo? —pregunta.

—Lo justo para recordar por qué vivo en el extrarradio —respondo—. Me gusta entrar y salir. Como los planes intensos.

Vuelve a sonreír.

—Tienes sentido del humor —dice—. Es obvio.

—Es un mecanismo de supervivencia —explico—. Si no me río, reaccionaré de forma exagerada. Y no estamos preparados para eso a estas horas.

—Me alegro de haber conseguido la versión que funciona.

Yo también. El tráfico avanza dentro del atasco de manera lenta, se bloquea, avanza otra vez. Hablamos de tonterías útiles. Del tráfico, de la ciudad, de lo extraño que es encontrarse con gente en un trayecto de dos minutos. No hace muchas preguntas. No es entrometido. Simplemente se siente compañía.

—Te recojo después del trabajo —dice de repente—. Está todo arreglado así, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Mi jefa lo tiene todo organizado.

«Demasiado», pienso.

Llegamos al centro de Madrid. El ruido, el tráfico, la gente a toda prisa. El taxi se detiene frente al edificio.

—Bueno… Mucha suerte con la reunión.

—Gracias. Sin duda lo voy a necesitar.

Me bajo sin haber pagado la tarifa. Es extraño. Todo el día ha sido extraño.

—Hasta luego, Vera —dice.

—Hasta luego, Miguel.

Nos miramos un segundo más de lo normal. Nada obvio, nada fuera de lugar, solo una sensación, como si hubiéramos hablado con alguien justo a tiempo.

Cierro la puerta y con el paso firme me dirijo a la entrada del edificio.

«Vale. No sé qué va a pasar ahí dentro. Pero al menos el viaje me ha puesto de buen humor». Y hoy, por extraño que parezca, eso es suficiente.

***

Me hacen esperar. Por supuesto. En una habitación blanca —demasiado blanca, con ejecutivos que parecían haber sido criados en una solución de glucosa— una mesa enorme diseñada para diseccionar egos y una botella de agua colocada sobre un separador entre nosotros para recordarme cuánto les importaba realmente. Miro el reloj. Diez minutos. Quince. Veinte.

«*Excelente*», reflexiono.

«*Nada dice "valoramos tu tiempo" como dejarte sola con tus pensamientos*».

Estoy sentada muy recta, con el bolso perfectamente colocado a mis pies y las manos cruzadas sobre la mesa. Voy de traje. Mi primer traje de reunión importante. No está mal. No es espectacular. Es… digno. Comparado con ellos, cuando entren, lo sé, pareceré la versión económica.

Respiro hondo. No mires el móvil. No mires el móvil. Miro el móvil.

Cuando la puerta corrediza se abre, entran tres personas, aunque podrían ser uno solo. Dos hombres de traje y una mujer con un vestido a medida, todos con zapatos caros y rostros impecables, sonrisas ensayadas y aprobadas por el comité.

—Vera—dice la mujer, y me ofrece la mano —Qué gusto conocerte por fin.

«Por fin», resuena mi cabeza. *«Como si no me hubieras hecho esperar en el pasillo durante media hora»*. Nos damos la mano, ella y luego los dos hombres. Todo es formal. Todo es serio.

—Siéntate —dice uno de ellos, como si no lo hubiera estado haciendo durante la última media hora. Se sientan frente a mí. Me miran. No de forma evidente, pero me miran, como si hubieran encontrado algo que mereciera la pena investigar.

—Hemos leído tu columna —comienza la mujer—. La de ayer.

Asiento.

—Y las anteriores también —añade el otro hombre—. Las del blog.

«*Claro que sí*», musito en mi interior.

«*Nada como que tu vida emocional sea material de estudio*».

—Tenemos que contarte algo —continúa—. En menos de veinticuatro horas, la columna se ha vuelto viral. Lo dice como si fuera un número real, identificable y certificado. Como si no se refiriera a mi vergüenza, que se ha extendido por todo el país.

—Los comentarios, las veces que se ha compartido, la respuesta…—dice el otro hombre. Es extraordinario.

«Extraordinario», repito mentalmente. «*Una forma elegante de decir: "La gente se ve reflejada en tu desastre"*».

—Conecta— interviene la mujer—Tiene una voz muy clara. Muy honesta.

Aprieto los labios para no corregir mentalmente esa palabra.

—Y ahí es a donde queremos llegar —continúa—. Queremos que esto tenga un gran alcance. Gran trascendencia.

Me inclino un poco. No porque quiera, sino porque mi cuerpo me dice que importa.

—También nos gustaría publicar algunos de tus artículos antiguos —dice ella—. Adaptarlos. Darles formato de revista.

—Exclusivamente —añade uno de los hombres—. Solo aquí.

—Ajá.

—La idea —continúa la mujer— es que tu columna sea una sección habitual. Una firma reconocible. Algo que la gente espere con ilusión cada semana.

—Contenido emocionante—dice el otro hombre con una sonrisa de satisfacción.

Esa expresión se me queda grabada.

«Contenido emocionante. Mi vida amorosa, renovada».

—Queremos una amplia difusión nacional —continúa—. Y creemos que su voz es justo lo que el público quiere oír ahora mismo. Asiento lentamente. Muy lentamente. Por fuera, parezco imperturbable. Por dentro, reevalúo cada decisión que me ha traído hasta aquí.

—Por supuesto —añade la mujer—, sin descuidar tu estilo. Tu tono. Esa mezcla de humor, honestidad y… cercanía.

«Cercanía», pienso. *«Qué palabra tan peligrosa».*

—Clara ha hablado muy bien de ti —dice uno de ellos—. Cree que puedes llegar muy lejos.

Miro mis manos sobre la mesa. Mi traje. La botella de agua estaba intacta. Mi rostro en la superficie.

—¿Qué te parece, Vera? —pregunta.

Levanto la vista. Sonrío con esa sonrisa profesional que no revela nada.

—Parece... una gran oportunidad. Y lo es. Lo sé. También parece un poco aterradora. Un poco injusta. Y mucho más grande de lo que jamás imaginé mientras escribía sola en un bar con un café horrible.

—Perfecto —dice ella—. Entonces, empezaremos.

«Empezaremos», repite mi mente.

Me muestran un contrato. Soy pésima leyendo; tiro las instrucciones cuando compro un electrodoméstico, nunca las toco. Me obligo a leer un poco por encima y luego lo firmo a ciegas. Es como firmar mi propia sentencia de muerte, pero detrás de esas caras tan emocionadas no podía hacer otra cosa.

Salgo de la sala de reuniones con la sensación de haber dicho que sí a algo que aún no comprendo del todo. Camino por el largo, luminoso e impersonal pasillo.

En unas horas, Miguel estará abajo, en la acera, esperándome mientras decido ir a comer algo, aunque apenas tengo hambre. Por primera vez en todo el día, me pregunto si no tengo más ganas de volver caminando que de todo lo que acaba de pasar aquí.

Capítulo 8

Tras una comida aceptable y un vino delicioso, salí del restaurante porque tenía otro compromiso. Necesitaba algo rápido y fácil de comer para poder continuar. Mi vida personal es un reflejo de mi forma de actuar y, por lo tanto, debería ser tema de debate en la prensa. Madrid no se ve afectada por la decisión que tomé respecto a mi relación con los medios.

Miguel está de pie cerca de donde me dejó, apoyado en su taxi. Me siento tranquila, sabiendo que me espera sin prisas. Me saluda cordialmente.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta cuando me acerco.

—Sigo viva —respondo—. Es buena señal.

Suelta una sonrisa sin dar explicaciones, pienso que es lo más fácil que puede hacer. Salimos de nuevo. Ya no hay atasco; Madrid sigue hablando por la ventanilla como si yo estuviera viendo una película y no necesito saber nada de lo que pasaba.

—Te noto más relajada —expone al cabo de un rato.

—Porque ya no sé si algo puede sorprenderme más —contesto —. A partir de aquí, todo es será cuesta arriba, espero.

—Eso suena a victoria.

—O a un plan elaborado para renunciar.

Él se ríe, y yo me río con él. Me doy cuenta de que pierdo el hilo de la conversación como si me hubiera quitado los zapatos después de caminar todo el día.

Mantenemos una conversación agradable, pero menos provechosa y significativa que la de esta mañana. Por ejemplo, hablamos de todas las cosas maravillosas de mi ciudad y luego de nuestras experiencias en esos lugares increíbles que hemos visitado, así como de lo sorprendente que es despertarse una mañana, tener una experiencia totalmente diferente que te cambia la vida y cómo esto afecta todo lo que he hecho durante el día. No me presiona para que responda preguntas absurdas ni me insiste en que dé las respuestas.

Tras una larga pausa desde que habíamos empezado a viajar juntos, me anima a responder diciendo:

—Me alegro de haberte llevado hoy —dice de pronto—. Ha sido un trayecto agradable.

—Lo ha sido —admito—. Necesitaba… algo de normalidad en el día de hoy.

Asiente, como si lo entendiera perfectamente.

Antes de que me dé cuenta, saca una tarjeta del salpicadero y me la tiende.

—Por si algún día necesitas un taxi —dice—. O… —hace una pausa mínima, bien medida— por si te apetece tomar algo sin prisas.

—Gracias por la invitación—respondo—. Normalmente prefiero que me inviten en un ambiente relajado y sin presiones.

—Es el único lugar que conozco —expone al fin dibujando una respuesta sincera—. ¿Dónde quieres que te deje?

Tras pensarlo un momento, decidí que me dejara en el bar de la esquina donde mis ideas fluyen mejor,

—¿Estás segura?

Asiento con una sonrisa y él no dice nada más. Soy muy consciente de esto, ya que es lo que mejor respalda mi proceso de pensamiento. Se detuvo antes de que yo llegara a donde estaba y abre la puerta cortésmente, como haría un caballero.

—Ha sido un placer conocerte, Vera.

—Igualmente, Miguel.

Mantenemos el contacto visual más tiempo del esperado, no porque nos molestara, sino por el posible resultado para ambos.

Me despido de él con la tarjeta en mi bolso y una extraña sensación en el pecho. Algo parecido a la calma.

***

Al entrar al bar, escucho risas alegres y mucha charla. Casi me siento como si me abrazaran mientras entro en mi sitio habitual. Lucas se acerca, pero en cuanto me saluda, se detiene rápidamente. Hoy no es un buen día para que me hable porque lo único que quiero es un sitio donde sentarme. Una vez sentada, mi teléfono vibra porque recibe un mensaje de Clara.

«*Claro que sí*», pienso. «*Ni un café tranquilo*».

—¿Vera? —dice—. ¿Todo bien?

—Depende de la definición —respondo—. Si es "he salido entera", entonces sí.

—Han quedado encantados —continúa—. Muchísimo. Esto va a ser grande.

«*Grande. Otra palabra peligrosa para mi mente*».

—Me alegro —digo, sin demasiado entusiasmo.

—¿Estás contenta?

Miro alrededor. El bar. La mesa. El olor a café. Lucas al fondo, concentrado en la máquina.

—Estoy… procesando.

—Es normal —dice—. Pero créeme, es una oportunidad increíble.

—Lo sé —respondo—. Solo necesito un rato sin palabras como "viral", "contenido" o "tirada nacional".

Ríe. Profesional. Controlada.

—Descansa. Mañana seguimos.

Cuelga.

Dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa. Sin decir nada, Lucas se acerca.

—¿Quieres un café? —pregunta.

—Sí —respondo sin ganas—. Por supuesto.

—¿Tuviste un día intenso?

—Sí. He descubierto que mi vida interesa más de lo que me gustaría.

—Eso suele pasar —expresa—. Y casi nunca trae calma.

Me sirve el café. Perfecto otra vez. Hoy no discuto. Hoy acepto.

Miro la taza. El bar. El reflejo en el cristal.

En el bolso, una tarjeta. En la cabeza, una reunión. Y aquí, un camarero que no pregunta de más.

Respiro.

No puedo decirte qué depara el mañana, pero sí puedo decir que ahora mismo estoy exactamente donde debo estar. Además, hay un silencio absoluto en este bar. Un silencio casi inquietante; nunca antes había experimentado una quietud así, completa y totalmente

desprovista de cualquier interrupción o novedad; como si mi cuerpo estuviera simplemente en reposo, sin ningún esfuerzo por mi parte para alcanzar ese estado o buscarlo.

Estoy en mi rincón, con el portátil cerrado —milagro— y el café delante. Lucas está detrás de la barra. Hace su trabajo. Limpia, ordena, sirve. No me mira de más. No me provoca. No me corrige. Hoy no hay duelo.

Y eso… me desconcierta.

«*¿Le pasará algo?¿Estará cansado? ¿O soy yo la que hoy no da para enfrentamiento?*»

Levanto la vista un par de veces, intentando pillarlo desprevenido. Nada. Está ahí, pero ausente. Como si su cabeza estuviera en otro sitio. Me planteo preguntarle, pero enseguida descarto la idea.

«*No*», pienso. «*Hoy no. Hoy necesito esto*».

Lucas entra sin ser invitado y me trae otra taza de café.

—¿Otro? —pregunta.

Asiento.

—Gracias.

El segundo café llega. Perfecto. Demasiado perfecto. Como si el universo se hubiera puesto de acuerdo para no molestarme.

Y entonces va y habla.

—¿El taxista… es amigo tuyo?

Levanto la vista muy despacio.

«¡*Ah! Así que por aquí iba la tranquilidad*».

—¿Por qué? —pregunto.

Se encoge de hombros, apoyado en la barra.

—Nada —dice—. Curiosidad.

«*Curiosidad*», repite mi cabeza. «*Claro*».

—No —respondo—. No es amigo. Es… —busco la palabra— …un profesional con ruedas.

—Ajá.

Ese *ajá* tiene cosas dentro. No sé cuáles, pero no me gustan todas.

—Me ha traído y me ha recogido —añado—. Trabajo.

Lucas asiente, pero no sonríe. Tampoco frunce el ceño. Es peor: no reacciona.

—¿Y qué tal? —pregunta.

«*¿En serio estamos haciendo esto? ¿Tú y yo, con preguntas neutras?*»

—Normal —digo—. Agradable. Como un trayecto sin sobresaltos.

—Qué bien.

Silencio.

Bebo café. Él limpia una taza que ya estaba limpia. Nadie gana nada aquí.

—¿Te incomoda? —pregunto al final, porque el día ya ha sido suficientemente raro como para añadir más incógnitas.

Me mira por fin. Directo. Sin ironía.

—No —dice—. Solo preguntaba.

Asiento. No sé si le creo, pero hoy no tengo energía para profundizar.

—Hoy no estoy para explicaciones —le digo—. Ni para interpretaciones.

—Lo noto —responde—. Por eso no te he dado conversación.

Parpadeo.

—Gracias —digo—. Es el mejor servicio que me han dado hoy.

Asiente una vez, como si eso cerrara el tema, y se vuelve a la barra.

La tranquilidad vuelve a instalarse, pero ya no es la misma. Ahora tiene un pequeño ruido de fondo. Nada grave. Solo una vibración incómoda, como cuando sabes que algo ha cambiado, pero aún no sabes qué.

Me quedo en mi rincón. Con el café. Con el silencio.

«*Que dure. Hoy la paz, aunque sea rara, es la mejor versión del bar*».

Capítulo 9

He quedado con Miguel, el taxista, varias veces. Dicho así, suena mal. Dicho así, da la impresión de que debería haberlo previsto.

Miguel parecía una persona racional, lo cual es un logro impresionante a estas alturas. Hemos disfrutado de muchas cenas íntimas, conversaciones normales y silencios agradables. También hemos pasado tiempo juntos de compras en Madrid como adultos, sin sentir la presión de impresionar a nadie. Café, risas, mirar escaparates... todo fue muy tranquilo. No hubo ningún incidente ni nada que pudiera interpretarse como tal.

Pensé para mis adentros: *«Vaya, qué tipo tan equilibrado».*

Luego, cuando entró en nuestro bar, fue como si hubiera entrado en una página en blanco y la hubiera impreso con un *«Error 404»*.

Todo se volvió una locura en cuanto entró en el bar. Mi pequeño mundo, el único lugar donde nunca había visto a nadie tener un momento digno de su propio programa de entrevistas, hasta ahora. Él es solo un camarero. Declaraciones muy neutrales la mayor parte del tiempo, con un toque de humor sarcástico aquí y allá. Sin impacto alguno en el drama que se desarrollaba frente a todos nosotros en ese momento. En cuanto entró en el bar, echó un vistazo a su alrededor, interpretó una respuesta y escogió la que decía que estaba "flirteando" tanto con el camarero como conmigo.

No recuerdo cuánto tiempo hace que empezó a hacer esto. Tampoco recuerdo haber aceptado participar en una telenovela, pero ahí está, con una expresión de tensión, presintiendo que algún día sucederá, porque cree que algo le pertenece y ahora se lo van a quitar; eso lo estresa mucho.

—¿Estás bien? —pregunto confundida. Todo es un caos. Celos, gritos, miradas incómodas del grupo. Lucas y yo estamos paralizados, congelados por el miedo, mientras todos a nuestro alrededor, incluso en el bar, contienen la respiración esperando cualquier movimiento. Miguel habla de respeto, de señales, de lo

obvio que es lo que compartimos. En mi cabeza pienso: «¿Qué quieres decir con que compartimos? ¿Dónde perdí la página de mi guion?».

Y entonces llega el remate.

—Después de todo lo que he hecho por ti —dice—. Después de todo lo que he pagado.

Parpadeo.

Una vez. Dos veces.

«Ah. Ese era el truco».

No tengo oportunidad de responder y ya estoy experimentando sinestesia. Resulta que compartir comidas tiene un coste, que compartir tazas de café genera interés, que tener conocimientos comunes es en realidad una inversión, y que me invitó porque cree que soy de su propiedad.

Se acabó. Sin debate, sin aclaraciones, sin justificaciones, nada. Salgo del bar con absoluta certeza; no es solo una señal de alerta; es una bandera enorme ondeando al viento. Más tarde esa misma noche, lo bloqueo; eso es lo que hago. No quiero saber nada de alguien que se cree dueño de mí.

Sin discursos. Sin drama. Sin epílogo.

Y aquí estoy ahora.

En el bar, en mi rincón con el portátil en la mano y algo fallando en mi historia, siento que estoy haciendo mucho daño. Más rabia que risa. Pero Clara entiende lo que pasa. Dice que es increíble. Me dice que la forma en que cuento mi historia es buena. Cree que calará hondo en todos.

—"El taxista pesetero"—dijo —.¡Me encanta!

¡A mí no!

Me arrepiento de haber cometido otro error. Me enfada no haber previsto el resultado. Me cansa pensar que algo que normalmente consideraría lógico o razonable pueda resultar de otra manera que no sea incorrecta.

La pantalla está en blanco. Pienso:

«No quiero hacer esto», pero siempre digo lo mismo. Me concentro, intento enfocarme y tomo un sorbo de café. ¡Lucas también pasa sin decir nada hoy!

Abro un nuevo documento.

El taxista pesetero.

Genial. Otra mala decisión. Y, por supuesto, otro artículo para mañana.

El taxista pesetero

Como escribir una historia de amor sin amor; cómo finalmente demostraste que el hombre que parecía tan educado y tranquilo no era tan normal como aparentaba. No confíes en alguien que te dice que te ama y aún no sabe si tiene acento.

Al principio, me sentí muy halagada y un poco sorprendida por su expresividad emocional, que me sorprendió en tantos aspectos inesperados. Apareció en un momento muy difícil para mí y me brindó justo lo que necesitaba: serenidad. Todas esas cenas tranquilas, largas conversaciones telefónicas y la conexión inicial me hicieron creer que, por un par de días, habíamos encontrado algo especial.

Alerta de spoiler: no era amor.

Al menos no para mí.

Y empiezo a sospechar que para él tampoco.

Como escuché en una canción y ahora me doy cuenta, no era amor, sino obsesión. No quería a alguien con quien compartir su vida; quería un adorno bonito que siempre estuviera disponible. Quería una mujer florero versión siglo XXI: presentable, agradecida y, si podía ser, con la comida y la cena a tiempo. Una mentalidad muy años ochenta, pero con tarjeta de crédito actualizada.

Es triste admitir que, a estas alturas de la vida, todavía existan hombres con mucho dinero, poca evolución emocional y un concepto del amor basado en la posesión. Pero sí, existen. Yo me crucé con uno.

La burbuja estalló el día que se sintió amenazado por algo tan aparentemente inocente como un café. A veces bien hecho, a veces no tanto. Un café. Fue entonces cuando, con perdón de la palabra, salió el "machirulo" que llevaba dentro. El celoso. El controlador. Y, para rematar la función, el ***pesetero****.*

Porque nada dice "romanticismo" como echarte en cara lo que alguien se ha gastado en ti.
Gracias al destino —y a mi sana desconfianza crónica— nunca he sido una persona interesada. De hecho, aquel día de compras en Madrid rechacé algún que otro regalo en tiendas demasiado exclusivas. Menos mal. Porque, de haber aceptado, aquello habría terminado siendo peor que Sodoma y Gomorra… pero con ticket de compra.
Eso sí, hago una aclaración importante antes de que nadie se dé por aludido: no todos los taxistas son peseteros, ni todos los hombres son celosos. En todas las profesiones hay gente maravillosa y absolutamente competente.
Pero el que yo conocí…era pesetero y celoso.
¿Qué le vamos a hacer?
Una vez más, me tocó el gordo.
¡Así es la vida!

Conclusión final para futuras citas

1. *Desconfía del romanticismo exprés servido sin contexto.*
2. *La sensatez también se disfraza.*
3. *No debes nada a nadie por haberte invitado a cenar. Absolutamente nadie.*
4. *Si un hombre se siente amenazado por un camarero y un café, el problema no es el café.*
5. *Y recuerda: no era amor… era inversión esperando beneficios.*

Vera

Le mando el artículo a Clara sin prólogo, sin disculpas y sin advertencias. Solo el archivo adjunto y un asunto neutro:

Asunto: Columna

Nada de emoticonos. Nada de "dime qué te parece". A estas alturas, prefiero que lo lea sin anestesia.

No pasan ni diez minutos cuando el móvil vibra.

«*Eso nunca es buena señal*», pienso.

O muy mala. O muy buena. Ambas cosas dan vértigo.

Clara.

Abro el correo.

Vera,

Me encanta.

No hay nada que tocar. Nada.

Está afilada, clara, divertida y muy reconocible.

Justo el tipo de texto que hace que la gente siga leyendo hasta el final.

La publicamos tal cual.

Gracias por confiar en tu voz.

C.

Me quedo mirando la pantalla un segundo más de lo normal.

«*Tal cual*», ha dicho. «*Ni una coma*».

No siento euforia. No salto de alegría. Siento algo mucho más raro: una mezcla incómoda de orgullo y pudor. Como cuando alguien te dice una verdad bonita sobre ti y no sabes muy bien dónde meter las manos.

Cierro el portátil despacio.

—Perfecto —murmuro—. Otra historia cerrada sin trauma visible.

Levanto la vista. El bar sigue igual. Lucas limpia una taza que no lo necesita. El café humea. Mi rincón resiste.

«*Quizá esto es crecer*, pienso. *O quizá es acostumbrarse a que tu vida sea material publicable*».

Sea lo que sea, Clara no ha puesto objeciones. Y eso, curiosamente, es lo que más me inquieta.

Capítulo 10

La columna se publica alrededor de las tres de la tarde. Lo sé porque Clara me responde con un amable "ya está lista", pero la realidad es muy distinta. A partir de ese momento, ninguna acción en la Tierra puede considerarse inofensiva. Al principio, no ocurre nada. Cinco minutos de falsa paz. Diez. Por una vez, estoy dispuesto a considerar que tal vez el universo quiera tomarse un respiro hoy.

«Wrong».

Recibo un correo tras otro en mi dispositivo móvil. Me llegan antes de que pueda abrirlos... Me llegan tan rápido que no puedo leerlos todos a la vez.

La columna ya está visible. Cada vez hay más comentarios.

"Yo también he tenido esta experiencia".

"Pensaba que solo me pasaba a mí".

"Agradezco que me hayas permitido expresar esto".

"El concepto de taxímetro emocional es una genialidad".

"¿En qué planeta vives? Ojalá lo hubiera leído antes".

Actualizo la página.

Más. Mucho más.

Se ha explorado el fenómeno de las redes sociales. Se han tomado capturas de pantalla de textos que se han vuelto a publicar, resaltando frases específicas. He visto a personas compartir historias similares; muchas son surrealistas, pero algunas de sus experiencias reflejan las mías. Los hombres que yo consideraba ejemplos a seguir ahora son simplemente malas inversiones. Hay diferentes tipos de hombres ofendidos: algunos se ofenden porque han invertido mal en mujeres, otros se ofenden porque sienten que no encajan en nuestra definición de masculinidad, pero se sienten implicados en los hechos que describimos.

Se nota la diferencia en el ambiente de la redacción. No se oye, pero se percibe porque está presente en todas partes. Recibes una avalancha de correos electrónicos de lectores dirigidos al autor. Has recibido de todo, desde propuestas hasta confesiones, y muchos

lectores te envían artículos con una nota que dice "para tu información". Clara se acercó a mi escritorio con el teléfono en la mano y una sonrisa inquietante.

—Esto es una locura —dice ella—. En el buen sentido.

—¿Qué quieres decir con "en el buen sentido"? —le respondo.

—La gente escribe para contar sus historias. Quieren que las publiquemos. Quieren que sigamos adelante.

«*Claro que quieren*», pienso. «*Siempre quieren más cuando el desastre ajeno entretiene*».

«Es asombroso. Y un poco aterrador».

No hace mucho escribía para entenderme a mí misma. Ahora escribo y otros se reconocen a sí mismos. Clara me deja sola.

Antes de irse, me dice:

—Prepárate, porque esto va a continuar.

Observo el caos organizado que es la redacción. El flujo de notas continúa y hay montones desorganizados de documentos sin compilar. Algunos son divertidos, mientras que otros son tan deprimentes que me dan ganas de coger mi ordenador e ir al bar más cercano con café de mala calidad, donde nadie me hará preguntas.

«Genial», reflexiono. *«He convertido mis malas decisiones en un confesionario nacional».*

Y, contra todo pronóstico, funciona.

Funciona. Ya lo sabemos. De sobra.

Mientras estoy sentada en la barra con mi computadora sobre el mostrador y una taza de café a mi lado, veo cómo aumentan las cifras. Hay comentarios, comparticiones, mensajes directos y envíos de historias de la revista con títulos como *"Yo también"*, *"Gracias por compartir esto"* y *"Pensaba que era la única"*.

Todo va de maravilla. Entonces, caigo en la cuenta. Él leerá esta columna. Es el taxista quien se ha convertido en esta persona que ya ni siquiera se da cuenta de lo tacaño que se ha vuelto. Ahora tengo un nudo en el estómago que no tiene absolutamente nada que ver con el café.

«Mierda», murmuro.

Es evidente que todo el mundo lee esto. Todo el mundo lo compartirá. Todo el mundo conoce a Miguel (menos mal que hay una pequeña aclaración al final), pero la historia le resulta demasiado familiar, como para que le parezca nueva. Hay cena, hay bar, hay una pequeña acrobacia, hay un desgaste emocional.

Lo he destrozado. Con humor, por supuesto. Pero también con argumentos. Lo he destrozado de dos maneras. ¿Y si lo identifican y se enfurece? ¿Y si viene a este mismo bar a exigir una respuesta y una compensación? Me arrepiento de haber contado su historia al mundo a través de mis palabras. El segundo arrepentimiento es que ya es demasiado tarde. Estoy pensando en formas ridículas de enmendar este error: - Publicar un comunicado de prensa aclaratorio. - Publicar un anuncio oficial. - Ofrecer una compensación emocional para reparar cualquier daño causado por este artículo.

«Queridos lectores, el taxista pesetero no se merece ese calificativo; en realidad, no es así. Si bien puede que haya exagerado en mi experiencia, es algo que todos hacemos cuando compartimos nuestra historia sobre algo que nos causó dolor». Eso tampoco suena bien; además, ¿quién soy yo para defenderme en mis columnas?

¿Hasta cuándo tendré que explicar lo que escribo? La voz en mi cabeza, Clara, es como una voz objetiva que no me ayuda: «Vera, lo más importante es la historia». Estoy segura, pero los hechos también tienen rostros, voces y protagonistas. Me recuesto y cierro los ojos un momento. No inventé nada. No creé nada valioso en el artículo. Exageré y conté la historia, pero protegí la identidad de la persona o personas sobre las que escribía. Eso debería considerarse periodismo narrativo, ¿no?

«¿O se trata de un autoengaño disfrazado?»

Abro de nuevo el portátil y empiezo a releer el texto buscando alguna pista sobre su paradero. No hay direcciones, ni matrículas, ni nombres. A pesar de ello, el miedo persiste.

Me digo a mí misma: «*Excelente trabajo, Vera*». Ya no solo escribo sobre decisiones lamentables, sino que también las comparto con el mundo. Lucas pasa a mi lado y me ve; hoy no me pregunta nada. Exhalo lentamente.

Quizás no sea necesario añadir una nota. Quizás no debería disculparme por compartir mi experiencia. Quizás el problema no sea que lo vea «por escrito», sino que se identifique con ello. Si se identifica, quizás haya algo de verdad en lo que dice.

Apago el ordenador y doy por terminada la escritura de hoy. ¡Tuve tiempo para escribir durante toda una semana! Es la primera vez que logro superar esta experiencia por completo; mi sensación de agobio ha cambiado a medida que me acerco a ella.

Capítulo 11

La repercusión de *El taxista pesetero* ha sido… excesiva. Mucho más que la del artículo anterior. Demasiado ruido para una historia que, en el fondo, yo solo quería sacar de mi sistema.

Durante días he vivido en estado de alerta máxima. Mirando dos veces al cruzar la calle. Analizando caras desconocidas. Convenciéndome a mí misma de que cualquier coche que reducía la velocidad a mi altura podía ser él. O peor: alguien enviado por él.

He llegado incluso a imaginar —y aquí ya me he dado cuenta de que necesitaba dormir más— que iba a contratar a un sicario para partirme las piernas. No por rabia, no. Por orgullo herido. Que es siempre lo más peligroso.

Nada de eso ha pasado.

Quizá no lea redes sociales. Quizá no lea revistas. Quizá haya decidido que ignorarme es la mejor forma de no darme más material.

Después de varios días sin incidentes, empiezo a respirar un poco más tranquila.

Bien. «Sin persecución. Por ahora.»

Actualmente no tengo nuevas historias que compartir; tampoco quiero contar más anécdotas disparatadas en primera persona, necesito descansar para que mis ex no la tomen conmigo. Pero Clara me ha dado una oportunidad y me ha dicho que puedo reescribir y volver a contar algunas de las historias que he recibido a lo largo de los años, con la aprobación de los protagonistas de cada una, para así perfeccionar mi estilo y experiencia como escritora.

Casi lo prefiero así.

La auto exposición está llegando a un punto en que empieza a resultar inquietante. Para ser sincera, necesito paz y serenidad. La debilidad, que es mi profesión, empieza a sonar bien como una forma de evadirme en algo relajante en este momento.

Esta tarde voy a charlar con una chica. De todas las historias que hemos recibido, esta es la que más me ha llamado la atención.

No es que sea la más escandalosa, sino que es una de esas historias que empiezan de forma inocente y terminan con un final del tipo ¡No puedo creer que no lo viera venir!

Nos reunimos en mi lugar favorito: el bar. Donde todo empezó y donde me siento más cómoda. Mi portátil está cerrado; mis notas, ya escritas y mecanografiadas, reposan frente a mí sobre la barra (para parecer algo "profesional"); mi café, que me acaban de traer, está muy bien preparado, aunque no necesariamente perfecto. Y si normalmente necesitaría más cosas, hoy no las necesito.

Respira hondo. Hoy se tratará de escuchar, no de justificarme ni de sentir vergüenza, o al menos yo no.

Y, por una vez, eso se siente como un enorme alivio.

Martina llega puntual. Llega a tiempo. Me gusta la gente puntual. Sin embargo, si llega tarde, no tengo inconveniente siempre y cuando no sea mucho después de la hora programada; además, la puntualidad también comunica algo, en este caso: orden, respeto o, como mínimo, respeto hacia mí.

—Hola —dice ella sonriendo.

Es alguien que me cae bien de inmediato. Sin motivo aparente, hay personas que pueden sentir simpatía instantánea antes incluso de haber hablado. Martina es una de ellas; con su cabello rojo, es preciosa y tiene una presencia tan llamativa que atrae la atención tanto de hombres como de mujeres sin necesidad de hacer nada para conseguirlo.

Nos instalamos en mi pequeño rincón. Y poco después, Lucas apareció para tomar nota de nuestros pedidos.

—¿Qué os pongo? —pregunta.

«A *nosotras*». Pero la mira a *ella*.

Demasiado atento. Demasiado servicial. Demasiado correcto.

«*¿Perdona?*»

Martina pide un té. Lucas asiente con una sonrisa que no le conozco. Una sonrisa educada, amable, casi… encantadora. Yo lo observo con el rabillo del ojo.

«*Qué bien*», pienso. «*Hoy tenemos versión camarero del año*».

—¿Todo bien? —me pregunta Lucas a mí, tarde. Muy tarde.

—Sí —respondo—. Perfecto.

No lo digo perfecto. Lo digo seco.

Lucas se va. Martina me mira divertida.

—¿Es siempre así? —pregunta.

—No —contesto—. Hoy está especialmente… profesional.

«*¿Me molesta?*»

«Sí».

«*¿Por qué?*»

«Ni idea».

«*¿Estoy celosa?*»

Entre Lucas y yo no hay nada. Absolutamente nada. Nada que justificar, nada que analizar, nada que escribir en una columna.

En cuanto Martina empieza a contar su historia, reconozco que está repleta de buen material, o mejor dicho, de muchísimo material. Por eso, mientras habla, ya estoy editando mentalmente, intentando encontrar el ritmo, el giro y el desenlace.

—Creo que esto tiene potencial —le digo—, muchísimo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —sonrío—. Y no te preocupes, cuando termine tu columna, te enviaré una copia inicial para que me des tu opinión y tu aprobación antes de pasársela a mi jefa.

—¡Oh, genial, te lo agradezco! —exclama—. Eso me tranquiliza mucho.

Me cae aún mejor. Dice que empezó a seguirme cuando tenía un blog y que se ve reflejada en mí, además de tener la misma historia de amor con tintes artísticos. Así que estoy de acuerdo. ¿Quién no?

Mientras hablamos, la risa surge con facilidad. Conectamos y nos comunicamos sin esfuerzo. Pero cuando terminamos de hablar hay algo que me molesta. Martina se levanta y camina hacia el baño, pero se detiene en la barra. Lucas la ve y empiezan a hablar, sonriendo y riendo juntos. No puedo oír su conversación, pero puedo ver lo que está pasando. Lucas saca su teléfono mientras él y Martina intercambian sus respectivos teléfonos para compartir números de contacto. "¡Aah!" Siento una reacción irracional, infantil, impredecible y desgarradora.

¿Por qué me molesta tanto? No tengo ni idea; de verdad que no. Cuando Martina regresa a la mesa, es como si nada hubiera pasado.

—Vera, ha sido un placer, de verdad.

—Igualmente — respondo.

Nos despedimos y ella se marcha.

Lucas regresa a sus quehaceres, aparentemente imperturbable ante lo sucedido. Como si hubiera intervenido en algo de lo que no era consciente. Tomo un sorbo de café. El sabor sigue siendo el mismo, pero me siento diferente al beberlo.

«Genial. Ahora a mí también me molesta que la gente intercambie números de teléfono».

Esto empieza a ser preocupante.

Hoy, y esto es algo sin precedentes, voy a escribir mi columna desde casa.

Mi santuario ha sido profanado: mi bar, mi rincón, mi mesa; todo ha sido violado por algo que no debería ocurrir, algo que considero peor que cualquier violencia: el acto de mirar a otra persona, sonreírle, intercambiar números y coquetear. Solo he presenciado estos actos de artificio y manipulación física desde la distancia profesional.

Martina y Lucas han convertido mi refugio en un escenario. Y yo, en un espectador incómodo.

Estoy sentada en mi sofá con mi portátil; una luz brillante y un silencio que no juzga pero tampoco distrae. Este es mi espacio, mi hogar, donde puedo sentirme cómoda diciendo que hay cosas que me preocupan.

Porque me ha molestado.

Y eso es lo que más me preocupa.

«¿Tengo celos?»

«No».

Bueno… no exactamente. O tal vez sí, pero no de la forma en que debería.

Lucas no es el dueño; Martina no es la dueña; y tampoco lo es el intercambio de números de teléfono. Pero en realidad no se trata de eso… se trata de sentimientos. Una punzada irracional, posesiva

e inexplicable… una sensación de "esto me pertenece"; lo cual no tiene sentido (objetivamente hablando) porque no es así.

Entonces tengo que enfrentarme a la pregunta que tanto temía:

«¿Me estoy comportando como un taxista pesetero?».

«¡Oh, por favor, NO! Eso sería imperdonable».

He escrito sobre la posesividad y he dedicado columnas enteras a los celos. Me he burlado de la gente controladora con una sátira sarcástica y elegante.

No puedo creer que dos personas, ninguna de las cuales respeta las normas sociales, hayan intercambiado sus números de teléfono en un bar que no es mío.

Bravo, Vera. Ovación cerrada.

No me siento mal por lo sucedido, me siento mal por mis sentimientos; mis sentimientos no son de enfado o tristeza. Mis sentimientos son peores que enfado o tristeza; se trata de que alguien se apropie de lo que me pertenece sin autorización.

La versión de mí que más detesto. Una persona que reflexiona, evalúa, analiza y distorsiona la verdad, pero que no tiene derecho a hacerlo. Alguien que, en algún momento, deseó tener relevancia, pero no fue capaz de demostrarlo. Me abstendré de intentar arreglarlo y pasaré a mi siguiente razonamiento.

No he expresado mi opinión, no he causado revuelo ni he respondido de la manera que sabía que me ayudaría emocionalmente. Sin embargo, tan solo pensarlo me produce malestar.

«Quizás esto también sea material para escribir, y tal vez no todos tus pensamientos se conviertan en un artículo».

Voy a apagar el portátil ahora. Mañana escribiré sobre Martina, su historia. No la mía. Lo haré a distancia. Usaré el humor al escribirla. La escribiré con respeto. Pero hasta entonces, me quedaré en casa. Y aceptaré que incluso aquellos que critican los errores ajenos... también cometerán los suyos.

Y reconocerse a uno mismo en aquello que se critica resulta mucho más incómodo que escribir sobre ello.

Capítulo 12

Me levanto con la cabeza embotada, como si alguien hubiera decidido dejar un programa de radio encendido dentro de mi cráneo toda la noche. He dormido poco, mal y a trompicones. Demasiado pensar para tan pocas horas de sueño. Me siento cansada y ligeramente decepcionada conmigo misma, que es una combinación bastante fea para empezar el día.

No entiendo muy bien por qué ayer mi cabeza decidió jugarme esa mala pasada. Por qué me importó algo que, en teoría, no debería importarme. Por qué permití que una escena mínima se colara tan adentro. Pero no tengo tiempo para analizarlo ahora. No hoy.

Tengo que escribir.

Y escribir, afortunadamente, sigue siendo lo único que no me falla cuando todo lo demás se tambalea.

Me preparo un café en casa. Cumple su función, pero no tiene alma. Lo dejo a un lado, abro el portátil todavía en pijama, con el pelo recogido de cualquier manera y la mente a medio gas. No me siento especialmente inspirada, pero sí dispuesta. Que, en mi caso, suele ser suficiente.

Hoy no voy a escribir sobre mí. Hoy no toca.

Hoy toca Martina.

Abro un documento nuevo y escribo el título casi sin pensar:

El rata de la gaseosa

Sonrío. Eso ya promete.

Empiezo a escribir y mis dedos se deslizan por el teclado como si alguien hubiera pisado el acelerador. Rápido. Sin pausa. Como si la historia llevara días esperando salir. Me meto dentro con una facilidad que me sorprende. Demasiada.

Martina no soy yo… pero podría serlo.

Mientras escribo, a ratos se me eriza la piel. No porque la historia sea mía, sino porque la reconozco. Ese chico sin nombre —porque así me lo ha pedido Martina y yo respeto eso— es

pueblerino, un poco agarrado y encantador solo cuando le conviene. El tipo que calcula más de lo que siente. El que no invita y es muy radical.

No exagero nada. No hace falta. La historia ya tiene chispa. Ironía natural. Situaciones que se cuentan solas. El lector va a sonreír primero… y luego va a pensar *espera, esto también me pasó*.

Y ahí, en ese punto exacto, me doy cuenta de algo incómodo: yo podría haber salido con ese chico. Podría haberlo defendido.

Podría haberle buscado excusas.

Es la antítesis perfecta del taxista.

Otro envoltorio. El mismo fondo.

Sigo escribiendo. Absorbida. Concentrada. Durante un rato, el mundo desaparece. El bar. Lucas. Mi noche absurda. Todo queda fuera. Solo existe Martina y una historia que se escribe casi sola.

Cuando termino, la releo una vez. Luego otra. Corrijo poco. Muy poco. No añado picante artificial. No exagero conclusiones. No lo necesita.

Suspiro.

Adjunto el archivo al correo que Martina me ha facilitado.

Asunto: Tu historia

Dudo medio segundo antes de enviar. Luego pulso.

Enviar.

Me recuesto en la silla y, por fin, pruebo el café. No sabe igual. Nunca sabe igual. Pero hoy no me importa tanto.

He hecho lo que mejor sé hacer. He contado una historia que no es mía… pero podría serlo. Y, por primera vez desde ayer, me siento un poco más en paz.

Ahora solo queda esperar.

Y, curiosamente, esa parte siempre es la más difícil.

La espera, sorprendentemente, no se hace esperar. La respuesta de Martina llega rápido. Demasiado rápido para alguien que, en teoría, iba a leer con lupa su propia historia convertida en columna nacional.

Abro el correo con prevención innecesaria.

“Me encanta.”

Así. Sin anestesia. Acompañado de un *gracias, has sabido plasmar con facilidad y perfectamente la esencia de esta historia* que me deja un poco descolocada. Me esperaba más matices, más correcciones, algún *esto no lo diría así*. Pero no. Nada.

«*Qué fácil ha sido complacerla*», pienso. «*Quizá me estaba acostumbrando a sufrir*».

Así que ahora toca el siguiente paso lógico: mandárselo a Clara.

Adjunto el archivo. Asunto neutro. Profesional. Aunque, últimamente, Clara está tan complaciente que debería sospechar. Y sospecho. No sé por qué, pero algo me dice que hoy no va a ser uno de esos días fáciles.

No me equivoco.

No pasan ni cinco minutos cuando llega su respuesta. Clara no escribe correos, envía listas de tareas con forma de comentario editorial. Abro el archivo y ahí están: las correcciones. Las sugerencias. Los *aquí podríamos apretar más* y los *esto necesita un poco más de punch*.

Suspiro.

Hago lo que considero justo: reenvío las correcciones a Martina. Yo no soy quién para cambiar parte de su vida, ni suavizarla, ni exagerarla sin su consentimiento. Bastante delicado es ya ver tu historia expuesta como para que alguien decida por ti.

La respuesta de Martina es inmediata. Y clara.

No quiere cambiar nada. No quiere exagerar nada.

Perfecto.

El problema es que Clara tampoco quiere cambiar nada… excepto *todo*.

Y así me encuentro, en mitad de una batalla absurda de correos cruzados. Clara pidiendo más impacto. Martina defendiendo su verdad. Y yo, atrapada en medio, intentando que ninguna se sienta traicionada.

Empiezo a sentir ese estrés fino, elegante, silencioso, que no se nota por fuera, pero te va comiendo por dentro.

«*Genial, Vera*», pienso. «*Has pasado de escribir historias a gestionar egos*».

Cierro el portátil con un golpe suave, pero significativo. Respiro hondo. Esto no se va a arreglar a base de correos.

Así que hago lo único sensato que se me ocurre.

Levanto el teléfono.

Si vamos a discutir sobre una vida ajena, al menos que sea con todas presentes.

Pulso llamar. A tres.

Que sea lo que tenga que ser.

Capítulo 13

Durante al menos una hora, la conversación es directamente insostenible. No porque nadie grite, no. Eso sería más fácil. Lo complicado es ese tira y afloja educado, lleno de frases bien formuladas y silencios estratégicos que solo sirven para alargar la agonía.

Martina defiende su historia como quien defiende su dignidad, que, en el fondo, es exactamente eso. Clara defiende el impacto, el ritmo y la necesidad de que el lector llegue al final con ganas de más. Y yo… yo hago de traductora emocional entre dos mundos que no hablan el mismo idioma.

Al final, Martina cede en un par de cosas. Pequeñas. Las menos dolorosas. Clara, sorprendentemente, también cede en otras. No muchas, pero las suficientes como para que esto no termine en tragedia editorial.

Yo me quedo con la parte menos glamurosa: reescribir.

Repaso el texto y modifico las frases, altero la ironía y aseguro que las conclusiones finales sean lo más claras y precisas posible, sin exageraciones innecesarias ni eufemismos. Simplemente lo dejo tal cual… correcto.

El objetivo es claro. Mañana por la tarde, **El rata de la gaseosa** será un éxito, o al menos tendrá la suficiente honestidad como para que no me arrepienta de haber participado. Guardo el documento y lo releo en otro momento (tres lecturas en total). La escritura fluye, tiene ritmo, sentido del humor y, lo más importante, no delata a ninguno de sus participantes.

Ahora solo queda esperar.

Esperar a que tenga buena acogida. A que conecte con el público. A que el consumidor —una palabra horrible, pero muy real— lo haga suyo.

Por el momento, después de releerlo con lupa y algo de desconfianza, el texto queda así:

El rata de la gaseosa

La primera cita ya venía avisando. Yo llegué arreglada, mona, con ese esfuerzo medido que haces cuando todavía crees que el otro se lo merece: minifalda pantalón, top, sandalias de tacón y dignidad intacta. Él llegó en chándal.

¡¡En chándal!!

La excusa fue que venía conduciendo y así iba "más cómodo". Porque, al parecer, ponerse unos vaqueros es incompatible con sentarse al volante. ¡Ja! Primera señal ignorada con entusiasmo.

La comida confirmó el presagio. Centro comercial. El sitio más barato del lugar. No daré nombres porque no quiero promocionar marcas que ya se promocionan solas. Solo diré que las albóndigas no son lo mío y que cada uno pagó lo suyo. Cinco o seis euros por cabeza. Romance a precio cerrado.

Hasta aquí, sorprendentemente, todo correcto. El problema llegó cuando decidimos repetir.

En la siguiente cita pidió gaseosa. ***Gaseosa sola.*** *Porque hacía calor. Yo pensé que era una broma. No lo era. Resulta que él creía sinceramente que en un restaurante te sirven la gaseosa sin vino, como si fuera una bebida refrescante normal. La gaseosa es para el vino, alma cándida. Pero no quise corregirlo. Error.*

Lo realmente preocupante vino después. Me contó, orgulloso, que se había comprado un coche nuevo. Sin aire acondicionado. Porque él todo a tocateja. Y como no tenía dinero para el aire… pues sin aire.

En pleno siglo XXI.

En verano.

En Madrid.

Por supuesto, el viaje lo hicimos en mi coche.

Eso sí, nada de autopistas, porque son un invento del Estado para recaudar dinero. Nada de ir a la velocidad permitida, porque las multas son otro invento del gobierno para recaudar dinero. Nada de bancos, nada de instituciones, nada de nadie que pudiera quitarle un solo euro de más.

Un anti sistema muy coherente… siempre que la coherencia no le cueste dinero.

El trayecto que normalmente se hace en dos horas se convirtió en tres eternas, por carreteras nacionales, a menos diez kilómetros del límite, con una charla constante sobre lo injusto que es el mundo mientras yo llegaba tarde a una entrevista de trabajo.
La cara que se me quedó no está recogida en ningún manual de citas.
La vuelta fue silenciosa. Incómoda. Reveladora. Y la despedida, un clásico: "no eres tú, soy yo".
Yo pensé: sí, eres tú*.*
Y cuando añadió "mejor nos damos un tiempo", entendí perfectamente: un tiempo infinito y a ser posible definitivo.

Conclusiones finales (para no repetir errores)

1. *El chándal en la primera cita no es comodidad: es una advertencia.*
2. *La gaseosa sola no es una bebida, es una declaración de intenciones.*
3. *Un coche sin aire acondicionado en verano no es austeridad, es crueldad.*
4. *Quien calcula cada euro suele olvidarse de calcular el impacto de sus actos.*
5. *Y recuerda: ahorrar está muy bien, pero no cuando el precio eres tú.*

Vera

La publicación de *El rata de la gaseosa* provoca lo que ya empiezo a reconocer como un fenómeno habitual: el descontrol absoluto. Pero esta vez es distinto. Esta vez no me abruma. Esta vez me divierte.

Los comentarios llegan en avalancha. Sin pausa. Sin filtro. La gente alucina. Literalmente. Hay quien no puede superar lo del coche sin aire acondicionado. Se cuestiona la legalidad, la moral y la salud mental necesaria para tomar semejante decisión. Otros se quedan atrapados en el tema de la gaseosa, como si acabaran de descubrir una nueva forma de herejía social.

“¿GASEOSA SOLA?”

“Eso ya es bandera roja”.

“Lo del coche sin aire me ha dado calor solo de leerlo”.

“Yo habría bajado en marcha”.

Río. Mucho. Sin culpa.

Las risas se mezclan con confesiones espontáneas. Historias similares. Versiones propias del mismo personaje, con distintos nombres y mismos tics. Parece que este tipo de hombres vienen de serie, solo cambia el envoltorio.

Y lo mejor de todo es que no me siento expuesta. No hay nudo en el estómago. No hay miedo a que alguien se reconozca y aparezca a reclamar derechos de autor sobre su miseria emocional.

No es mi historia.

Y eso lo cambia todo.

Leo cada comentario con una sonrisa ligera. Incluso con orgullo profesional. Porque la gente no solo se ríe, se reconoce. Y cuando alguien se reconoce sin sentirse señalado, algo funciona.

Clara me escribe poco después.

—Esto está volando.

Lo sé. Se nota en el ambiente. En los mensajes. En la forma en que la columna se comparte como si fuera una advertencia colectiva.

Por primera vez desde que todo esto empezó, disfruto del éxito sin resaca emocional. Sin culpa. Sin esa sensación incómoda de haber dejado demasiado de mí por el camino.

Cierro el portátil y doy un sorbo al café.

Hoy sabe bien.

Y no porque esté mejor hecho, sino porque, esta vez, la historia ha sido contada desde el lugar correcto.

Capítulo 14

Estoy sentada en mi rincón, portátil abierto, leyendo los comentarios como quien hojea una revista del corazón ajena. Me río. Asiento. Pienso *menos mal que no soy yo*. Todo fluye. Incluso el bar parece estar de mi parte hoy.

Hasta que llega el café.

Lucas lo deja sobre la mesa sin ni siquiera mirarme. El sonido de la taza al tocar la madera ya no me gusta. Doy un sorbo.

Y ahí está.

Malo. Rematadamente malo. Café con sabor a venganza.

Parpadeo. Lo vuelvo a probar, por si el problema soy yo que me he precipitado, pero no, el problema es el café. Y Lucas lleva días haciéndolo bien, así que esto no es un error técnico. Esto es emocional.

Levanto la vista.

Lucas está serio, tenso. Tiene la mandíbula apretada. Esa cara que pone no es por el café.

Como hoy tengo un buen día —milagro— decido ser adulta.

—¿Todo bien? —interrogo con una amabilidad que ni siquiera sé de dónde ha salido.

Error.

Lucas me mira por fin. No sonríe. No ironiza. Va directo.

—¿Te lo estás pasando bien?

Frunzo el ceño.

—¿Con el café? No, en absoluto, es rematadamente el peor que has hecho.

—No —dice—. Con los comentarios. Con el este circo que has montado.

«*Ajá*».

—Es mi trabajo —respondo—. Y hoy, curiosamente, va bien.

—Ya —dice—. Se nota.

Ese *ya* viene cargado. No sé de qué, pero pesa.

—¿Te molesta algo? —pregunto—. Porque el café no ha salido solo mal, ha salido enfadado.

—No me molesta nada —contesta.

Silencio.

—Eso nunca es verdad —añado.

Se cruza de brazos.

—Solo me parece curioso cómo te ríes ahora de cosas que hace nada te tenían hecha polvo.

—Eso se llama no ser masoquista —replico—. Y aprender.

—O no ser tú la protagonista.

Toco mesa.

—Cuidado.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿He dicho algo falso?

Respiro hondo. Mantengo la calma. Muchísimo mérito.

—He contado una historia —digo—. No he señalado a nadie. No he obligado a nadie a reconocerse.

—No —responde—. Pero hay gente que se reconoce igual.

«*¿En serio estamos teniendo esta conversación?*»

—Lucas —digo despacio—. Si alguien se reconoce en una columna… quizá el problema no es la columna.

Se ríe. Sin humor.

—Claro. Tú siempre tan clara.

—Y tú últimamente muy… susceptible.

Eso sí le molesta.

—No estoy susceptible —dice—. Solo estoy cansado de verte aquí, observándolo todo, escribiéndolo todo, y luego hacer como si nada te afectara.

—¿Y qué esperas que haga? —pregunto—. ¿Qué me disculpe por no hundirme hoy?

Silencio tenso. El bar sigue funcionando alrededor, ajeno.

—No —dice—. Esperaba… no sé.

—Exacto —respondo—. Tú tampoco lo sabes.

Nos miramos unos segundos. Demasiados. Esa tensión incómoda que no es discusión, pero tampoco calma.

—El café está malo —digo al final.

Asiente.

—Lo sé.
—Arréglalo.
—Ahora.
Se lleva la taza sin decir nada más.
Vuelvo a la pantalla. A los comentarios. Pero ya no me río igual.
«*Genial*. *Un café malo y una conversación peor*».

Capítulo 15

Definitivamente, la tranquilidad entre Lucas y yo ha durado lo justo para que empiece a doler otra vez.

¿Pero qué le pasa?, pienso.

Porque no es normal. No hoy. No así. Lucas no se enfada por un café mal hecho, ni siquiera por uno muy mal hecho. Eso lo sé después de casi un año viniendo aquí, sobreviviendo a cafés sospechosos y silencios incómodos. Así que no, esto no va del café.

«*¿Se ha identificado con el rata de la gaseosa?*»

La idea aparece y se instala sin pedir permiso.

«*¿Y si se ha visto reflejado?¿Y si he tocado algo que no quería tocar?*»

Me observo a mí misma con cierta incredulidad. *Genial, Vera*, ahora además de columnista eres detective emocional de camareros malhumorados. Baja el nivel, por favor.

Pero no puedo evitarlo.

Repaso mentalmente la columna. El chándal. La gaseosa. El coche sin aire acondicionado. El control disfrazado de ahorro. No, Lucas no encaja ahí. No encaja en absoluto. Pero, aun así, algo le ha removido. Y eso me inquieta más que si encajara perfectamente.

«*¿Y si tiene una historia?¿Y si hay algo que quiere contarme?*»

La idea me parece peligrosa. Porque indagar implica acercarse. Y acercarse implica confianza. Y la confianza, a estas alturas, la reparto con cuentagotas. Aunque lleve casi un año sentada en este rincón, aunque él sepa cómo tomo el café —cuando lo hace bien— y yo sepa cuándo está de mal humor con solo oír cómo deja la taza.

No somos amigos. No somos nada. Y, sin embargo, aquí estoy, dándole vueltas.

Me siento ridícula. Moralmente ridícula.

He criticado la posesión. He escrito sobre hombres que proyectan, que controlan, que se creen con derecho a interpretar emociones ajenas. Y ahora soy yo la que interpreta miradas,

silencios y gestos mínimos como si escondieran un drama digno de columna.

«*Bravo*».

«*¿Debería preguntarle?¿O debería hacer lo que siempre predico y dejar a la gente en paz con sus cosas?*»

No tengo tanta confianza. Ni siquiera sé si quiero tenerla.

Pero algo dentro de mí se mueve incómodo. No es curiosidad profesional. No es interés romántico —por dios, no empecemos con eso otra vez—. Es esa sensación molesta de haber rozado algo sensible sin saber cómo ni por qué.

Y lo peor de todo: no entiendo nada.

Miro la barra. Lucas sigue serio. Concentrado. Lejos.

«*Quizá no pasa nada*», me digo. «*Quizá solo es un mal día. Quizá el café está malo y punto*».

Sí. Claro. Y quizá yo no me monto películas innecesarias.

Respiro hondo. Vuelvo a la pantalla. A los comentarios. A la historia de otros.

Pero la verdad es esta: mi cabeza ya no está ahí.

Está en ese café mal hecho. En ese enfado injustificado. Y en esta debacle moral absurda en la que me descubro pensando exactamente lo que critico.

«*Maravilloso, Vera*».

«*Autocrítica nivel experto*».

No puedo más.

Mi cabeza lleva un rato haciendo ese ruido interno que solo aparece cuando algo no encaja y me niego a seguir fingiendo que no lo noto. Leo el mismo comentario por tercera vez sin enterarme de nada. El café —el segundo, el malo— se enfría delante de mí como si también estuviera ofendido.

Lucas pasa cerca. Evita mirarme. O eso me parece. Ya ni sé.

Respiro hondo.

«*Vale, Vera*», me digo. «*O preguntas o te montas una serie entera tú sola. Y ya sabemos cómo acaba eso*».

—Oye —digo al fin.

Lucas se detiene. No se gira del todo. Mal presagio.

—No sé si es cosa mía —empiezo—, pero hoy estás raro.

Lo digo en tono neutro. Adulto. Casi maduro. Me sorprendo a mí misma.

—¿Raro cómo? —pregunta.

—Como si el café fuera una forma de comunicación pasivo-agresiva —añado—. Y eso viniendo de ti ya es decir mucho.

Se gira por fin. Me mira. No sonríe.

—No me pasa nada.

—Claro —respondo—. Y yo no me monto películas.

Silencio.

Aprieto los labios. Ya que he empezado, sigo.

—Mira, no te pregunto por curiosidad profesional —digo—. Te pregunto porque llevo casi un año viniendo aquí, sobreviviendo a cafés peores que este, y hoy… hoy algo no cuadra.

Me observa. Evalúa. Como si estuviera decidiendo si merece la pena decir algo o dejarlo ahí.

—¿Te molesta algo de lo que he escrito? —suelto al final, más suave de lo que esperaba—. Porque si es eso, prefiero saberlo que inventármelo.

Ahí está. La pregunta honesta. Sin adornos. Sin titulares.

Lucas se pasa la mano por la nuca. Gesto clásico de *esto no estaba en el guion*.

—No —dice—. No va por ahí.

—Vale.

—Pero…

«*¡Ah!*», pienso. «*Siempre hay un pero*».

—Pero hoy no me apetecía hacer de figurante en tu día perfecto.

Parpadeo.

—¿Mi día perfecto? —repito—. Lucas, si este es mi día perfecto, el listón está peligrosamente bajo.

No sonríe. Yo tampoco.

—No me malinterpretes —añade—. Solo… —hace una pausa—. A veces parece que todo lo conviertes en historia. Y cansa.

Eso duele un poco. No mucho. Lo justo.

—Es mi trabajo —digo—. No mi personalidad completa.

—Ya —responde—. Pero hoy necesitaba… no sé. Normalidad.

Asiento despacio.

—Créeme —contesto—. Si yo supiera dónde se compra eso, ya tendría un almacén lleno.

Nos miramos. La tensión sigue ahí, pero ha cambiado. Ya no es agresiva. Es incómoda. Humana.

—No quería enfadarme contigo —dice al final.

—Pues lo has hecho —respondo—. Un poco. Pero también has hecho el café mal, así que vamos empate.

Una sombra de sonrisa aparece. Mínima. Suficiente.

—Te haré otro —dice.

—Gracias.

Se lleva la taza. Yo me quedo en mi rincón, con el ruido en la cabeza un poco más bajo.

No lo hemos arreglado. No lo hemos roto.

Pero al menos, por una vez, no he tenido que inventarme nada.

Y eso, hoy, ya es bastante.

El café nuevo llega. Mejor. No perfecto, pero aceptable. Lo tomo como una señal de tregua temporal.

Doy un sorbo y, sin saber muy bien por qué, me lanzo. Porque ya he cruzado una línea hoy y volver atrás no me va a salvar de nada.

—¿Y tú? —pregunto.

Lucas levanta la vista.

—¿Yo qué?

—¿Tienes una historia?

Silencio.

«*Genial, Vera*. *Pregunta lanzada sin paracaídas*».

—¿Una historia de qué? —dice.

—De lo que sea —respondo—. De algo que te haya pasado. Algo que aún te pese. Algo que te haga poner cafés malos cuando no toca.

Se ríe. Corto. Incrédulo.

—Eso es una idea absurda.

—¿Por qué?

—Porque no soy material de columna.

—Eso decían todos —replico—. Antes de darse cuenta de que lo eran.

Niega con la cabeza.

—No me apetece exponerme —dice—. Ni verme convertido en título ingenioso.

—No todo tiene que publicarse —aclaro—. A veces solo sirve para entender por qué alguien hace lo que hace.

Me mira con desconfianza. No hostil, pero sí defensiva.

—¿Y qué ganarías tú? —pregunta.

—Contexto —respondo—. Y quizá menos café malo.

Suspira.

—No tengo ninguna historia que contar —dice—. Y aunque la tuviera, no sería para ti.

La frase no duele. Pero pesa.

Asiento. No insisto. Hoy ya he empujado bastante.

—Vale —digo—. Era solo una idea.

—Una idea rara —añade.

—Es mi especialidad.

Se queda callado un segundo más de lo normal. Luego se gira para atender la barra.

Pero antes de irse, dice, sin mirarme:

—Además… no todas las historias están listas para contarse.

Me quedo quieta. Con la taza entre las manos. Con esa frase flotando en el aire.

«*Ajá*».

No insiste. No vuelve al tema. Yo tampoco. Pero algo se ha movido. No sé el qué. Ni cuándo. Solo sé que ahí hay algo. Y que no es para hoy.

Vuelvo al portátil. A los comentarios. A lo mío.

Pero ahora escribo con una idea nueva en la cabeza:

Hay historias que no quieren ser contadas. Todavía.

Y algunas, cuando llegue el momento, pueden doler más que cualquier columna.

Capítulo 1 6

Recojo el portátil y me cuelgo el bolso al hombro. Ya me iba cuando oigo una voz demasiado alta para no ser reconocible.

—¡Vera Medina! ¿Te escondes ahora en bares de barrio sin avisar?

Cierro los ojos un segundo. Sonrío antes incluso de girarme.

—Álvaro —digo—. El volumen era innecesario, pero eficaz.

Ahí está. Mi persona favorita. Mi amigo. El único ser humano capaz de entrar en cualquier sitio como si fuera suyo sin pedir permiso. Guapo, exagerado, perfectamente vestido y con esa energía vital que no se aprende, se sobrevive.

—Vengo a rescatarte —dice—. O a beber. Aún no lo he decidido.

—Llegas tarde para lo primero y justo para lo segundo.

Lucas levanta la vista desde la barra. Álvaro ya lo ha visto. Álvaro ve *todo*.

—Hola —dice, sonriendo—. Tú debes ser el responsable de que Vera siga viniendo aquí pese al café.

Lucas parpadea. Sonríe. Primera sonrisa real del día.

—Intento mejorar —responde.

—No hace falta —dice Álvaro—. Con que no envenenes a nadie, vamos bien.

Me muerdo el labio. Lucas suelta una risa breve. ¡¡Milagro!!

—Lucas —hago las presentaciones—, Álvaro.

—Encantado —dice mi amigo—. Cara de día largo. Te entiendo.

Y no lo dice por decir. Álvaro tiene ese don incómodo de leer el ambiente sin necesidad de manuales.

—Sí —responde Lucas—. De esos.

—Los peores —asiente Álvaro—. Yo antes tenía muchos.

Lucas lo mira con curiosidad.

—¿Antes?

—Antes de aprender a elegir mejor —dice—. Personas, lugares… y a mí mismo.

Silencio breve. No incómodo. Interesante.

—Ahora vivo bastante bien —añade—. Tengo un novio maravilloso, una vida tranquila y cero ganas de demostrar nada.

Lucas asiente despacio. Algo en su postura cambia. Baja los hombros. Respira.

—No siempre ha sido así —continúa Álvaro, sin dramatismo—. He pasado por cosas bastante feas. Pero bueno, eso ya es otra historia.

«*Ajá*. *Bien jugado, Álvaro*».

Lucas lo mira con respeto, no con pena sino con reconocimiento.

—Supongo que todos tenemos historias que no contamos —dice.

—Exacto —responde Álvaro—. Y no pasa nada por guardarlas… hasta que dejan de doler.

Se miran un segundo. Yo no digo nada. No hace falta.

—Bueno —interrumpo—, yo me voy antes de que esto se convierta en terapia grupal.

Álvaro me guiña un ojo.

—Mañana te llamo, cariño —dice—. Me debes un vino y una actualización de tu vida caótica.

—Siempre.

Me despido de Lucas con un gesto leve.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Vera.

Salgo del bar con la sensación de haber dejado todo correctamente. Álvaro no ha preguntado pero su mirada lo dice todo. Y a veces eso es suficiente para que alguien empiece a confiar.

«*Quizá*», pienso mientras camino, «*las historias no siempre se cuentan con palabras. A veces se presentan solas*».

Suena el teléfono exactamente una hora después de haber salido de allí. Lo miro antes de contestar y ya sé quién es. Álvaro no deja reposar las impresiones. Las mastica, las analiza y las escupe en forma de opinión definitiva.

—No —digo nada más descolgar—. No y no.

—¿Cómo que no? —responde—. ¡Si no te he dicho nada todavía!

—Te conozco lo suficientemente para saber lo que vas a decirme —contesto—. Y ese entusiasmo solo puede significar una cosa.

—Vera… —empieza—. Lucas es PERFECTO para ti.

Cierro los ojos. Respiro. Cuento hasta tres. No sirve de nada.

—Estás rematadamente loco —digo—. Entre Lucas y yo solo hay una relación estrictamente profesional: camarero–cliente.

—Ajá.

—No me gusta —añado—. Es más, me cae mal.

Silencio al otro lado.

—Ni tú te crees eso —dice al final.

—Claro que me lo creo.

—Vera, por favor. Te he visto la cara cuando hablaba. Y no era cara de "me cae mal". Era cara de "no quiero pensar en esto".

«*Maldito*. *Tiene el radar emocional mejor calibrado que el mío*».

—No proyectes —digo—. Hoy estás especialmente fantasioso.

—Cariño, yo vivo feliz con mi novio, no necesito proyectar nada —responde—. Pero tú… tú estabas incómoda. Y eso solo te pasa cuando algo te importa.

—Me importaba el café —replico—. Estaba malo.

—Estaba malo porque él estaba de mal humor —dice—. Y estaba de mal humor porque tú estabas allí.

—Eso no tiene ningún rigor científico.

—Tiene rigor sentimental —responde—. Que es el que cuenta.

Camino por el salón sin saber muy bien qué hacer con mi cuerpo. Me siento, me levanto, vuelvo a sentarme. Estoy inquieta y no sé muy bien qué hacer.

—Álvaro, no —insisto—. No empecemos con esto. Bastante tengo con mi vida editorial como para añadir dramas de barra.

—No es un drama —dice—. Es química.

—Es café —corrijo—. Y discusiones absurdas.

—Exacto —interviene— Así se empiezan todas las relaciones románticas.

—Eso no es romántico.

—Para ti sí —responde—. Siempre te enamoras discutiendo.

Abro la boca para protestar y me detengo.

«*Vale. Eso ha dolido un poco*».

—No me enamoro —digo—. Analizo.

—Te enamoras —corrige—. Pero con ironía.

—No me gusta —repito, ya con menos convicción—. Me saca de quicio.

—Te interesa —dice—. Que es peor.

Me dejo caer en el sofá.

—Además —añado—, ni siquiera sabemos nada de él.

—Sabemos lo suficiente —responde—. Tiene historia. Se le nota. Y no la suelta a cualquiera.

«*Genial*», mascullo en mi cabeza. «*Ahora resulta que Lucas es un misterio con delantal*».

—Y tú qué sabes —pregunto—. Si lo acabas de conocer.

—Porque he sido él —dice, más serio—. Porque he tenido días malos y he necesitado que alguien no me juzgara. Y hoy tú no lo has juzgado.

Me quedo callada.

—Bueno —añade enseguida—, lo has juzgado un poco. Pero con cariño.

—Eso es mi idioma nativo.

Ríe.

—Mira —dice—, no te estoy diciendo que te cases. Solo que no mientas. Ni a mí pero mucho menos te mientas a ti.

—No miento.

—Te proteges —corrige—. Como siempre.

Silencio.

—Te cae mal —dice—. Claro. Por eso llevas un año sentándote siempre en el mismo sitio aguantando cafés malos —finaliza con sarcasmo.

—Es estratégico.

—Es emocional amiga mía...

—Es café.

—Es él y no lo niegues.

Cierro los ojos otra vez. ¡Me conoce demasiado bien y más de lo que yo quiero pensar!

—Eres insoportable —le digo.

—Y tú adorable cuando niegas lo evidente.

—Entre Lucas y yo no va a pasar nada.

—Eso es lo que dices siempre —responde—. Justo antes de que pase algo.

Cuelgo con una excusa barata. Me quedo mirando el móvil un segundo largo.

«*Qué sabrá él. No tiene ni idea*».

Pero, aun así, la frase se me queda dando vueltas en la cabeza:

«**No te gusta. Te interesa**».

Y eso, por desgracia, sí que suena peligrosamente a mí.

Capítulo 1 7

Las palabras de Álvaro me resuenan en la cabeza como una canción pegajosa que odias pero no consigues dejar de tararear. Tanto, que apenas he dormido. He dado vueltas en la cama, he cambiado de postura, he contado ovejas y he repasado conversaciones que no deberían tener tanta importancia.

«No te gusta, te interesa».

Odio a mi amigo. Lo odio con cariño, pero lo odio.

No quiero que Lucas se convierta en otra historia más de mi columna. No quiero analizarlo, diseccionarlo ni convertirlo en titular ingenioso. No quiero tener que dejar mi rincón favorito del bar porque la situación se vuelva incómoda, extraña o directamente insostenible. Me niego. Bastante tengo ya con renunciar a hombres como para renunciar también a mi mesa del bar.

Así que, como aún no he decidido si la próxima historia será una nueva —cosa que dudo seriamente— y tengo una semana para entregar, tomo una decisión práctica, adulta y ligeramente cobarde: no voy a conocer a nadie nuevo en tan poco tiempo. Ni ganas, ni energía, ni margen emocional.

Voy a mirar atrás.

Me preparo un café en casa. Sigue sin saber igual. Nunca sabe igual. Me siento en la mesa del salón, abro el portátil y entro en el blog. Ese archivo sentimental desordenado que he ido construyendo con los años y que ahora Clara considera material editorial de alto rendimiento.

Empiezo a leer entradas antiguas. Algunas me hacen reír. Otras me dan vergüenza ajena. En varias me reconozco demasiado. En otras pienso: «*¿en serio yo escribí esto?*».

Dudo un momento. Hay muchas para elegir. Demasiadas.

Y entonces la veo.

La del picaflor.

Abro el texto. Lo leo despacio, con la distancia que da el tiempo y la experiencia. Y me doy cuenta de algo incómodo: está bien, pero

se ha quedado corta. Le faltan matices. Le falta contexto. Le falta ese colmillo que ahora tengo y que antes solo asomaba tímidamente.

Además, hay cosas que no conté. Detalles que en su momento me parecieron demasiado… explícitos. Picantes. Innecesarios. Ahora sé que no lo eran tanto. No para escandalizar, sino para entender.

Sonrío sola.

«*Clara va a tener algo que objetar*», pienso.

Seguro. Pero también sé que, con el enfoque adecuado, esta historia puede funcionar perfectamente dentro del tono editorial. No hace falta elevar el voltaje. Basta con insinuar bien.

Decido no tocar el documento original. No corregirlo. No parchearlo. Eso sería cobarde. Abro uno nuevo.

Documento en blanco.

Nuevo intento.

Nueva versión.

Misma historia, pero con menos ingenuidad.

Empiezo a escribir. Y lo hago con facilidad. Las frases salen solas. Como si hubieran estado esperando este momento. El picaflor reaparece, más claro, más evidente, más reconocible. Ese hombre encantador, atento, presente… siempre que no estuviera quieto demasiado tiempo. Siempre que no tuviera que elegir. Siempre que nadie le pidiera nada más allá de un rato agradable.

Mientras escribo, recuerdo conversaciones con amigas. Comentarios sueltos. Confesiones a media voz. Me doy cuenta de que no era solo yo. Nunca lo es. A varias les había pasado algo parecido. Hombres intensos pero dispersos. Afectuosos pero inconsistentes. Expertos en estar sin quedarse.

Eso lo voy a incluir.

No en el cuerpo del texto. Ahí no toca. Pero sí en las conclusiones. Como apunte anecdótico. Como cierre irónico. Me parece gracioso. Y, sobre todo, real.

Mis dedos siguen moviéndose rápidos sobre el teclado. Estoy metida de lleno en la historia. Tanto, que por momentos dejo de pensar en Lucas. En el bar. En mi rincón. En todo.

Hasta que, sin previo aviso, la frase vuelve:

«No te gusta, te interesa».

Me detengo.

Apoyo las manos sobre la mesa. Respiro.

«*Qué pesado eres*. *De verdad. Vive tu vida feliz con tu novio y deja de psicoanalizar la mía*», me digo mentalmente*.*

Pero la frase se ha quedado ahí, flotando. Y me molesta porque no es del todo falsa. No sobre Lucas. No sobre el picaflor. No sobre mí.

Sigo escribiendo.

Termino el texto. Lo releo. Una vez. Dos. Ajusto un par de frases. Quito una metáfora que se me ha ido de las manos. Bajo medio tono donde sé que Clara pondrá el dedo. Subo otro donde sé que funciona.

Las conclusiones me hacen sonreír. Ahí sí me permito un poco más de acidez. Un guiño colectivo. Una verdad compartida.

Cierro el portátil un momento y me recuesto en la silla.

No quiero que Lucas sea una historia. No quiero que me interese nadie ahora mismo.

Quiero paz, café decente y una semana tranquila.

Abro el portátil de nuevo y guardo el documento.

El picaflor (versión revisada).

No sé qué dirá Clara. Sé que dirá algo. Siempre dice algo. Pero también sé que esta vez la historia está donde tiene que estar.

Miro el café frío. Lo bebo igual.

Y mientras vuelvo a pensar, inevitablemente, en Lucas y en esa maldita frase, lo admito en voz baja, solo para mí:

—Álvaro es un capullo.

Pero, por desgracia, suele tener razón.

Capítulo 1 8

Evidentemente, después de varios días con la cabeza embotada por la dichosa frase de Álvaro —porque no hay nada peor que una frase sencilla que se te queda adherida al cerebro—, termino enviándole el correo a Clara.

No porque esté totalmente convencida. No porque tenga prisa. Sino porque, a veces, seguir pensando es peor que decidir.

Como era de esperar, le gusta. Mucho. Demasiado, incluso. Me responde con entusiasmo contenido y alguna que otra sugerencia. Cambios pequeños. Ajustes de ritmo. Alguna frase que, según ella, "podría afinarse un poco más". Nada significativo. Nada que traicione la historia.

Los hago sin discutir. Hoy no tengo fuerzas para pelear por comas.

Cuando termino, releo el texto con esa mezcla incómoda de orgullo y distancia que solo aparece cuando algo ya no es solo tuyo. Está bien. Funciona. Tiene ironía, ritmo y ese punto reconocible que últimamente parece haberse convertido en mi sello personal.

Y entonces me doy cuenta.

Falta algo.

Un detalle. Pequeño, aparentemente irrelevante. Pero profundamente picaresco.

Un detalle que, en su momento, descarté por pudor, por prudencia o por exceso de corrección. Y ahora, leyéndolo con perspectiva, entiendo que no es morbo: es símbolo. Es contexto. Es el tipo de anécdota que no se olvida y que, bien contada, dice mucho más de una persona que cualquier adjetivo.

Así que lo añado.

Con cuidado. Sin exagerar.

Como quien deja caer una verdad incómoda al final de la frase.

Cambio el título.

Porque ya no es solo la historia de un hombre incapaz de quedarse.

Es la historia de alguien que pasa, revolotea…y deja rastros.

Vuelvo a releerlo todo, esta vez desde el principio.

Sonrío. Ahora sí.

El texto queda cerrado. Redondo. Con ese guiño final que levanta una ceja y provoca la sonrisa cómplice del lector. Clara lo va a notar. Y, aunque seguramente dirá algo, sé que esta vez no va a objetar.

El nuevo título lo dice todo:

Un picaflor y ¿un tanga extraviado?

Pues sí, querid@s lector@s. A veces la vida es así de literal.

Por si alguien necesita un recordatorio rápido: ***picaflor*** *es ese hombre frívolo e inconstante en el amor. El que revolotea. El que se posa lo justo. El que promete poco pero insinúa mucho. Yo lo sabía. Perfectamente. Aun así, caí. Porque una cosa es la teoría y otra muy distinta cuando alguien te mira como si fueras la mejor idea que ha tenido en semanas.*

Además de picaflor, una amiga mía lo bautizó como el pescador. Y un amigo, con más mala leche, como el pescadero, por cierta serie de televisión muy conocida. No, no era porque se pareciera físicamente —el chico estaba de toma pan y moja—, sino por la técnica: no hacía más que tirarme la caña. Todo el rato. Mensajes calculados, silencios estratégicos, miradas largas y esa sensación constante de esto va a pasar.

Y pasó.

Como buen picaflor, picaba y picaba. Y yo, tras meses de llamadas interminables, WhatsApps diarios y cafés que se alargaban más de lo razonable, acabé cayendo en sus redes. Llegó ese fin de semana. Ese que no se planea demasiado porque, si lo piensas mucho, pierde gracia. Digamos que fue… intenso. Desenfrenado. De esos en los que el reloj deja de importar y las decisiones se toman con entusiasmo y poca previsión.

Y yo, claro, pensé que aquello significaba algo.

Error.

Porque tras ese glorioso fin de semana —de los que te hacen replantearte ciertas posturas vitales— el picaflor empezó a desaparecer. Estaba muy liado. Muchísimo. Eso sí, dejó claro que, si

yo quería mandar alguna foto subida de tono, no había ningún problema.
¿En serio?
Y aquí entra el gran misterio de esta historia. El detalle definitivo. El símbolo absoluto de lo que fue… y no fue.
El tanga extraviado.
Ese fin de semana desapareció. Bueno, desaparecer no desapareció del todo: yo no me lo llevé a casa. Se quedó en la suya. Y yo, por vergüenza, por pudor o por dignidad mal entendida, no se lo pedí. Él, por supuesto, tampoco dijo nada.
Nunca.
Jamás.
¿Coleccionista de ropa interior usada?
¿Vergüenza compartida?
¿Objeto olvidado bajo la cama, junto a otros recuerdos de conquistas pasadas?
Vaya usted a saber.
Lo curioso es que, durante el tiempo que volvimos a hablar —porque sí, volvimos a hablar, que aquí nadie aprende tan rápido— el tema jamás salió. Ni una mención. Ni una broma. Ni un oye, por cierto te dejaste algo olvidado en mi casa...
Silencio absoluto.
Se admiten apuestas.
Cuando conté esta historia, varias amigas levantaron la mano. Una confesó que a ella se le quedó un tanga en un coche. Otra, que perdió uno en una escapada de fin de semana. Al parecer, el extravío de ropa interior es más común de lo que creemos y suele coincidir con hombres que no se quedan… pero sí se llevan recuerdos.

Conclusiones finales (con picardía incluida)

1. *Si alguien revolotea demasiado, no está buscando quedarse.*
2. *El picaflor no engaña: somos nosotras las que traducimos su conducta a idioma romántico.*

3. *Un fin de semana desenfrenado no garantiza una historia, solo una resaca emocional.*
4. *Si después de todo solo te piden fotos, no te están pidiendo a ti.*
5. *Y recuerda: cuando un tanga se queda atrás y nunca vuelve a mencionarse… no era amor, era material para columna.*

Vera

Capítulo 19

A Clara le fascina el cambio de título. Fascinar es quedarse corta. Me escribe casi al instante con un "ESTO ES ORO" que ya empiezo a reconocer como su forma más sincera de afecto. La columna se publica al día siguiente y, como era de esperar, el tanga hace lo que mejor sabe hacer: desaparecer… y reaparecer en boca de todos.
Los comentarios empiezan a llegar en tromba.

"A mí también me pasó lo del tanga."

"La ropa interior se extravía más de lo que pensamos."

"El mío sigue desaparecido desde 2019."

Río. De verdad. Con ligereza. Sin esa sensación de exposición incómoda. Esta vez no es mi historia, es un fenómeno social. El tanga como hilo conductor de malas decisiones colectivas. Maravilloso.

Cuando llego al bar, lo noto enseguida. El ambiente está más animado. Y Lucas… Lucas está sonriendo. No esa media sonrisa defensiva, sino una sonrisa abierta, relajada. Además, el café llega rápido.

Lo pruebo.

Está bien.

Muy bien.

Demasiado bien.

—Vaya —digo—. Últimamente casi todos los cafés están bien hechos.

—Es que uno se adapta —responde—. Sobre todo, cuando sabe que puede acabar inmortalizado en un texto.

Levanto la vista.

—¿Te has leído mi última columna? —pregunto.

—Claro —dice—. Desde que escribiste aquello del café malo y el camarero antipático, voy siguiendo la saga.

—Eso fue injusto para ti, lo admito, —me defiendo—. Aunque a mi favor diré que algunos cafés eran objetivamente malos.

—Algunos… —concede—. Pero reconoce que me he puesto las pilas.

—Se nota —asevero.

—Gracias.

Hace una pausa breve, perfectamente calculada.

—Por cierto —añade—, lo del tanga… genial.

—¿Te has reído?

—Mucho —dice—. Y no solo yo. Aquí hay clientes haciendo apuestas.

—¿Sobre qué?

—Sobre dónde acaban esas cosas.

—Eso ya es nivel avanzado.

—Tengo que decirte algo —continúa, apoyándose en la barra—. Si alguien deja algo en tu casa y nunca lo vuelve a pedir… no siempre es despiste.

—Ah, ¿no?

—No —sonríe—. A veces es cobardía práctica. Más fácil desaparecer que enfrentarse a la conversación.

Me río. No puedo evitarlo.

—Veo que has reflexionado.

—Uno aprende leyendo.

Nos miramos un segundo. Tranquilos. Cómplices. Sin tensión rara.

—¿No te molesta que escriba estas cosas? —pregunto, por primera vez sin ironía.

—No —responde—. Mientras no vuelvas a escribir que hago mal el café, lo demás es tu vida…

—Eso ya casi no puedo —digo—. Y mira que me fastidia —le pico.

—Me alegra decepcionarte.

Se va a la barra sonriendo. Yo me quedo en mi rincón, leyendo comentarios y bebiendo un café sorprendentemente bueno.

Quién iba a decirme que empezar escribiendo el blog sobre mi vida y cafés malos iba a terminar en cafés bien hechos y risas compartidas por un tanga extraviado.

La vida tiene un sentido del humor bastante peculiar.

***

Todo va demasiado bien.

Y cuando las cosas van demasiado bien, mi cerebro entra en modo alerta. No porque sea negativa, sino porque la experiencia me ha enseñado que la calma suele ser breve y sospechosa.

Estoy en mi rincón, con el café recién hecho —bien hecho, maldita sea— leyendo comentarios del artículo del tanga como quien hojea un álbum de fotos ajeno. Me río. Me relajo. Bajo la guardia.

Error.

La puerta del bar se abre y entra Martina.

La reconozco al instante. Pelirroja, segura, con esa forma de caminar que no pide permiso. Me cae bien. Me cayó bien el otro día cuando la conocí.

—Vera —dice al verme—. ¡Qué casualidad!

«*Claro*», pienso. «*Casualidad*».

Nos saludamos. Charlamos un poco. Me cuenta que el artículo ha tenido una acogida brutal. Que sus amigas no paran de escribirle. Que se siente aliviada. Me alegro de verdad. No hay ironía aquí. Solo profesionalidad y algo parecido a orgullo.

Lucas aparece de inmediato para atenderla. Y ahí empieza el problema, mi problema.

Porque Lucas sonríe. Y Martina sonríe. Y yo sonrío… pero menos.

—¿Qué te pongo? —le pregunta Lucas.

—Lo que tú me recomiendes —responde ella.

«*Ay*», no.

Yo miro mi café. Muy interesante. Espuma perfecta. Nada que ver aquí.

Hablan un poco. Ríen. Nada exagerado. Nada evidente. Nada que justifique lo que empiezo a sentir. Pero entonces Lucas dice:

—Oye, si luego te apetece, cuando salga podemos tomar algo.

El tiempo se ralentiza.

«*Ahí está*».

Martina asiente encantada.

—Claro —dice—. Me apetece.

Perfecto. Maravilloso. Fantástico.

Y entonces, como si alguien hubiera pulsado un botón dentro de mi cabeza, aparece la frase de Álvaro:

«**No te gusta. Te interesa**».

Aprieto la mandíbula.

«*No. No empieces*».

No tengo ningún derecho. No somos nada. No hay nada. Nada. Y aun así, una punzada absurda se instala en el estómago. No es rabia. No es tristeza. Es esa incomodidad ridícula que aparece cuando algo que dabas por neutro deja de serlo.

Martina se despide de mí con un beso.

—Luego hablamos —dice.

—Claro —respondo, demasiado correcta.

Lucas vuelve a la barra.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Perfecto —contesto—. Todo estupendo.

Bebo el café. Sabe igual de bien. Eso lo empeora todo.

«*¿Celosa yo?*»

No.

Bueno… no exactamente. Es más bien… posesividad preventiva sin base legal.

Me observo desde fuera y no me gusto. Nada.

He escrito columnas enteras sobre mujeres que interpretan señales inexistentes. Sobre hombres que no deben nada. Sobre libertades emocionales. Y aquí estoy yo, molesta porque Martina va a tomarse una copa con Lucas.

«*Bravo, Vera*».

No digo nada. No hago comentarios. No ironizo. Me limito a terminar el café como una adulta funcional que no está teniendo una pequeña crisis interna.

Me levanto.

—Hasta luego —digo.

—Hasta luego —responde Lucas—. Que tengas buen día.

Salgo del bar con paso firme y pensamientos caóticos. No quiero que me interese. No quiero sentir esto. No quiero convertirlo en historia.

Pero mientras camino, la frase vuelve a aparecer, insistente:

«**No te gusta. Te interesa**».

Y empiezo a sospechar que Álvaro, una vez más, es un capullo peligrosamente certero.

Capítulo 2 0

He dormido fatal.

Cuando digo fatal, me refiero a ese tipo de noche en la que el cuerpo está tumbado pero la cabeza se ha ido de fiesta sin avisar. Dando vueltas. Cambiando de postura. Repasando escenas que no he visto y conclusiones que no me competen.

Porque claro, mi cerebro decidió que era buena idea imaginar *cosas*.

No cosas concretas, no. Nada explícito. Solo imágenes vagas, incómodas, con muchos puntos suspensivos. Lucas y Martina. Una copa. Risas. Cercanía. Y esa sensación odiosa de *tiene cara de haber…*

Pero no. No quiero saberlo. No necesito detalles. Ni confirmaciones.

Me paso la noche negociando conmigo misma: «*no pienses en eso*, *piensa en otra cosa*, *piensa en el tanga extraviado, que eso al menos da risa*».

Nada funciona.

A las seis de la mañana ya estoy despierta oficialmente, con ojeras nuevas y una certeza incómoda: me importa más de lo que quiero admitir. Lo cual es absurdo, injustificado y profundamente inoportuno.

Así que decido ir al bar temprano. Por café. Por rutina. Por fingir que todo está bien.

Y entonces lo veo.

Lucas tiene esa cara.

Esa cara cómoda. Relajada.

De haber… bueno. Mejor no terminar esa frase. Mejor no pensarla. Mejor no imaginar nada.

«*Ajá*».

¿Debería alegrarme por él? Supongo que sí. Es lo sano. Es lo adulto. Es lo que diría cualquier persona emocionalmente equilibrada. Mi mente, sin embargo, susurra otra cosa:

«*No van a durar*».

Me detesto un poco por pensarlo. Bastante, en realidad. Son los celos hablando. Bueno, los celos y el hecho objetivo de que el historial sentimental de Martina es muy parecido al mío. Penoso. Aunque el de Lucas no lo conozco. Y eso, curiosamente, me inquieta más.

¿Me contaría Martina algo si le escribo? No.

Prefiero no saberlo.

Me siento en mi rincón, dudo si mandarle un WhatsApp a alguien —a nadie en concreto— y justo entonces suena el teléfono. Clara. Cómo no.

—Dime, Clara —contesto, sin disimular demasiado el desanimo.

Quiere saber si tengo la nueva historia.

No. No la tengo.

Ni remotamente.

No sé si rescatar otra del blog, entrevistar a alguien nuevo o fingir una repentina crisis creativa. Le digo algo parecido a esto último, pero con palabras más profesionales. Clara suspira. Yo también. Colgamos.

Cuando dejo el móvil sobre la mesa, ya hay un café delante de mí.

—Vaya —dice Lucas—. Mal día.

—Tengo que pensar otra historia —respondo—. Y tengo mis dudas.

—¿Dudas creativas o existenciales?

—Las peores —digo—. Las mixtas.

—Vaya —repite—. Tus historias son muy buenas.

Lo miro.

—Eso lo dices porque no las has leído todas.

—Sí las he leído —dice—. Te sigo desde que empezaste a venir por aquí.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Desde que escribiste lo del café mal hecho y el camarero antipático —añade, sin rencor—. Me picó la curiosidad.

«*Genial, Vera. Influyendo vidas desde una barra*».

—No debería sorprenderme —murmuro—. Pero lo hace.

Se queda callado un segundo. Luego dice, casi como quien no quiere la cosa:

—Quizá podría contarte yo una.

Levanto la vista.

—¿Una historia?

—Sí —asiente—. No estoy orgulloso. Más bien todo lo contrario.

Antes de que pueda responder, se sienta frente a mí. Demasiado cerca. Mucho más cerca de lo prudente para un martes por la mañana. Su cercanía me aturde. Por primera vez en mucho tiempo noto su perfume. No es fuerte. No invade. Pero está ahí. Cálido. Familiar. Encantador.

«*Concéntrate, Vera*».

—No sería para publicar —añade—. Solo… por si te sirve.

Lo miro. A él. A sus manos. A su expresión sincera, ligeramente tensa.

Y entonces lo siento.

Una atracción leve. Traicionera. Inoportuna.

«*Maldito Álvaro*. *Maldito radar emocional suyo*».

No digo nada todavía. Bebo café. Respiro. Intento recordar que no quiero complicaciones, ni historias nuevas, ni hombres con pasado interesante.

Pero algo dentro de mí —esa parte que escribe, que observa, que se mete donde no debe— ya está despierta.

Y muy atenta.

Lucas me cuenta su historia y, por primera vez en mucho tiempo, no sé muy bien cómo empezar a pensarla. Ni como columna, ni como nada.

La escucho en silencio. Sin ironías. Sin buscar titulares ingeniosos. Y eso, para mí, ya es raro.

Porque, siendo honesta, tal y como él la cuenta no es graciosa. No es picante. No tiene ese giro brillante que hace que alguien lo lea en el metro y sonría con culpabilidad. No. Es una historia triste. Sencilla. De esas que no necesitan exagerarse porque ya pesan lo suficiente tal cual son.

Y lo único que me apetece hacer es abrazarlo.

No lo hago, claro. Porque no somos así. Porque hay líneas que no se cruzan aunque el cuerpo tenga ganas. Así que hago lo que mejor sé hacer cuando no sé qué hacer.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente. Sin dramatismo. Sin hacerse el fuerte. Asiente como quien ha aprendido a convivir con lo que le tocó.

—No voy a publicar nada de esto —le digo enseguida—. Tranquilo.

Me mira.

—Claro —responde—. Lo entiendo. No tiene gancho, ¿verdad?

Ahí me duele un poco.

—No es eso —digo—. Es que… —busco las palabras— me parece triste. Y además, tú mismo me dijiste que no todas las historias están listas para contarse.

Se queda pensativo.

—Quizá —dice—. Aunque si alguien pudiera darle la vuelta serías tú. Tú eres la escritora. La artista.

Me halaga. Mucho. Y me incomoda casi igual.

—No creo que esta historia se merezca ser parodiada —respondo—. No con mi humor, al menos.

—¿Y si se le da otra vuelta? —propone—. Quizá la gente vea el humor donde ahora solo se ve dolor.

Lo miro. Lo escucho. Y entonces me doy cuenta de algo que me deja un poco descolocada.

Ahora mismo yo estoy haciendo una comedia de mi vida.

La gente se ríe. Comenta. Comparte. Hace bromas con mis tragedias pasadas. Tragedias que, en su momento, me parecieron dramas de final de temporada. Y ahora son columnas virales, conclusiones ingeniosas y lectores diciendo *a mí también me pasó*.

Quizá no porque no dolieran.

Sino porque sobreviví a ellas.

—Supongo que la vida es eso —digo al final—. Un equilibrio raro entre reírse y llorar.

Lucas asiente.

—Si no, sería insoportable.

—Exacto —respondo—. Como dice esa famosa marca de tarjetas motivacionales: si la vida te da limones, haz limonada.

—¿Y si te da desengaños amorosos?

Sonrío.

—Pues haces columnas —digo—. Y te ríes de ellos. Porque si no te ríes… te quedas a vivir ahí.

Se hace un silencio tranquilo. De esos que no incomodan.

No sé si su historia se contará algún día. No sé si debería.

No sé si soy la persona adecuada para hacerlo.

Pero sé una cosa: hay historias que no necesitan público. Solo alguien que las escuche sin intentar convertirlas en chiste.

Y eso, por una vez, también está bien.

Capítulo 2 1

El viernes llega demasiado rápido, como todo lo que no te apetece. Son las diez de la noche cuando aparece la chica para la próxima columna. Morena, pelo corto. Mirada dispersa. Algo tarde.

—Perdona —dice—. Se me ha alargado el día.

Ajá, pienso. *La puntualidad no es su fuerte.*

Nos sentamos. Clara también está. Tomamos nota. Grabadora encendida. Cara profesional activada.

—Cuéntanos —le digo—. ¿Qué te pasó?

Empieza. Y empiezo a sospechar.

La historia avanza sin avanzar. Saltos temporales. Detalles irrelevantes. Mucha emoción, poca estructura. Clara me mira. Yo la miro. Nos entendemos sin hablar.

—¿Y eso cómo te hizo sentir? —pregunta Clara, intentando salvar algo.

—Fatal —responde ella—. Bueno… fatal no. Raro. Aunque luego tampoco tanto.

Maravilloso.

—¿Y hay algún momento clave? —pregunto yo—. Algo que marque un antes y un después.

—Bueno… —duda—. Es que fue todo muy normal.

Silencio.

Clara carraspea.

—Verás —dice con suavidad quirúrgica—, buscamos historias con un punto reconocible, algo que conecte.

—Claro —responde la chica—. A mí me pasó algo.

Algo.

Esa palabra empieza a darme miedo.

Seguimos un rato más. Intentamos encajar piezas que no encajan. Yo ya sé que no funciona. Clara también. Y, por lo visto, la chica empieza a notarlo.

—¿No os gusta? —pregunta.

—No es eso —digo—. Es que no termina de… —busco la palabra — funcionar.

—No tiene gancho —añade Clara, más directa—. Y ahora mismo el listón está alto.

La chica asiente. No se enfada. Lo agradezco.

—Bueno —dice—. Gracias por vuestro tiempo.

—Gracias a ti —respondemos casi al unísono.

Se va.

Cerramos la puerta. Silencio.

—No era buena—dice Clara.

—No —confirmo—. No era la historia que buscamos.

Me dejo caer en la silla.

—Me quedan tres días —añado—. Tres.

—Necesitamos algo muy bueno —dice Clara—. No algo correcto. Algo potente.

Asiento. Maldigo en silencio. Mentalmente. Varias veces.

Porque ahora sí: necesito una historia. Una buena historia. Una que esté a la altura de lo anterior.

Y no tengo ni idea de dónde va a salir.

Genial, Vera. Realmente genial.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria y me quedo mirando la pantalla apagada como si fuera a darme alguna respuesta por pena. Spoiler: no lo hace. El silencio de la redacción pesa más de lo habitual y, por primera vez en días, no es un silencio creativo, es uno incómodo. De esos que no inspiran, solo cuestionan.

He probado todo lo que se supone que hay que probar. Buscar fuera. Escuchar historias ajenas. Forzar encuentros que no llevan a ningún sitio. Y nada. Ni chispa, ni giro, ni ese clic interno que me dice *esto es*. Solo una sensación persistente de agotamiento.

Quizá el problema no es que no haya historias.

Quizá el problema es que no quiero contarlas.

Me doy cuenta entonces, con una claridad que me molesta bastante, de que llevo días huyendo de lo mismo: de no tener nada que decir. O, peor aún, de tener algo que decir y no atreverme a escribirlo porque no encaja en el molde que he creado.

Y ahí está.

El vacío.

No como tragedia.

No como drama. Sino como estado.

Respiro hondo. Abro el portátil otra vez. No para buscar historias antiguas ni para escribirle a nadie nuevo. Lo abro para hacer algo que no tenía previsto y que, precisamente por eso, empieza a parecerme necesario.

Escribir sobre esto. Sobre cuando no pasa nada.

Cuando no pasa nada

No pasa nada.

Y no sabéis lo difícil que es escribir eso cuando tu trabajo consiste, precisamente, en contar lo que pasa. Cuando llevas semanas convirtiendo desgracias ajenas —y propias— en contenido, titulares y conclusiones ingeniosas. Cuando parece que, si no hay drama, no hay historia.

Pues bien: ahora mismo no pasa nada.

No hay citas desastrosas. No hay mensajes sin contestar. No hay tangas extraviados ni gaseosas sospechosas.

Hay silencio.

Y el silencio, amigas, también pesa.

Porque no es paz absoluta, no nos engañemos. Es ese espacio incómodo entre una historia y la siguiente. Ese momento en el que ya no estás rota, pero tampoco entusiasmada. En el que no te duele nada en concreto… y eso te descoloca más que cuando duele todo.

Me he pasado días buscando una historia. He rebuscado en el pasado. He preguntado a otras personas. He abierto conversaciones que no llevaban a ningún sitio. Y nada. No porque no existan historias, sino porque quizá no es el momento de contarlas.

Y entonces me he dado cuenta de algo inquietante: quizá el vacío también merece ser contado.

Porque nadie te avisa de este tramo. Del después. De cuando has sobrevivido a tus propios errores y ya no sabes muy bien qué hacer con la calma. De cuando te acostumbras tanto al ruido emocional que, cuando desaparece, piensas que algo va mal.

No pasa nada…pero te preguntas si debería.

Nos han enseñado a estar siempre en proceso. Sanando, superando, rehaciéndonos, enamorándonos otra vez. Y cuando no estás en ninguna de esas fases, parece que te has quedado fuera del guion.
Spoiler: no.
A veces no pasa nada porque, simplemente, estás aprendiendo a estar contigo. Sin análisis constante. Sin expectativas ajenas. Sin convertir cada emoción en material publicable.
Y no, no es aburrido.
Es extraño.
Es nuevo.
Y quizá por eso incomoda.
Así que hoy escribo sobre esto. Sobre el vacío. Sobre el no saber. Sobre no tener ganas de exponerse otra vez solo para cumplir con el ritmo de los demás.
Porque no todas las historias necesitan empezar hoy.
Porque no todo silencio es una derrota.
Y porque, aunque no pase nada… seguimos aquí.
Y eso, a veces, ya es bastante.

Conclusiones finales (cuando no pasa nada)

1. *Que no pase nada no significa que estés fallando; a veces significa que estás descansando.*
2. *El vacío incomoda porque no se puede justificar con anécdotas, pero también enseña.*
3. *No todas las historias necesitan nacer del drama para ser reales.*
4. *Callar a tiempo también es una forma de cuidarse.*
5. *Y recuerda: si hoy no pasa nada, quizá mañana pase algo… o quizá no. Y también está bien.*

Vera

Capítulo 2 2

A Clara no le gusta la idea.

No le gusta nada.

Lo noto en la forma en que frunce el ceño cuando lee la columna del vacío. En cómo se queda callada demasiado tiempo. En ese silencio suyo que no es contemplativo, es calculador.

—Esto no es lo que espera el público —dice al fin.

—El público tampoco esperaba lo del tanga —respondo—. Y mira cómo salió.

No sonríe.

—Aquí no hay drama. No hay hombres horribles. No hay anécdota viral.

—Hay verdad —contesto—. Que últimamente también cotiza.

Me mira como si acabara de decir algo peligrosamente idealista.

—Voy a mandárselo a los jefes —dice—. Pero no te hagas ilusiones.

«*Genial*», pienso. «*Cuando Clara no se moja es porque viene tormenta*».

Las horas siguientes son una tortura elegante. No pasa nada, pero pasa todo dentro de mi cabeza. Imagino correos devastadores. Reuniones urgentes. Un "Vera, necesitamos que vuelvas a lo que funcionaba". Visualizo mi columna convertida en un pie de página vergonzoso.

Cuando por fin Clara vuelve a escribir, el mensaje es breve.

—Les ha gustado.

—¿Cómo que les ha gustado? —pregunto por teléfono—. ¿"Les ha gustado" como cuando a alguien le gusta una ensalada o como cuando le gusta el chocolate?

—Como cuando alguien agradece algo distinto —dice—. Fresco. Real. Diferente.

Me quedo muda.

—No solo lo morboso vende —añade—. A veces también vende la pausa.

Me dan ganas de abrazarla. No lo hago. Me limito a respirar.

—Se publica mañana —remata.

Cuelgo y me quedo mirando el móvil como si fuera un animal exótico.

«*Pues vale*».

A la mañana siguiente entro a la web con más miedo que curiosidad. Los primeros comentarios me caen como una ducha fría.

"Esperaba algo más".

"Esto no es lo que suele escribir".

"Demasiado suave".

«*Ahí está*», pienso. «*El apedreamiento elegante*».

Me preparo para lo peor. Para el "has perdido el filo". Para el "ya no eres la misma". Para el "vuelve a hablar de hombres horribles, por favor".

Pero entonces algo cambia.

"En realidad… me ha tocado".

"Yo también estoy en ese punto".

"No siempre estamos listas para empezar otra historia".

"Gracias por decirlo".

Parpadeo.

Los mensajes empiezan a multiplicarse. Gente que no se ríe, pero asiente. Que no aplaude, pero entiende. Que no busca morbo, sino espejo.

Y, por primera vez desde que todo esto empezó, no siento vértigo.

Siento algo mejor.

Siento que no he tenido que desnudarme para ser escuchada. Que he podido decir *no pasa nada* y que alguien al otro lado ha respondido *a mí también me pasa*.

Cierro el portátil con una sonrisa leve.

Quizá no todas las historias necesitan ruido para importar.

Voy al bar buscando mi rincón y un poco de normalidad, pero en cuanto veo la cara de Lucas sé que hoy eso no va a ocurrir. Tiene esa expresión de perro mojado al que alguien le ha quitado el hueso. Y, cómo no, decide que la mejor forma de gestionarlo es conmigo.

—Vaya —dice, con una sonrisa torcida—, hoy no había nadie a quien humillar… ¿o es que mi historia no era lo bastante buena para tu columna?

«*Ah, mira. Ya estamos*».

—Buenos días a ti también —le respondo—. Por empezar por algo, ya que tú has decidido saltarte los modales.

Me deja el café con más ruido del necesario.

—¿Qué te ocurre para estar de tan mal humor? —añado.

Se ríe, pero no es una risa bonita.

—Ahora resulta que la señorita *cuento una historia, luego no cuento nada, pero sigo cosechando millones de comentarios* se interesa por lo que me pasa.

—Lucas…

—¡Qué novedad! —me corta—. Después de un año viniendo aquí, ahora sí te importa la vida personal del camarero que te hace mal el café.

«*No, no y no*».

—Por ahí no paso —le digo—. ¿Qué demonios te ocurre hoy?

Me mira, retador.

—¿De verdad te importa? ¿O solo quieres material para tu columna porque se te acaban las ideas?

Y ahí se me acaba la paciencia.

Me levanto sin tocar el café. Un récord personal.

—Genial —digo—. Pues cuando decidas no tratarme como si fuera una periodista carroñera, hablamos.

Y me voy.

Salgo del bar con la sangre hirviendo. He intentado ser paciente. He intentado entenderle. Pero si va a morder, yo no me quedo a que me arranque la mano.

Marco el número de Martina casi sin pensarlo. Me lo coge a la segunda.

—¿Vera?

—¿Todo bien con Lucas? —pregunto, directa.

Silencio breve.

—Sí… bueno… —duda—. Estuvo bien, pero le dije que no estoy preparada para nada serio.

«*El premio gordo para mí*».

—Gracias —digo, y cuelgo.

Ahora lo entiendo todo.

No funcionaría.

Lo sabía.

Lo supe desde el primer café.

Y aunque una parte de mí sonríe con una satisfacción bastante poco elegante, otra parte —la que todavía intenta ser buena persona — se da cuenta de algo incómodo: estoy siendo una mala pécora por alegrarme cuando Lucas lo está pasando mal.

Pero qué le voy a hacer.

También soy humana.

Capítulo 2 3

Camino hacia casa con esa mezcla de enfado y satisfacción, ese sentimiento que se te instala entre el esternón y el orgullo. Voy repasando mentalmente cada frase de Lucas, cada una peor que la anterior, y ensayando respuestas brillantes que, por supuesto, no dije cuando debía. La calle está medio vacía. Farolas encendidas, un par de coches, una mujer paseando a un perro que parece más feliz que yo. Mi móvil empieza a vibrar dentro del bolso. No sé si es Clara, Martina o el destino llamándome para reírse un poco más de mí.

Metiendo la mano para cogerlo, noto un tirón seco.

No es una sensación ambigua. No es «*ay, se me ha enganchado el bolso*». Es un tirón profesional, decidido, con experiencia.

—¡Eh! —me sale del alma, mientras alguien me arranca el móvil y sale corriendo.

Me quedo un segundo paralizada, viendo cómo mi vida digital huye por la acera. Todas mis fotos, mis contactos, mis dramas, mis notas para columnas futuras… «*Genial, Vera. Ahora además eres víctima de un robo con violencia urbana*».

Y entonces pasa algo que no esperaba. Un tipo. Ni demasiado alto ni demasiado bajo. Ni héroe de película ni figurante. Normal.

Sale de la nada, corre dos pasos, y en una maniobra que solo puedo describir como **limpia, rápida y bastante sexy**, le cruza la zancadilla al ladrón y lo deja en el suelo con un golpe seco que suena a justicia poética.

Yo me quedo con la boca abierta. El ladrón se queda con el orgullo roto. Y el tipo me mira.

—Señorita —dice, recogiendo mi bolso del suelo—. Esto es suyo.

Me lo tiende mientras marca el teléfono y habla con policía.

Yo sonrío. No una sonrisa elegante. Una de esas nerviosas, torpes, que mezclan gratitud con «*acabo de librarme de algo muy feo*».

—Gracias —consigo decir.

—Para eso estamos —responde.

La policía llega rápido. El ladrón se va esposado y malhumorado. A mí me piden que vaya a comisaría a poner la denuncia. El tipo me mira.

—Te acompaño —dice.

Y no sé por qué, pero casi agradecida voy como en una nube.

En el coche patrulla, me dice su nombre.

—Jesús —añade—. Pero Chuchi para los amigos.

—¿Chuchi? —repito.

—No me juzgues, cosa de familia.

En comisaría todo es burocracia, luces blancas y olor a café rancio. Presto declaración aún nerviosa, firmo, asiento, explico por quinta vez que sí, que el móvil estaba en el bolso y que sí, que me lo devolvieron. Chuchi espera en una silla de plástico con paciencia militar. Literalmente.

—¿Militar? —le pregunto cuando salimos.

—Sí.

—Tiene sentido —digo—. Nadie normal tira a alguien al suelo así de elegante.

Ríe.

Me cuenta que hace karate desde niño. Que de ahí la llave. Que no suele pegar a nadie, pero que hay días en los que el universo te coloca en modo "haz lo correcto o quédate callado".

Nos intercambiamos números. No sé muy bien cómo pasa, pero pasa. Y esa noche le escribo para darle las gracias. Un mensaje corto. Educado. Responsable.

Terminamos hablando durante horas.

Es divertido. Inteligente. Tranquilo. Tiene una forma de contar las cosas que no invade. Me dice que lo llaman Chuchi con una sonrisa que no intenta impresionar a nadie.

Con Chuchi llevo tres semanas hablando y quedando. Tres semanas sin drama, sin café malo y sin sarcasmos defensivos. Mientras tanto, publico artículos antiguos del blog. Clara no protesta demasiado. Yo respiro.

Hasta que, como siempre, algo se tuerce.

Y eso me da pie para la historia que llamaré ***Todo por la patria***.

Pero eso vendrá después.

Ahora mismo, mientras camino de vuelta a casa tras aquella noche absurda, lo único que sé es que el destino tiene un sentido del humor bastante agresivo… y una puntería inquietantemente buena.

Y Lucas… bueno. Lucas sigue ahí, flotando en algún lugar incómodo de mi cabeza.

Pero eso también es otra historia.

Entro al bar con esa determinación teatral que solo tengo cuando voy a enfrentarme a alguien… y espero no acabar pidiendo perdón antes de tiempo.

Lucas me ve.

Yo lo veo.

Y, cómo no, me trae el café sin decir ni buenos días.

Perfecto.

Volvemos a lo de siempre.

—Lo siento… —le digo al final para que acabe esto.

Arquea una ceja como si acabara de decir algo exótico.

—¿Perdón?

—Yo también pagué mi enfado contigo —añade—. Muy profesional todo.

Me mira dos segundos más, como midiendo si esto es una broma o un alto el fuego. Luego agarra mi taza.

—Te traigo otro café.

—¿Por qué?

—Porque este es rematadamente malo.

—Ah —digo—. Entonces sí que estás arrepentido.

Nos reímos. De verdad. Y eso ya es una pequeña victoria.

—Vale —admite—. Estaba horrible. Lo hice a propósito.

—Capullo.

Se sienta un rato frente a mí, algo que siempre hace cuando la tregua es real.

—Lo de Martina… —empieza—. Me dijo que estuvo bien, pero que no está para nada serio.

—Ajá.

—Y yo… bueno. —se encoge de hombros—. Yo sí.

—Nos encanta elegir mal —respondo.

—¿Y tú?

—Yo conocí a alguien. Chuchi. Militar. Karateca. Héroe de barrio con sonrisa peligrosa.

—Normal que no hayas vuelto —murmura.

—¡¡Oye!! —le regaño.

—Es broma —sonríe.

Nos miramos como dos personas que han sobrevivido a sí mismas.

—Somos un desastre —dice.

—Profesionales del caos —confirmo.

Me invita a un segundo café. Esta vez bueno. Muy bueno.

—Voy a escribir el artículo —le digo—. *Todo por la patria.*

—Suena serio.

—Es un desastre patriótico.

Sonríe y se levanta.

—Te dejo trabajar.

Sabe que cuando escribo es mejor no tocarme. Ni siquiera con café.

Y eso, curiosamente, también es una forma de cuidado.

Capítulo 2 4

Todo por la patria

Todo era por la patria… eso quiero creer. Porque cuando alguien es militar, una imagina ciertas cosas. Disciplina. Educación. Corrección. Y no es fantasía: una de mis mejores amigas y su marido lo son, y son gente impecable. De los que dicen por favor sin que suene raro y gracias sin parecer sarcasmo.

Chuchi encajaba perfectamente en esa imagen. Amable. Bien hablado. De sonrisa tranquila. Incluso le gustaban los bailes de salón. Sí, bailes de salón. Me propuso acompañarle a una clase y por un momento pensé que iba a acabar girando por una pista como una película romántica de domingo por la tarde.

Las citas eran divertidas. Me enseñó alguna que otra llave de defensa personal —muy útil cuando una tiene un historial reciente de robos de bolso y hombres con problemas emocionales— y me hacía sentir segura. No solo protegida físicamente, sino cómoda. Algo que ya no doy por sentado.

Yo, ingenua profesional, pensé que había encontrado al chico perfecto.

Spoiler: no.

Porque todo se esfumó después de cruzar esa línea invisible que convierte una ilusión en algo real. No voy a entrar en detalles, tranquilos. Solo diré que no fue por mí —matizamos—, sino por él. Algo no estaba donde tenía que estar. Y cuando alguien no está en el presente contigo, aunque su cuerpo sí lo esté, el desastre está garantizado.

Tenía una ex.

Todo el mundo tiene una ex.

El problema no es tenerla.

El problema es no haberla soltado.

Y yo, que ya tengo un máster en detectar hombres emocionalmente ocupados, lo vi claro. No era cuestión de darle una segunda

oportunidad. ¿Para qué? Para alargar lo inevitable. Para coleccionar otra decepción. Para confirmar algo que ya sabía.
A veces, cortar a tiempo no es frialdad.
Es supervivencia.

Conclusiones finales

1. *La educación y los buenos modales no garantizan disponibilidad emocional.*
2. *Saber defenderte no sirve de mucho si no sabes defender tu corazón.*
3. *Las ex no son el problema; lo es vivir todavía con ellas.*
4. *Cortar a tiempo duele menos que quedarse esperando lo que no va a llegar.*
5. *Y recuerda: no todo lo que parece disciplina es estabilidad… a veces solo es una forma elegante de huir.*

Vera

***

Le mando el artículo a Clara con ese ritual silencioso que ya tengo interiorizado: revisar dos veces el asunto, tres veces el adjunto y una vez mi dignidad. Le doy a enviar y me preparo mentalmente para el habitual desfile de correcciones, objeciones y "esto no termina de funcionar".

Cinco minutos después suena el móvil.

Ok, me gusta.

Solo eso.

Ok. Me gusta.

Me quedo mirando la pantalla como si Clara acabara de escribir lo peor.

—¿Estás enferma? —murmuro—. ¿Te han cambiado el cerebro? ¿Te han sustituido por una versión mejorada?

Dos artículos seguidos que le gustan. Y este, además, sin una sola pega. Algo pasa. Clara no funciona así. Clara siempre encuentra una coma mal colocada aunque el texto sea una obra maestra.

Necesito respuestas.

Marco el número de Álvaro.

—Amor —me dice nada más cogerlo—. ¿Vienes con drama o con chisme?

—Con sospecha —respondo—. A Clara le ha gustado el artículo. Sin comentarios. Sin pegas. Solo "ok, me gusta".

—Ah —dice—. Entonces no es grave…

—¿Por?

—Que tiene nuevo amor.

—¿Qué?

—Un policía, cariño.

Me incorporo en la silla.

—¿Perdón?

—Policía. Uniforme. Placa. Porra. Todo el pack.

—¿En serio?—pregunto incrédula.

—Sí, hija sí.

—No me lo creo.

—Guapo a rabiar —añade—. Ojos azules, barba bien cuidada… De esos que te piden el DNI y tú se lo das dos veces por si acaso.

—¡Madre mía! ¡Menuda suerte tienen algunas! —comento con un poco de envidia.

—Está de toma pan y moja —continúa—. Este es de los que saca la porra y te cachea… ya tú sabes, *miamol.*

—¡Álvaro!

—Ay, por favor, que no soy yo el que se lo está tirando, a ver que no me quejo, que mi chico está muy bien, pero es que el madero está... ¡Madrecita del alma querida que me entran sudores solo de pensarlo!

Me río. No puedo evitarlo.

—No es la primera vez que Clara trae algún ligue —digo—. Pero ya sabemos cómo es. No le duran mucho.

—Porque es demasiado mujer para tanto hombre.

—Eso también.

Y tengo que reconocerlo: Clara es guapa, elegante y sabe elegir. Eso no se le puede negar. Incluso cuando elige mal, lo hace con estilo.

—¿Crees que tendremos material pronto para tu columna? —pregunta Álvaro con voz malvada.

—No.

—¿Un poli guapo y una ejecutiva? Eso da para una miniserie.

—No empieces.

—¿Te doy con mi porra? —suelta, ya sin freno.

—Eres un cerdo.

—Un cerdo con imaginación, ese saca la porra y nos puede dar a todos, ¡nena!

—Y con novia, recuérdalo.

—Pero tengo ojos, no te olvides y si lo vieras se te caería la baba como a todas.

Nos reímos los dos.

—Quedamos en el bar de Lucas —dice—. Necesito ver tu cara cuando empieces a analizar a tu jefa como si fuera una cita más.

—Eres diabólico.

—Lo sé. Por eso me quieres.

Cuelgo sonriendo.

Clara enamorada.

Un policía guapo.

Álvaro oliendo historias futuras.

Esto, claramente, no va a acabar bien.

***

Álvaro entra al bar como si fuera el dueño del local y del cotilleo mundial. Lleva el móvil en alto, con esa sonrisa suya que anuncia tragedias ajenas deliciosas.

—Mira esto —dice, sentándose sin pedir permiso—. Mira y llora.

Me acerca la pantalla.

Es Clara. Y el policía.

Saliendo del despacho.

Juntos. Muy juntos.

—¿Cómo demonios…? —empiezo.

—No preguntes —me corta—. Los gays tenemos contactos en todas partes.

Miro la foto. Maldigo en silencio. Y en voz alta.

Porque sí. El policía está… muy bueno.

No mono. No resultón. No aprobado alto.

Muy bueno.

De esos que parecen diseñados por un comité de fantasías colectivas: alto, barba perfecta, hombros que ocupan media puerta y una mirada que promete tanto orden como caos.

—Madre mía… —murmuro.

—Lo sé —dice Álvaro—. A Clara no le ha tocado el más listo, pero desde luego sí el más guapo.

—Es injusto —protesto—. Ella tiene poder, dinero, trajes caros y ahora además esto.

—Es el pack Premium —responde—. Ejecutiva exitosa con policía sexy incluido.

Lucas se asoma por detrás de la barra.

—¿De qué habláis?

—De que nuestra jefa se está beneficiando a un agente de la ley —dice Álvaro—. Y no precisamente en horario laboral.

Lucas mira la foto.

—Joder…

—¿Ves? —digo—. Validación externa.

Álvaro ya está en modo fantasía desatada.

—Imagínatelos en el despacho… la corbata de ella, la placa de él, la porra…

—¡Álvaro! —le corto—. Que estoy bebiendo café.

—Pues espérate a lo que viene —sigue—. "Señora Montoya, ¿sabe usted por qué la he detenido?" "No, agente…" "Por exceso de atractivo…"

Lucas se ríe. Yo también. Pero mi mente… mi mente vuela a ese lugar.

Ese lugar donde Álvaro convierte cualquier escena en una película prohibida para la hora del desayuno.

—Eres un peligro público —le digo.

—Y tu mejor fuente de inspiración.

—Eso es lo que más me preocupa.

Lucas nos mira divertido.

—No sabía que trabajar aquí incluía imaginar a la jefa en situaciones… comprometidas.

—Bienvenido al mundo de Vera —responde Álvaro—. Todo es material. Todo.

Y sí, lo admito: mientras me río, una parte de mí imagina a Clara con ese policía, en su despacho, rompiendo todos los protocolos.

Y me da una mezcla de envidia, curiosidad y una pizca de vergüenza ajena.

Gracias, Álvaro.

Por nada.

Capítulo 2 5

Me voy a casa arrastrando los pies y el orgullo. Una mezcla incómoda de cansancio y envidia que no combina bien con nada, pero que yo llevo con bastante dignidad… exteriormente. Por dentro, mi cabeza va a otra velocidad.

Esto es un rollo.

Yo no consigo una cita decente, ni un hombre emocionalmente disponible, ni siquiera uno que sepa hacer café sin resentimiento. Y Clara, en cambio, tiene a un policía de esos que parecen sacados de un calendario solidario. Barba. Hombros. Autoridad. Todo muy injusto.

Si es que…

Camino pensando que la vida tiene un sentido del humor cruel. Yo convierto mis desgracias en columnas virales y ella convierte su despacho en escenario de fantasías ajenas. No sé quién está ganando aquí, pero desde luego no soy yo.

Durante semanas sigo con el piloto automático. Publico historias antiguas del blog, experiencias que me han enviado otras personas, citas ajenas que no duelen tanto porque no son mías. Clara está distante, ocupada, feliz. Y yo finjo que no me importa mientras mi voz interior —esa maligna y sincera— no deja de cuchichear:

«*Disfruta, bonita. Ya veremos cuánto dura*».

Y entonces, como mandan los cánones y la justicia divina —que a veces llega tarde pero llega con ganas—, todo se desmorona.

Clara aparece un día en mi vida con *esa* cara.

La cara de despechada.

La cara de *me lo veía venir pero aun así duele*.

Se sienta frente a mí, suspira teatralmente y suelta:

—Quiero contar mi historia en el blog.

Parpadeo.

—¿Tu historia? —pregunto, como si no supiera exactamente lo que viene.

—Ese policía es un capullo integral —dice—. Y quiero que todo el mundo sepa cómo es.

Ahí tengo que hacer un esfuerzo consciente por controlar mi expresión facial. Porque mi cara quiere sonreír. Mucho. Demasiado.

No es que me alegre.

«*Nooooo*» —dice mi voz interior maligna, frotándose las manos —.Ni mucho menos.

Pero seamos honestas: hay algo profundamente satisfactorio en descubrir que a Clara, la mujer impecable, elegante, siempre un paso por delante, también le pasan cosas malas. Cosas humanas. Cosas desastrosas. Cosas sentimentales.

—Cuéntame —digo, profesional, mientras por dentro hago una pequeña celebración privada. Una pirueta de circo, diría mi conciencia.

La escucho. Asiento. Tomo notas. Le doy espacio. Y mientras ella habla, no puedo evitar pensar que, al final, nadie se libra. Ni siquiera Clara. Ni siquiera los policías guapos. Ni siquiera las historias que empiezan demasiado bien.

Cuando se va, me quedo sola un momento.

No, no me alegro. Bueno… un poco sí.

Pero sobre todo pienso esto: al final, todos acabamos aquí. Contando nuestra historia.

Cuando ya no queda otra.

Clara empieza a hablar, pero no como yo esperaba.

No entra en detalles. No da nombres. No concreta escenas. Lo hace todo con una elegancia rabiosa que, curiosamente, dice más que cualquier descripción explícita.

—No quiero entrar en explicaciones —dice—. No le voy a dar ese poder.

Asiento. Mentalmente tomo nota: «*esto es nuevo*».

—Solo quiero que se sepa que no todo lo que parece impecable lo es —continúa—. Que la autoridad no siempre implica coherencia. Y que alguien puede decir las palabras correctas mientras hace exactamente lo contrario.

Aprieta la mandíbula. No llora. Clara no llora delante de nadie. Eso también lo sé.

—Me vendió una versión de sí mismo —añade—. Y yo la compré. Sin pedir recibo.

«*Ajá*», piensa mi conciencia maligna. «*Bienvenida al club*».

—No quiero venganza —aclara—. Quiero cerrar.

—Cerrar también puede doler —comento porque así es como me siento yo la mayoría de las veces.

—Ya —responde—. Pero peor es quedarse abierta.

Se levanta, camina por la habitación, vuelve a sentarse. Está enfadada, sí. Pero sobre todo está decepcionada. Y eso es mucho más peligroso.

—No escribas nada todavía —me dice—. Necesito pensar cómo quiero que se cuente. O si quiero que se cuente.

—Lo entiendo —respondo—. No todas las historias están listas para ser contadas.

Me mira. Sonríe apenas.

—Mírate —dice—. Al final voy a acabar citándote.

Nos quedamos en silencio un momento.

No hay morbo. No hay titulares. No hay chiste fácil. Solo una mujer que se ha dado cuenta de que incluso los hombres con placa pueden desaparecer cuando más se les necesita.

Si tengo claro algo es:

Una: esta historia no va a ser como las otras.

Dos: cuando llegue el momento de escribirla, va a doler más por lo que no se diga que por lo que se diga.

Y eso, paradójicamente, la hace mucho más potente.

Clara sigue hablando, pero ya no con rabia. Ahora lo hace con esa calma peligrosa que le aparece cuando ha tomado una decisión y no piensa dar marcha atrás.

—He pensado una cosa —dice, cruzando las piernas con precisión quirúrgica—. El artículo lo voy a escribir yo.

Parpadeo. Una vez. Dos.

—¿Tú? —pregunto—. ¿Tú-tú?

—Yo —asiente—. Creo que es lo más honesto.

Mi conciencia maligna se aclara la garganta.

«*Esto se está poniendo interesante*».

—No sé si es buena idea —digo, midiendo las palabras—. No porque no puedas, sino porque… bueno, porque eres tú.

—Precisamente por eso —replica—. No quiero que nadie interprete. Quiero decir solo lo que yo decida decir.

—Eso suena peligrosamente a control —apunto.

—Eso es exactamente lo que es —responde sin pestañear.

Silencio breve.

—Además —añade—, no quiero que lo conviertas en comedia.

«*Ay*».

—Oye —protesto—. Yo convierto tragedias en comedia con muchísimo respeto.

—Lo sé —dice—. Y por eso mismo no quiero verme ahí.

La miro. La entiendo más de lo que me gustaría admitir.

—Vale —cedo—. Escríbelo tú.

Se relaja apenas un milímetro.

—Pero —añado— yo lo revisaré.

Arquea una ceja.

—Para darle mi toque —digo—. El mínimo indispensable. Ritmo. Aire. Algún toquecito gracioso bien colocado.

—¿Sin ironía? —pregunta.

—Con ironía invisible —respondo—. De la que no se nota pero se queda.

Me observa unos segundos, calculando.

—Está bien —acepta—. Pero no quiero morbo.

—Tranquila —sonrío—. El morbo lo pone el lector solo.

Se levanta, recoge su bolso.

—Te lo enviaré cuando esté listo.

—Y yo prometo no convertir a tu policía en un villano de cómic —confieso porque entiendo que ella no quiere que sea así.

—Gracias —responde seca—. Ya ha hecho suficiente por sí solo.

Cuando se va, me quedo sola un momento, procesando.

Clara escribiendo su propia historia. Clara soltando el control justo lo necesario.

Y yo, editando desde la sombra.

No estoy del todo de acuerdo. Pero… cuando la jefa decide, una se limita a afilar el lápiz. ¡No queda otra!

Capítulo 2 6

El artículo de Clara es breve, demasiado y muy conciso. Excesivamente correcto. Tan correcto que parece haber pasado por un filtro de autocensura Premium. Lo leo dos veces y confirmo mi sospecha: no es malo, pero tampoco es suficiente. No tiene alma. Y, sobre todo, no sigue la línea editorial que llevamos semanas construyendo con sangre, café y decisiones cuestionables.

Así que hago lo que ella ha hecho conmigo tantas veces: se lo digo.

Con educación, eso sí. Pero se lo digo.

No es que esté especialmente de acuerdo con hacerlo —la vida es irónica a ratos—, pero alguien tenía que señalarlo. Clara escucha, suspira y, para mi sorpresa, no se pone a la defensiva. Me propone que sea yo quien haga los retoques necesarios. Los *adecuados*, dice. Esa palabra tan ambigua que significa *arregla esto sin que parezca que lo has arreglado*.

Trabajo el texto. Ajusto el ritmo. Abro silencios. Quito rigidez. No añado morbo, pero sí intención. Se lo devuelvo.

Me responde con un **OK**. Sin entusiasmo. Sin celebración.

No está del todo satisfecha. Y yo tampoco.

Pero supongo que esto es lo que tiene estar al otro lado de la noticia: descubrir que no siempre es tan fácil exponerse cuando la historia es tuya.

Y que, a veces, tragar un poco de incomodidad también forma parte del oficio.

Los interrogatorios del policía

Y es que, a veces, la autoridad no es tal. A veces solo es fachada.
Hablemos del poli guapo. Ojos azules. Cuerpo perfecto. Sonrisa ensayada.
*Vamos, el típico Adonis sacado directamente de un anuncio de perfume **INVICTUS**, ese que todos los hombres "no tan guapos" se compran con la esperanza de que, al echárselo, la virilidad, el*

magnetismo y la capacidad de mantener conversaciones interesantes vengan incluidos en el frasco.
Spoiler: no vienen.
Para nuestra protagonista —pongamos que una mujer inteligente, con criterio, pero con tendencia a creer—, él era perfecto. Al principio. Porque al principio todo era perfecto. Las primeras citas fluían. Las llamadas nocturnas tenían susurros. Las palabras estaban bien colocadas. El envoltorio era impecable.
El problema vino después.
Él preguntaba. Mucho.
Quería saberlo todo: horarios, pasados, miedos, planes, inseguridades. Un interrogatorio constante, disfrazado de interés. Pero cuando tocaba devolver la pelota… silencio. Vida privada. Puertas cerradas. Respuestas vagas.
Claro, pensé. Será policía. Saber sin contar debe venir en el manual.
Pero en una relación, cuando das todo y no recibes ni la mitad, el cuerpo perfecto empieza a cansar. Y mucho. Porque una cosa es el misterio y otra muy distinta la opacidad emocional.
Prometía cosas. Muchas. Planes, tiempo, implicación.
Y luego no cumplía.
Ahí es cuando una se da cuenta de que da igual lo impecable del uniforme, lo azul de los ojos o lo bien que huela: si todo es fachada, se cae al primer roce con la realidad. Como el perfume. Mucha épica, mucha testosterona en cámara lenta… y a las dos horas ya no queda ni rastro.
Porque, amigas, el cuerpo impresiona. Pero el cerebro sostiene.

Conclusiones finales

1. *La autoridad no siempre implica coherencia emocional.*
2. *Un cuerpo perfecto no compensa una comunicación inexistente.*
3. *Quien pregunta mucho pero no se muestra, no busca intimidad: busca control.*

4.

Las promesas sin hechos son solo palabras bien perfumadas.

5.

Y recordad: mejor un cerebro interesante que un torso de anuncio… porque el cerebro no se evapora a las dos horas.

Vera

***

Le envío el artículo a Clara con esa mezcla de respeto profesional y ligera maldad literaria que aparece cuando sabes que has tocado una fibra… sin romper ninguna regla.

Cinco minutos después, me llama.

Cinco minutos. Clara no llama en cinco minutos. Clara analiza, subraya, edita mentalmente y luego llama. Esto ya es sospechoso.

—¿Lo has leído entero? —pregunta nada más descolgar.

—Dos veces —respondo—. Una como editora. Otra como persona que sabe que no le va a resultar cómodo.

Silencio.

Ese silencio suyo que suena a pensamiento estratégico… y a orgullo mordiéndose la lengua.

—Está bien escrito —dice al fin.

—Eso suena peligrosamente a que viene un "pero".

—No hay nombres —añade—. No hay datos. No hay nada que me identifique.

—Exacto —digo—. Es una historia. No un reportaje.

—Y aun así… —empieza, dudando un segundo— hay partes que suenan demasiado familiares.

—Clara —respondo—, todas las historias sentimentales suenan familiares cuando han dolido.

Se queda callada.

Puedo imaginarla mirando el texto con esa expresión suya que mezcla control y reconocimiento incómodo. No está enfadada. Está… tocada. Que en Clara es mucho más peligroso.

—No me gusta sentir que podría ser cualquiera —dice.

—Porque no estamos acostumbradas a aceptar que lo somos —respondo—. Cualquiera puede elegir mal. Incluso las personas que

parecen tenerlo todo medido.

Suspira. Más corto esta vez.

—No parece una historia vengativa —añade.

—Porque no lo es —digo—. Es una historia de decepción elegante. Que, por cierto, es bastante más universal.

Silencio otra vez.

—Hay frases que parecen demasiado… precisas —dice.

—Las frases precisas suelen aparecer cuando alguien ha escuchado bien —respondo.

—No quiero que parezca un ajuste de cuentas.

—No lo parece —le aseguro—. Parece aprendizaje. Y eso vende mejor y envejece mucho mejor también.

Tarda unos segundos en responder. Sé que está tomando una decisión, y Clara no toma decisiones pequeñas ni cuando pide café.

—Publícalo —dice al final.

Parpadeo.

—¿Segura?

—No del todo —admite—. Pero es correcto. Y está dentro de la línea editorial.

Sonrío.

—Eso suena a Clara aceptando algo que no le entusiasma.

—Eso es exactamente lo que es —responde—. Y además… —hace una pausa— quizá haya más mujeres ahí fuera que necesiten leer algo así.

Ahí sí noto que ha bajado la guardia un milímetro. Lo justo para que siga siendo Clara, pero también alguien que acaba de mirarse en un espejo que no pidió.

—Entonces lo publico —digo.

—Publícalo —repite.

Cuelga antes de que podamos convertir esto en algo emocional. Muy propio de ella.

Me quedo mirando el móvil unos segundos, consciente de que Clara no se ha visto expuesta… pero sí reflejada.

Y, sinceramente, eso suele doler mucho más.

Capítulo 27

El artículo se publica a primera hora de la mañana, como siempre. Café en mano, portátil abierto y ese ritual absurdo que consiste en refrescar la página cada veinte segundos fingiendo que una es una profesional madura que no depende emocionalmente de comentarios anónimos.

Los primeros mensajes llegan rápido.

"Qué bien escrito".

"Me he sentido muy identificada".

"Gracias por hablar de relaciones donde todo parece perfecto pero no lo es".

Sonrío. Todo normal. Todo en orden. Todo dentro del maravilloso ecosistema de lectoras que convierten nuestras tragedias sentimentales en terapia colectiva.

Pero entonces… cambia el tono.

Y cambia rápido.

"Generalizar sobre policías es irresponsable".

"Qué fácil es atacar a quien se juega la vida cada día".

"Hay mucho resentimiento en este texto".

Parpadeo.

Refresco la página.

Más comentarios.

"Soy policía y me parece vergonzoso".

"No todos somos así".

"Este tipo de artículos solo buscan desprestigiar a un colectivo".

Mi café deja de saber a café y empieza a saber a *problema editorial*.

La avalancha crece. No son dos comentarios indignados. Ni diez. Son decenas. Luego cientos. Algunos educados. Otros con una creatividad insultante que, sinceramente, podría ganar premios literarios si no fueran tan ofensivos.

Mi conciencia maligna aparece con palomitas.

Bueno, bueno… drama social. Esto escala.

Abro redes sociales. Error. Grave error.

El artículo se está compartiendo en foros, grupos y perfiles donde la palabra "ofendido" se usa con pasión casi deportiva. Hay policías defendiendo su profesión. Hay parejas de policías defendiendo a sus parejas. Hay gente que no ha leído el artículo, pero ya ha decidido que está en contra por pura vocación.

Respiro hondo. Muy hondo.

Porque lo curioso es que el texto no habla de policías. Habla de una persona. De una relación. De una decepción con uniforme emocional, no institucional.

Pero claro… cuando alguien se reconoce, la matización suele ser la primera víctima.

El móvil empieza a vibrar. Clara.

—Lo estás viendo, ¿verdad? —dice nada más descolgar.

—Lo estoy viendo —respondo.

—Esto se está yendo de madre.

—También está generando tráfico —digo, profesional hasta cuando tiemblo.

Silencio.

—No esperaba esto —añade.

—Yo tampoco.

—No hemos atacado a nadie.

—Hemos tocado un nervio —corrijo.

Suspira. Ese suspiro suyo que normalmente anuncia reuniones urgentes y decisiones incómodas.

—Hay correos del departamento legal preguntando si hay referencias identificables.

—No las hay.

—Lo sé —dice—. Pero cuando la gente quiere sentirse aludida, la realidad importa poco.

Mientras hablamos, siguen entrando comentarios. Algunos lectores defienden el artículo. Otros lo atacan con una pasión casi personal.

"Por fin alguien habla de relaciones con hombres con autoridad que creen que eso les da inmunidad emocional".

"Qué fácil es victimizarse".

“Gracias por recordarnos que el uniforme no define a la persona”.

“Qué artículo más resentido”.

Cierro los ojos un segundo.

No todo va a ser éxito.

Lo sé. Pero una cosa es saberlo… y otra vivirlo mientras tu nombre está asociado a una pequeña guerra civil digital.

—¿Te arrepientes? —pregunta Clara.

Miro la pantalla llena de opiniones cruzadas, enfado, defensa, interpretación y mucho ego herido.

—No —respondo—. Pero creo que hoy vamos a aprender bastante.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasa cuando una historia deja de ser solo una historia.

Clara guarda silencio. Largo.

—Prepárate —dice al final—. Esto no ha hecho más que empezar.

Cuelga.

Mi conciencia maligna deja las palomitas.

Vera, cariño… bienvenida al periodismo de verdad.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sé si estoy orgullosa…o aterrada.

***

La polémica lleva dos días creciendo como una masa madre emocional imposible de controlar. Cuanto más la alimentan, más sube. Comentarios. Mensajes privados. Gente ofendida. Gente agradecida. Gente que claramente no ha leído el artículo, pero tiene muchas ganas de enfadarse igual.

Yo observo el espectáculo desde mi rincón del bar, con el portátil abierto y el café —milagrosamente bien hecho— delante.

Lucas no dice nada. Solo me deja el café y desaparece con ese radar suyo que detecta cuándo estoy a punto de escribir algo que puede incendiar media ciudad.

Respiro.

Abro documento nuevo.

Y empiezo.

Cuando una historia escuece

No hablaba de todos.
Nunca hablo de todos.
Porque cuando una historia habla de todos, normalmente no habla de nadie.
Hablaba de una relación. De una decepción. De ese momento en el que descubres que alguien puede parecer impecable por fuera mientras por dentro es… humano. Y sí, eso incluye equivocarse, esconderse o prometer más de lo que puede sostener.
Lo curioso es que el artículo ha molestado a personas que no conocen a la protagonista, ni al protagonista, ni la historia completa.
Y eso me hace pensar en algo fascinante: cuando una historia nos incomoda, no solemos preguntarnos si habla de nosotros. Preferimos enfadarnos con quien la cuenta.
No hablaba de policías.
Hablaba de una persona con uniforme emocional… y uno real.
Porque el uniforme puede imponer respeto, autoridad o incluso admiración. Pero no sustituye la honestidad. Ni la comunicación. Ni el compromiso.
Decir que una experiencia negativa representa a todo un colectivo sería tan absurdo como afirmar que todos los periodistas exageramos… aunque reconozco que algunos lo hacen con bastante entusiasmo.
Las historias sentimentales tienen algo peligroso: funcionan como espejos. Y los espejos rara vez caen bien cuando muestran lo que no queremos ver.
Este texto no pretende señalar profesiones. Pretende recordar algo mucho más sencillo:
Las personas no son su trabajo.
Y las relaciones tampoco son contratos de autoridad.
Si alguien se ha sentido atacado, lo siento. No era el objetivo. Pero quizá sí sea una oportunidad para preguntarnos por qué algunas historias escuecen más que otras.

Porque a veces, lo que más molesta de un relato no es lo que dice… sino lo que recuerda.

Conclusiones finales

1.
Una experiencia personal no define a un colectivo.
2.
Sentirse reflejado no siempre significa ser acusado.
3.
El respeto profesional no sustituye al respeto emocional.
4.
Defender una profesión está bien; escuchar también lo está.
5.
Y recordad: si una historia os incomoda… quizá merezca la pena preguntarse por qué.

Vera

Cierro el portátil. Mi conciencia maligna aplaude lentamente. «*Bravo, Vera. Has echado gasolina con educación*».

Capítulo 2 8

Estoy leyendo los primeros comentarios cuando un tipo en la barra levanta demasiado la voz.

—Lo que escribís en esa revista es una vergüenza —dice—. Generalizáis, criticáis y luego os escondéis detrás de la libertad de expresión.

No me giro. Finjo concentración absoluta en la pantalla. Técnica milenaria: si no lo miro, no existe.

A mi lado, Álvaro remueve su café con expresión crítica. La misma que pone cuando presencia una mala cita heterosexual desde fuera. No interviene. Álvaro nunca interrumpe el desastre; lo estudia.

—Si tienes un problema con lo que lees, puedes dejar de leerlo —dice Lucas desde la barra, con un tono peligrosamente tranquilo.

El hombre resopla.

—Claro, porque ahora cualquier historia personal vale para juzgar a todo el mundo.

Lucas deja la cafetera. Da un paso. No invade, pero ocupa espacio. Ese espacio que algunos hombres saben manejar sin levantar la voz.

—Nadie está juzgando a nadie —dice—. Solo está contando una experiencia.

—Pues yo me siento atacado.

—Eso es cosa suya, caballero, si se siente atacado, será porque algo malo habrá hecho, ¿no cree?

Silencio. Incómodo. Perfecto.

—Las historias sirven para pensar —añade Lucas—. Si alguien prefiere enfadarse antes que pensar… también es su decisión.

El hombre paga su café con dramatismo innecesario y se va.

Yo sigo fingiendo que leo, aunque llevo diez minutos mirando la misma frase.

—Te ha defendido —dice Álvaro, en voz baja, sin mirarme.

—No exageres...

—No exagero —responde—. Yo exagero con hombres guapos, no con camareros atentos.

Lucas se acerca.

—No hace falta que me defiendas —le reprocho algo enfadada, no sé si por lo que ha hecho o por el comentario de Álvaro.

—No lo he hecho—responde con fingido sarcasmo.

Levanto la vista.

—He defendido que la gente pueda contar lo que vive —añade —. Que casualmente es lo que haces tú.

—¡Aja!

Se encoge de hombros.

—Además, me vendría mal que dejaras de escribir. El bar perdería entretenimiento.

—¡Capullo!

—Realista—responde de nuevo con esa chulería suya que le caracteriza.

Nos miramos un segundo más de la cuenta. Ese segundo peligroso donde todo podría volverse demasiado serio.

—¿Te ha afectado la polémica? —pregunta.

—Un poco —admito—. No estoy acostumbrada a que me odien desconocidos con tanta pasión.

—Significa que lo que escribes importa.

Parpadeo.

—¿Eso es un cumplido?

—No te emociones —dice—. Solo una observación.

Me trae otro café.

Perfecto.

Y, curiosamente, sabe a calma.

Lucas lleva diez minutos limpiando la misma taza. No es una taza especial. No está especialmente sucia. Es una taza normal, víctima de un proceso de pulido obsesivo que empieza a resultar sospechoso.

Yo finjo escribir. Él finge limpiar. Ambos mentimos fatal.

—Si sigue así —murmura Álvaro—, o le gustas o necesita terapia.

—O las dos cosas.

—Eso casi siempre va junto.

Levanto la vista lo justo para observar sin parecer que observo, técnica perfeccionada tras años analizando citas desastrosas sin que el sujeto en cuestión se dé cuenta de que ya está condenado literariamente.

Lucas deja la taza, coge otra, la seca con concentración quirúrgica y, sin mirarme, dice:

—Hoy hay menos comentarios agresivos.

Parpadeo.

—¿Los estás siguiendo?

—A ratos —responde Lucas—. Curiosidad sociológica.

Claro. Sociológica. Como cuando uno mira el móvil cada cinco minutos esperando que alguien escriba.

—No sabía que te interesaba tanto mi trabajo —digo.

—No es tu trabajo —corrige—. Es lo que te pasa cuando trabajas.

Frunzo el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene —indica—. La gente escribe columnas. Tú escribes sobre ti misma.

Me quedo callada.

No porque no tenga respuesta. Porque no esperaba ese nivel de precisión emocional antes del segundo café.

Mi conciencia maligna aparece con libreta. Apunta esto, Vera. Este chico observa demasiado.

Lucas me deja otro café sin que lo haya pedido.

—No he terminado el anterior.

—Ese se ha quedado frío.

—Aún estaba caliente —respondo para no tener que darle la razón.

—Ahora tienes uno mejor.

Lo miro.

Demasiado atento. Demasiado pendiente.

—Lucas —digo, con tono casual ensayado—. ¿Siempre vigilas a tus clientes o tengo tarifa Premium?

Sonríe apenas.

—Solo a los que se beben el café, aunque esté malo.

—Eso es masoquismo.

—Eso es lealtad.

Vale. Eso ha sonado raro.

Mi cerebro empieza a montar un PowerPoint emocional.

Diapositiva uno: Lucas presta demasiada atención.

Diapositiva dos: Lucas recuerda cosas que digo.

Diapositiva tres: Lucas ha defendido mi columna delante de un desconocido con más elegancia que varios de mis ex.

No.

No voy a pensar eso.

Porque cuando empiezo a pensar eso, normalmente acabo escribiendo otra columna titulada *El camarero que parecía buena idea y acabó siendo material literario*.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

—Has puesto cara de estar pensando demasiado.

—Es mi cara normal.

—No —dice—. Tu cara normal es más… sarcástica.

Sostiene la mirada un segundo. Dos. Luego vuelve a la barra como si nada.

Álvaro me mira por fin, levanta una ceja y sonríe como quien ve a una amiga caminar directa hacia un error clásico. De esos que él ya no comete desde que dejó de salir con heterosexuales emocionalmente confusos.

Bebo el café. Está perfecto. Y eso, curiosamente, empieza a preocuparme.

El problema empieza antes de que nadie lo nombre.

Empieza con el café que ya no sabe igual. Con Lucas pasando demasiado cerca. Con mi necesidad absurda de fingir que escribo cuando en realidad solo estoy esperando.

Estamos en el bar. Mi bar.

Lucas va y viene detrás de la barra.

Serio. Atento. Demasiado presente.

Yo miro la pantalla del móvil sin ver nada y lo observo por el rabillo del ojo como quien no quiere la cosa.

Spoiler: quiero la cosa.

Me digo que es cansancio. Que es la semana. Que es el tercer café.

Mentira.

La silla frente a mí se mueve.

—¿En qué piensas?

Levanto la mirada y Álvaro me mira con esa sonrisa suya malvada, durante unos minutos he ignorado su presencia.

—En nada.

Miente mi boca. Mi cuerpo no.

Álvaro mira alrededor. La barra. A Lucas. A mí.

Tarda exactamente cinco segundos.

—Ah.

—¿Ah qué?

—Que te gusta.

Casi me atraganto.

—¿Quién?

—Lucas.

—¡Ja!

Río demasiado fuerte. Demasiado rápido.

—No me gusta —digo—. Me interesa. Que es distinto.

—Eso lo dices cuando alguien te gusta y te da miedo admitirlo.

—Eso lo digo cuando tú eres idiota.

Álvaro sonríe. Ese cabrón sonríe porque acaba de llegar y ya ha entendido todo.

—No escribes sobre él —dice.

—¿Y?

—Es el único hombre que no has convertido en columna.

Silencio.

No escribo sobre Lucas porque no quiero perder este sitio. Ni este café. Ni la sensación incómoda de que alguien me ve sin convertirlo en texto.

—No mezcles cosas —le digo—. No todo en mi vida es material publicable.

—Eso dilo más alto —responde—. A ver si te lo crees tú.

Lucas se acerca.

—¿Otro café? —me pregunta.

A mí. Solo a mí.

Asiento.

Álvaro nos observa como quien ve una película romántica que juró no volver a ver.

Cuando Lucas se va:

—Te mira como quien espera algo —dice Álvaro.

—¿El qué?

—Que no te vayas.

Me río. Pero ya no suena igual.

—No digas tonterías.

—Entonces dime por qué estás tan nerviosa.

No respondo. Porque no hay respuesta elegante.

Álvaro se inclina y me toma la cara con las manos. Solo un segundo. Solo para obligarme a mirarlo.

—Te estás metiendo donde no controlas —dice—. Y eso te vuelve peligrosa.

Y entonces pasa.

No sé si es el cansancio. El café. La semana horrible. O que Álvaro tenga la manía de decir verdades sin anestesia.

Pero pierdo los papeles.

Me acerco a mi amigo demasiado. Demasiado cerca.

Siento su respiración.

Él se queda quieto.

—Vera… —susurra—. No es a mí a quien quieres besar.

Me separo de golpe.

—Eres imbécil.

—Y tú estás jodidamente pillada.

Lucas vuelve con el café.

—¿Todo bien?

Lo miro.

—Sí —digo—. Todo fatal.

Álvaro sonríe. Yo bajo la mirada.

Lucas se queda un segundo más de la cuenta antes de volver a la barra.

Y ahí lo entiendo.

Esto ya no es una columna. Esto ya no es un juego. Y no estaba en mis planes.

Maldita sea.

Capítulo 29

Al día siguiente, la redacción huele a café recalentado y a crisis editorial.

Mi segundo artículo sigue abierto en todas las pantallas. No porque sea brillante. Porque parece seguir molestando.

—Vale —dice Clara, desde la cabecera de la mesa—. Vamos a ordenar esto.

Clara no levanta la voz. No hace falta. Cuando Clara dice "vamos", significa *ahora*.

—El primer texto —continúa— ha generado quejas formales.

Formal es una palabra preciosa. Sirve para disfrazar enfados muy viscerales.

—Correos —añade—. Llamadas. Dos cartas con membrete.

—¿Membrete policial? —pregunto.

Álvaro me lanza una mirada de *no ayudes*.

—De asociaciones profesionales —corrige Clara—. Y de lectores.

—Que también son asociaciones de ofendidos —murmura Álvaro.

—Álvaro —dice Clara, sin mirarlo—. Luego.

Saca una hoja impresa.

—El problema no es *Los interrogatorios del policía*. El problema es cómo se ha leído.

—No hablaba de policías —digo.

—Lo sé —responde—. Pero tampoco hablaba de helados y nadie se ha dado por aludido.

Vale. Punto para Clara.

—Tu segundo artículo —continúa— es mejor. Más claro. Más adulto.

—Gracias.

—No era un halago.

Suspira.

—Has hecho algo bien —dice—. Has explicado. Has bajado el volumen sin pedir perdón.

—No tenía que pedirlo.

—Exacto —responde—. Pero tampoco podemos permitir que esto escale.

Apoya las manos en la mesa.

—Esta revista vive de opinión, no de trincheras.

Silencio.

—No te voy a censurar —añade—. Ni ahora ni después.

Respiro.

—Pero sí voy a pedirte una cosa: el próximo texto tiene que mirar hacia adelante, no hacia la herida.

—¿Y si la herida sigue abierta?

—Entonces se escribe mejor —dice—. No más alto.

Álvaro sonríe. Yo no sé si besarla o pedir otra semana libre.

—¿Consecuencias? —pregunto.

—Ruido —responde Clara—. El habitual.

—¿Y profesionalmente?

Me mira.

—Si la gente se enfada es porque ha leído. Si ha leído es porque importa. Y si importa… no vamos a echarte por eso.

Se levanta.

—Pero tampoco vamos a dejar que te conviertan en un saco de boxeo.

Camino al bar, el ruido sigue.

Comentarios. Mensajes. Opiniones no solicitadas.

En el bar, Lucas no dice nada.

Pero cuando un tipo murmura algo sobre "periodistas que odian a la policía", Lucas levanta la vista.

Solo un segundo. El suficiente. El tipo paga y se va.

Lucas me deja el café.

—Hoy ha venido más gente a mirar que a beber —dice.

—Eso significa que el artículo funciona.

—O que la gente confunde leer con apuntar —responde.

Le sonrío.

No escribo sobre Lucas.

No porque no tenga material. Sino porque no todo lo que importa necesita publicarse.

Y, por primera vez desde que empezó todo, eso me parece una buena noticia.

***

Esa noche abro el portátil, pero en principio no sale nada.

Abro el archivo. El cursor parpadea como si tuviera prisa. Yo no.

El móvil vibra. Lo dejo boca abajo, como a alguien que habla demasiado.

Pienso en Clara. En cómo dice las cosas que no admiten réplica. En que *no más alto* no significa *más bajo*, sino *mejor*.

Pienso en Lucas. En su segundo de mirada. La gente cree que el poder siempre hace ruido. Error de principiante.

Anoto una frase en un papel suelto:

Si te enfadas es porque has entendido algo.

La rompo. Demasiado tranquilizadora.

Pruebo otra:

Hay lectores que leen para confirmar y otros que leen para cazar.

Esta sobrevive. De momento.

Bebo agua. La cerveza vendrá luego, si hace falta.

Al día siguiente la redacción está normal. Que es una forma elegante de decir que ya hay otro incendio.

Clara pasa por detrás de mi silla. No se detiene.

—No escribas contra nadie —dice, como quien comenta el tiempo—. Es aburrido.

Asiento. No porque esté de acuerdo. Porque tiene razón.

Abro un documento nuevo. Sin título. Los títulos son una trampa.

Escribo:

Después del ruido no viene el silencio. Viene la gente explicándote por qué tiene razón.

Sonrío un poco. Lo justo para no confiarme.

Podría escribir sobre Lucas. Material no me falta. Pero no lo hago.

También podría seguir escribiendo sobre este tema hasta que alguien me acuse de obsesión, o volver a repasar la lista de hombres

que me hicieron daño, que ya va por varias páginas y ninguna tiene final feliz. De eso iba esta columna. O eso creía.

Pero Clara me ha pedido una cosa muy concreta: que no ofenda a nadie. Lo cual es curioso, porque yo no escribo para ofender. Escribo sobre lo que pasa. Si alguien se siente aludido, quizá no sea un problema de redacción.

Escribo sobre mis experiencias y las de otras. No para señalar. Para que las mujeres que se reconozcan en ellas sepan una cosa muy básica y muy poco publicada: que no están solas.

Así que esta semana no habrá ajuste de cuentas. Habrá otra historia.

Me la mandó una chica. No quiere venganza, ni titulares, ni que nadie la salve. Solo quiere contar lo que le pasó. Se titula *El encantador de perros*, que ya dice bastante y a la vez no dice nada.

No habrá nombres. No habrá demasiados detalles. No porque no existan, sino porque no hace falta que nadie se reconozca para entenderlo.

Habrá humor. Del incómodo. Del que no pide permiso. Del que te hace reír y luego te preguntas por qué.

Iremos con pies de plomo, sí. Aunque lo curioso de ir con pies de plomo es que siempre hay alguien dispuesto a decirte que aun así haces ruido.

En algún momento, quizá, escriba una historia sobre un hombre. Para equilibrar, para tranquilizar, para que nadie sienta que esto va de ellos. Tengo una. Me la contó Lucas. Tal vez lo hable con Clara. O tal vez no.

Esta columna empezó siendo para mujeres. A lo mejor ha llegado el momento de revisarlo. O a lo mejor no.

De momento, *El encantador de perros* puede traer algo poco habitual a esta semana caótica: un poco de paz. Y si no, al menos que sirva para recordar algo importante.

Que leer no siempre es estar de acuerdo. Y que contar una historia no es un ataque.

Capítulo 3 0

Al día siguiente hablo con Clara. Del artículo. De las opciones. De cómo apagar un incendio sin que parezca que hemos salido corriendo con el extintor.

Decide posponer El encantador de perros. No porque no funcione, sino porque ahora mismo necesitamos justo lo contrario: calma. Y nada calma más a ciertos lectores que un protagonista masculino. Preferiblemente vivo y con nombre propio.

La historia de Lucas aparece sobre la mesa como si llevara ahí desde el principio. Clara lo dice con naturalidad, como si no supiera lo que hace.

—Es la mejor opción —dice—. Siempre que él esté de acuerdo.

Claro.

Ese pequeño detalle.

Es verdad que en su día Lucas se prestó. Dijo que sí con esa ligereza de quien no ha tenido tiempo de arrepentirse todavía. La duda es si ahora, con el ambiente como está, seguirá teniendo ganas de contar nada.

—Habla con él —añade Clara—. Si nos lee, sabe perfectamente cómo está la situación. Nos vendría bien bajar un poco el tono.

Bajar el tono. Esa expresión tan editorial para decir que nadie se enfade.

—Está bien —digo—. Se lo diré.

Y no sé por qué me incomoda tanto la idea de volver a hablar con él después de lo de ayer. Bueno, sí lo sé. Lo sabe cualquiera con un mínimo de honestidad y una conciencia suficientemente maliciosa.

Cada vez te gusta más, dice esa voz interior que se parece demasiado a Álvaro como para ignorarla.

Y tiene razón. Me gusta. Aunque no haya pasado nada. Aunque probablemente no pase nunca nada. Aunque esto sea una novela y yo sea especialista en complicarme la vida sin necesidad.

Me cuesta estar cerca de él sin notar esa atracción incómoda, silenciosa, de las que no hacen ruido hasta que un día lo hacen todo a la vez. Y lo peor no es eso. Lo peor es la logística emocional del desastre.

Porque cuando todo salte por los aires —si es que salta— no solo perderé la calma. Perderé mi rincón favorito.

El bar.

El café casi siempre malo.

El sitio donde puedo escribir, pensar y fingir que tengo la vida más o menos bajo control.

Y eso, francamente, sí que no estoy segura de poder perdonarlo.

***

Salgo de la oficina con una seguridad que no me creo ni yo. Cuanto más me acerco al bar, más evidente se vuelve el engaño.

No sé si esto es buena idea.

Spoiler: nunca lo es.

Lucas está en la puerta, hablando por teléfono. Me ve. Me saluda. Y ahí se acaba cualquier posibilidad de huida digna.

Genial, pienso. El universo otra vez colaborando poco.

—¿Qué te trae por aquí tan pronto? —pregunta, colgando.

—Un artículo —respondo, versión corta y sin efectos secundarios.

Estoy nerviosa. Mucho. De ese nerviosismo que no mejora con café, ni siquiera con el malo.

—¿Vienes a escribir a tu rincón favorito? —añade—. Ya sabes que siempre lo tengo reservado para ti.

No sé si es un cumplido, una provocación o una estrategia de marketing emocional. Hoy no estoy para descifrar nada.

—En realidad… —digo— necesito preguntarte si sigue en pie lo de publicar tu historia.

Silencio. Breve. Incómodo. Educado.

—¿Ahora sí quieres escribir sobre mí? —dice—. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

El tono corta. No mucho. Lo justo.

—Necesitamos que la gente se calme —explico—. Clara, mi jefa, y yo hemos pensado que quizá ver que los hombres también sufren

desamores, desgracias o como quieras llamarlo…

—¡Ja! —interrumpe—. Qué bonito.

Ironía servida sola, sin azúcar.

Sé que dicho así no es muy tentador. También sé que fue él quien ofreció la historia. Pero hoy no es un día para recordar detalles.

—¿Quieres o no? —pregunto, ya sin diplomacia.

—Tengo que pensarlo —responde—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo.

Miro alrededor. El bar está vacío. El trabajo es, como mínimo, abstracto.

No discuto. Doy media vuelta y dejo una tarjeta sobre la barra.

—Si cambias de opinión, este es mi número del trabajo.

—Perfecto —dice—. Veo que hoy no quieres ni café malo.

—No me apetece. Tengo que escribir un artículo. Prefiero hacerlo en la oficina.

—Genial —responde—. Igual la próxima vez tu sitio no está reservado.

—Estupendo —contesto, afinando el mismo tono afilado que él.

Salgo casi corriendo. Si esto fuera un dibujo animado, sería yo convertida en el personaje rojo de *InsideOut*, echando fuego por las orejas y destruyendo mobiliario urbano.

Necesito calmarme. Porque esto puede acabar muy, muy mal.

Le escribo a Clara. Y me voy a casa.

Clara contesta en menos de un minuto.

¿Ha dicho que sí?

Directa. Ejecutiva. Sin emoticonos.

Ha dicho que lo piensa, respondo.

Tres puntos suspensivos. Luego:

Eso es un no con ego.

Sonrío. Porque probablemente tiene razón. Y porque Clara tiene esa habilidad irritante de resumir los dramas en una frase que cabe en un post-it.

Camino a casa repasando la escena como si hubiera cámaras ocultas y yo fuera la única que no ha entendido el guion.

No he ido a pedirle su historia. He ido a pedirle que me salve el artículo y eso se nota.

En casa dejo el bolso en el suelo, me quito los zapatos y abro el portátil como quien abre una herida que todavía no sabe si va a cicatrizar sola.

Documento en blanco.

Título provisional: *Los hombres también sufren.*

Lo miro. Lo cierro. No somos una ONG emocional.

Abro otro.

Calma editorial.

Lo cierro también. Demasiado honesto.

Me sirvo vino. No mucho. Lo justo para que la ironía fluya y la dignidad no se desmaye.

Lo que me molesta no es que Lucas haya dudado. Es que tenga motivos.

Si publico su historia ahora, parecerá una estrategia. Si no la publico, parecerá una huida.

Es fascinante cómo cualquier decisión puede convertirse en sospechosa cuando hay ruido de fondo.

El móvil vibra. Número desconocido. Lo miro como si fuera una amenaza administrativa. Contesto.

—¿Sí?

Silencio breve. Respiración reconocible.

—No me gusta ser el parche de nadie —dice Lucas al otro lado.

Directo. Sin saludo. Apoyo la espalda en la pared.

—No quiero que pienses que te estoy utilizando.

—Lo parecía.

Así. Sin volumen. Sin reproche. Solo verdad.

Camino por el salón.

—Lo planteé mal—contesto intentando sonar más convincente.

—Lo planteaste como te convenía—responde con ese tono suyo sarcástico dulce.

Golpe limpio.

Respiro.

—Estoy cansada de que todo lo que escribo parezca una guerra. No quiero convertirte en mi escudo.

Silencio.

—No soy bueno siendo el mensaje de nadie —dice él.

Ahí está Lucas. Seco. Breve. Exacto.

—Si cuentas mi historia —añade— que sea porque yo quiero. No para equilibrarte el artículo.

Eso duele un poco. Porque tiene razón.

Miro el techo.

—Ven a mi casa.

Silencio.

—¿Para qué?

—Para hablar. Sin barra de por medio. Sin testigos. Sin titulares.

Otra pausa.

—Vale.

Y cuelga. Le mando la dirección por WhatsApp.

Ni dramatismo. Ni emoticonos. Como si esto fuera perfectamente razonable.

***

Cuando suena el timbre ya he decidido que no voy a fingir seguridad.

Abro.

Lucas entra con esa cautela suya que parece tranquila pero no lo es.

—No quiero discutir —dice.

—Yo sí. Pero me parece bien.

Se quita la chaqueta. Se queda de pie. Yo también.

—No quiero ser el recurso narrativo para calmar lectores —comenta.

—No lo eres, de verdad...

—Lo parecía.

Suspiramos a la vez. Eso no ayuda.

—Lo parecía porque estoy agotada —reconozco—. No porque quiera usarte.

Eso lo descoloca un poco, no demasiado, pero sí lo suficiente.

—Entonces dime que no necesitas que te salve de nada.

Lo miro.

—No necesito que me salves el artículo.

—¿Y qué necesitas?

Ahí la conversación deja de ser profesional.

—Necesito saber si lo que pasó ayer fue solo tensión… o algo más.

Silencio.

Lucas se acerca un paso. Yo no retrocedo.

—No fue solo tensión —dice.

Honesto. Sin adornos.

La cocina parece demasiado iluminada para esta conversación.

—¿Quieres vino? —pregunto.

—Sí.

Eso también es una decisión.

***

Cenamos una ensalada preparada que tenía en la nevera. Nada gourmet. Nada simbólico, algo rápido.

Hablamos. Primero del artículo. Luego de Clara. Después del bar y de cuándo empezó exactamente esta tensión absurda entre nosotros.

—El día que me corregiste una frase delante de todo el mundo —dice y me quedo mirándole sin entender nada.

—Tenías un adjetivo innecesario.

—Era bueno —respondo y lo miro perpleja.

—Era excesivo.

Se ríe. Yo también.

Abrimos otra botella.

La discusión pierde filo. Empieza a tener bordes suaves.

—Te incomoda esto —dice.

—Me incomoda que me importe.

Eso se queda flotando.

Lucas me mira como si estuviera decidiendo algo que no tiene que ver con la revista.

—Esto sí que es mala idea.

—Casi todo lo interesante lo es.

Sonríe. Y entonces deja de haber mesa para estar demasiado cerca y es ahí donde llega el primer beso, que no es urgente. Es

contenido. Como si ambos lleváramos semanas evitándolo con disciplina.

Funciona. Las manos dejan de ser prudentes. Las distancias dejan de ser razonables. La conversación termina sin necesidad de conclusión.

No hace falta describir más. Solo diré que no hubo estrategia. Ni cálculo. Ni artículo pendiente.

Capítulo 3 1

Lucas se despierta antes. La luz entra demasiado clara para lo que pasó. Estoy adormilada de medio lado. Tranquila.

Noto como me observa un momento. No parece arrepentido, pero sí consciente. Se sienta en el borde de la cama. Se pasa la mano por la cara. Susurra:

Esto lo complica todo.

Yo abro los ojos.

—Hola.

—Hola.

Silencio.

—No ha sido un error —dice.

Espero.

—Pero quizá no debería haber pasado ahora.

Ah. La puntualización.

Me incorporo.

—¿Ahora cuándo? ¿En medio del caos? ¿En mitad del artículo?

—En mitad de todo.

Tiene razón. Y eso es incómodo.

—Ahora nada va a ser igual —añade.

No.

Ya no es solo el dueño del bar. Ya no soy solo la periodista incómoda. Ahora hay memoria compartida.

—Nunca fue neutral —le digo.

Me mira. No discute. Se inclina. Me besa. Distinto al de anoche. Más consciente.

—Hablamos.

Siempre esa palabra. Se viste. Se va.

La puerta se cierra con un sonido demasiado definitivo para ser tan temprano.

Me quedo en la cama mirando el techo.

No ha sido un error. Ha sido una decisión.

Y las decisiones, a diferencia de los artículos, no se pueden editar al día siguiente.

***

La puerta se cerró hace horas.

Sigue sonando. No porque vuelva. Porque se fue.

Abro el portátil.

Documento en blanco.

Hoy toca escribir el artículo de Lucas. Ha dicho que sí. Con condiciones. Con dignidad. Con esa frase final que ahora me rebota en la cabeza como un aviso legal.

No ha sido un error. Pero quizá no debería haber pasado ahora.

Empiezo.

Lucas no quiere ser símbolo de nada.

Borro.

Demasiado limpio.

Contar una historia es aceptar que después las cosas cambian.

Me quedo mirando la frase.

Cambian.

Anoche no parecía tan analítico. Anoche no hablábamos de consecuencias.

Cierro el portátil.

No puedo escribir sobre alguien que hace diez horas estaba en mi cama y esta mañana hablaba de "ahora no".

No estoy triste. Estoy enfadada. Porque no fue un error. Pero tampoco fue exactamente una celebración.

Cojo el móvil. Si no lo digo en voz alta, mi cabeza va a editarlo.

—Álvaro—mi voz resuena de ultratumba.

—Dime que no has hecho nada estúpido —contesta.

—Define estúpido.

Silencio.

—Vera… —su voz entre regañándome y asertiva lo dice todo.

Camino por el salón.

—Se quedó en casa.

—¿Quién?

No le gusta que le haga trabajar.

—Lucas.

Pausa.

—¿Se quedó… hablando?

—No.

Silencio más largo.

—¿En tu casa?—pregunta impaciente.

—Sí.

—¿En tu cama?

—Sí.

Exhalo.

—Nos acostamos—concluyo al fin.

Lo digo rápido. Como si así pesara menos.

Silencio.

Luego una risa breve.

—¡¡Por fin!! —exclama riéndose.

—No es gracioso.

—Es coherente, se veía venir, había mucha tensión contenida entre vosotros, había que soltarla de alguna forma.

—Se ha ido esta mañana—le corto porque mi amigo se monta muchas películas solo.

—Eso también es coherente.

Me dejo caer en el sofá.

—Ha dicho que no fue un error.

—Bien.

—Pero que quizá no debería haber pasado ahora.

—¡Ah!

Ese "ah" que significa: estaba pensando mientras tú estabas sintiendo.

—Estoy escribiendo su artículo —digo.

—Maravilloso. Drama estructural perfecto—suelta y juro que lo mato.

—No puedo concentrarme.

—Claro que no puedes. Te has acostado con el protagonista—concluye y si pudiera sacar la mano por el teléfono lo estrangularía.

—No lo digas así.

—¿Cómo quieres que lo diga? ¿"Colaboración editorial avanzada"?

Le odio.

—No quiero que el artículo suene contaminado.

—Todo lo que escribes está contaminado por ti. Esa es la gracia cariño.

Silencio.

—Estoy cabreada —admito.

—¿Con él?

—Con el "ahora".

—No se fue arrepentido, ¿verdad?

—No.

—Se fue pensando que no era el momento.

Eso duele más. Álvaro siempre sabe que decir pero siempre duele.

—No quiero que esto cambie el bar.

—Demasiado tarde.

Miro el techo.

—¿Te gusta? —pregunta.

No tardo.

—Sí.

—Entonces deja de fingir que esto es solo un artículo.

—No quiero perderlo.

—Entonces no lo conviertas en texto todavía.

Esa frase me frena.

—¿Qué hago?

—Escribe. Pero no desde la resaca emocional. Escribe desde lo que sabes de él. No desde lo que sientes ahora mismo.

Silencio.

—Y cuando lo veas —añade— no hables del artículo primero.

—¿De qué hablo?

—De lo que pasó.

Maldito.

Cuelga.

Siempre me deja sin excusas.

***

Vuelvo al portátil.

Lo abro.

Respiro.

Escribo:

Esta no es una historia para equilibrar nada. Es una historia porque alguien decidió contarla, aun sabiendo que contar cambia la forma en que lo miran.

Me detengo.

Borro.

Lucas se fue. Sí.

Pero dijo que sí.

Y quizá lo que me molesta no es que se haya ido.

Es que ahora ya no puedo escribir sobre él desde la distancia.

Ahora lo conozco de otra forma.

Y eso no se edita.

Capítulo 32

Tras colgar el teléfono solo hay: silencio. El cursor sigue parpadeando como si tuviera algo que demostrar.

Yo no. No he pasado por el bar. No le he escrito. No he pedido explicaciones.

He venido directa a trabajar.

Adultísima. Mi conciencia se aclara la garganta.

«*Claro. Muy madura. Huir siempre ha sido tu estrategia más sofisticada*».

—No estoy huyendo.

«*No. Estás "priorizando". Que suena más profesional*».

Respiro hondo. No estoy triste. Estoy enfadada.

Porque si tan mala idea era, podría haberlo pensado antes. Porque si tan consciente es, podría haber evitado el tono didáctico a las nueve de la mañana. Porque si "ahora no", el ahora lo decidió él.

«*Ah, el orgullo. Qué rápido aparece cuando alguien no se derrumba después de acostarse contigo*».

—No quería que se derrumbara.

No. Querías que se quedara un poco más.

Eso, eso molesta. Miro la pantalla. Intento escribir algo. Lo que sea. Una frase neutral. Profesional. Limpia.

Borro. Otra. Borro.

Siempre has sido valiente escribiendo sobre hombres que te hicieron daño. Curioso que te bloquees con uno que no lo ha hecho.

—No me ha hecho daño.

Todavía.

Aprieto los dientes.

—No empieces.

«*¿No empiece qué? ¿A recordarte que ahora mismo no sabes si ir al bar o fingir que eres de acero?*»

Miro el reloj. Tengo que entregar algo antes de las seis. Tengo un protagonista que ahora mismo no es solo eso.

Y tengo una sensación incómoda de que, por primera vez, no estoy escribiendo desde la distancia sino desde el centro.

«*Te molesta que se haya ido pensando*».

—No se fue pensando. Se fue… consciente.

«*Exacto. Y tú querías que se fuera un poco menos lúcido*».

Eso es injusto. Y cierto. Me inclino hacia el teclado.

—Trabajo —murmuro—. Vamos a trabajar.

«*Sí. Escribe. Pero no olvides que esta vez no estás analizando a un hombre. Estás implicada*».

El cursor sigue ahí. No he pasado por el bar. Pero el bar está aquí. Y lo peor no es que me guste. Lo peor es que, si esto sale mal, no perderé solo un tema. Perderé un sitio donde me sentía cómoda.

«*Y eso sí te asusta*».

Silencio. Sí. Un poco .El cursor sigue parpadeando.

Mi conciencia sonríe.

«*Excelente timing el tuyo*».

—¡Cállate! —grito en voz alto a mi conciencia.

Miro la pantalla. Respiro. Intento volver a la frase que no avanza. El móvil vibra. Número conocido. Lucas.

Me quedo mirándolo un segundo más de lo necesario. Lo abro.

Lucas: *¿Cómo va?*

Eso es todo. Nada más. Ni artículo. Ni nosotros. Ni "hola".

Solo: *¿Cómo va?*

Mi conciencia aplaude despacio.

«*Magnífico. El protagonista preguntando por el texto mientras tú sigues procesando la mañana*».

No contesto.

Vuelvo a leer el mensaje.

Podría estar preguntando por el artículo. Podría estar preguntando por mí. Podría estar manteniendo distancia con elegancia.

Maldita ambigüedad.

Escribo. Borro. Vuelvo a escribir: *Avanzando.*

Demasiado frío. Borro.

En ello.

Demasiado neutro.

«*¿En ello como periodista o como mujer que no sabe qué hacer contigo?*»

—Cállate.

Dejo el móvil boca abajo. No voy a sobreactuar. No voy a leer más de lo que hay.

Es un mensaje breve. Yo puedo ser breve. Lo vuelvo a coger.

Vera: *Trabajando en ello.*

Enviar.

El mensaje pasa a entregado. Luego a leído. Y nada más.

Silencio. Miro la pantalla como si fuera a parpadear otra vez. Nada.

Mi conciencia carraspea.

«*Ah. El elegante arte de dejar en visto*».

—Estará trabajando.

«*Claro. Porque tú no lo estás*».

Dejo el móvil boca abajo. Lo vuelvo a girar. Nada. Vuelvo a ponerlo boca abajo.

—No pasa nada —murmuro.

«*Solo te acabas de acostar con él y ahora no sabes si el "cómo va" era profesional o emocional. Nada importante*».

Respiro hondo.

No necesito que conteste. No hemos firmado nada. No hay cláusulas de seguimiento post-noche.

El cursor parpadea. Intento escribir. No puedo.

Mi cabeza empieza a construir escenarios que no he pedido.

Que si fue impulso. Que si está marcando distancia. Que si el "ahora" era un aviso. Que si el mensaje era solo cortesía profesional.

«*Te molesta que no haya añadido nada más*».

—No.

«*Te molesta que no haya añadido un "¿y tú?"*».

Eso.

¡Maldita sea!

No quiero que me pregunte cómo estoy. Pero quiero que quiera preguntarlo. Me reclino en la silla. Esto es ridículo.

Tengo una fecha de entrega. Tengo una jefa que quiere claridad. Tengo un artículo pendiente.

Y estoy analizando un visto.

«*Siempre has sido brillante diseccionando estructuras de poder. Ahora estás atrapada en dos palabras y un doble check azul*».

Cierro los ojos. No es el mensaje. Es lo que no dice. Y lo que no dice pesa más. Vuelvo a mirar el móvil. Nada. Perfecto. El silencio ya no es neutral. Ahora es tensión. Y la tensión, cuando no se resuelve, empieza a crecer sola.

Capítulo 3 3

El cursor parpadea. Respiro.

—Escribe —murmuro.

Empiezo. No pienso demasiado. No analizo. No afilo. Escribo. Frases correctas. Ordenadas. Educadas. Mi conciencia se estira en la silla imaginaria.

«*Qué formal todo*».

No le hago caso. Sigo escribiendo. No hay filo. No hay ironía. No hay ese pulso que suele tensar cada párrafo.

Solo estructura.

«*Vaya. Has descubierto el género "perfil sin personalidad"*».

Aprieto los dientes.

—Estoy siendo objetiva.

«*Estás siendo prudente. Que es peor*».

Sigo.

Borro menos de lo habitual. No porque esté mejor. Porque no tengo energía para discutir conmigo misma Escribo como quien cumple. Como quien quiere terminar algo para que el día acabe.

Mi conciencia vuelve.

«*No suena a ti*».

—No todo tiene que sonar a mí.

«*Claro. Sobre todo cuando te da miedo sonar demasiado a ti*».

Eso golpea. Sigo escribiendo, lo leo. Es correcto. Es limpio. Es… intercambiable. Eso es lo peor.

Guardo el documento. Lo miro unos segundos. Lo envío.

Asunto: Borrador.

Enviar.

El correo desaparece. Silencio. Mi corazón late más rápido de lo que debería para algo que hago cada semana. Mi conciencia sonríe.

«*Sabes que no es bueno*».

—Es funcional.

Es cobarde.

Miro el reloj. Cinco minutos. Diez. Quince. El correo entra.

Clara.

Lo abro. Una sola línea. Esto no eres tú. Nada más. Ni saludo. Ni explicación. Ni adjetivos. Solo eso.

Me quedo mirando la pantalla. Mi conciencia, por primera vez, no dice nada. Y eso es peor. No me ha dicho que esté mal. No ha dicho que sea flojo. No ha dicho que no sirva. Ha dicho que no soy yo.

Y eso duele en un sitio distinto. Porque puedo corregir un texto malo. Pero no sé muy bien cómo se corrige dejar de ser una misma.

Respiro.

Vuelvo a leer la frase. Esto no eres tú. No es un ataque. Es un diagnóstico. Y por primera vez en mucho tiempo, me pregunto si estoy escribiendo con miedo.

***

No debería ir. Voy.

«*Excelente. Siempre has gestionado bien la combinación orgullo + falta de sueño.*

—Cállate.

El bar está casi vacío. Es tarde. Dos mesas al fondo. El resto, silencio.

Lucas levanta la vista cuando entro. No sonríe. Eso ya me irrita.

—Hola —dice.

—Hola.

Dejo el portátil sobre la barra.

—Necesito que leas algo.

«*Traducción: dime que todavía soy buena en algo*».

Lucas fija la vista en la pantalla y lo lee detenidamente. Yo me quedo de pie, rígida. El zumbido de la nevera suena más fuerte que su respiración.

Mi conciencia susurra:

«*Todavía puedes decir que es un borrador provisional*».

No lo hago. Lucas termina. Cierra el portátil con cuidado. Demasiado cuidado.

—¿Y? —pregunto.

—¿Quieres que sea honesto?—le miro como si fuera idiota.

—No he venido a que me acaricies el ego.

«*Mentira. Has venido exactamente a eso*».

Lucas apoya las manos en la barra.

—No es malo.

«*Respuesta incorrecta*».

—Pero no eres tú.

Otra vez. ¿En serio él también?

—¿Qué significa eso?—le respondo con tono hostil.

—Que parece que estás conteniendo algo.

—Estoy siendo profesional.

—No. Estás amortiguando.

La palabra prende.

—Es tu historia. No quiero invadirla.

—No la invades cuando escribes. La invades cuando te escondes.

Silencio.

—Clara ha dicho lo mismo —digo intentando no ser ofensiva aunque me está costando mucho contenerme.

—Entonces quizá deberías escucharnos.

Mi conciencia aplaude despacio.

«*Dos personas. Mismo diagnóstico*».

La rabia empieza a subir.

—No necesito que me expliquéis cómo sueno.

—No te explico cómo suenas. Te digo que esto no tiene pulso.

—¿Y anoche sí?

Ahí.

Lucas me mira perplejo creo que ahora entiende más el texto.

—Anoche no estabas filtrando cada palabra.

—Anoche no me dejaste con un "quizá no debería haber pasado ahora".

Silencio.

Eso no lo esperaba.

—No me fui por arrepentimiento —dice.

—Te fuiste demasiado tranquilo—respondo cortante.

—¿Cómo querías que me fuera? ¿Dramático?

—Un poco menos correcto.

—No iba a fingir algo que no era.

—¿Y qué era?—pregunto fuera de mí.

—Algo que cambia cosas.

—Lo cambiaste tú cuando decidiste irte así.

—No me fui así. Me fui pensando.

—Exacto.

La palabra se clava.

Mi conciencia interviene:

«*Te molesta que estuviera más lúcido que tú*».

—Estoy enfadada —digo.

—Lo sé.

—No. No lo sabes.

—Sí lo sé. Pero esto no va de eso.

—Claro que va de eso.

El portátil está entre nosotros.

—Estoy intentando escribir tu historia —añado— mientras intento entender qué demonios fue lo de esta mañana.

—No mezcles las cosas, Vera.

Eso es gasolina.

—¿Qué no mezcle? Me acosté contigo. Estoy escribiendo sobre ti. Y tú me dices que no sueno a mí.

—Ahora estás escribiendo desde el enfado y no estás siendo tú.

Silencio.

Eso me golpea.

—¿Ah sí?

—Sí.

Mi conciencia sonríe con malicia.

«*Touché*».

—Estoy enfadada contigo —digo—. No con el texto.

—Pues entonces no escribas desde eso.

—¿Y desde dónde escribo? ¿Desde la serenidad con la que te fuiste?—intervengo dañina.

La tensión sube.

—No me fui huyendo.

—Te fuiste poniendo distancia.

—Porque esto no es bueno para los dos.

—En eso te doy la razón.

Silencio.

El portátil me mira desde la barra.

Mi conciencia susurra:

«*Romperlo sería más fácil que admitir que te importa*».

Lo agarro.

—Tenéis razón—se oye una voz desde el fondo.

Lucas frunce el ceño.

—Vera… no hagas eso.

—Clara dice que no soy yo. Tú dices que no soy yo. Perfecto. Quizás ya no deba escribir más.

Y Lo suelto porque es lo que siento.

Cae al suelo. El golpe es seco. Una tecla salta por los suelos. Algo dentro de mí también.

—¿Sabes lo que significa que me digas que no soy yo? —mi voz ya no es irónica—. Significa que lo único que siempre he sabido hacer ahora tampoco funciona.

—No he dicho eso.

—Lo has dicho sin decirlo.

—He dicho que estás escribiendo desde la rabia.

—¡¡Porque estoy enfadada!!

Silencio.

—¡¡Contigo!!

Eso queda ahí. Claro. Desnudo. Lucas baja la voz.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Porque tú puedes irte tranquilo. Yo me quedo aquí intentando que todo tenga sentido.

Mi conciencia, por primera vez, no comenta.

—Igual no debería escribir nada —suelto—. Igual necesito parar.

—No tomes esa decisión ahora—intenta tranquilizarme.

—¿Cuándo? ¿Cuándo deje de estar enfadada contigo?

Silencio.

—No quiero escribir algo que nazca de esto—le respondo con las lagrimas apunto de brotar de mis ojos al ver el desastre que he formado con lo del portátil.

—Entonces espera.

—No puedo. Tengo una fecha. Tengo una jefa. Tengo un nombre que mantener.

Señalo el portátil roto.

—Y parece que ni siquiera eso está a la altura.

Lucas da un paso.

—No estás perdiendo tu voz—me dice para intentar arreglarlo.

—Pues ahora mismo no la reconozco.

Recojo el bolso.

—Vera… —susurra intentando acercarse a mí, pero me aparto.

—¡¡No!!

Abro la puerta.

—Y si estoy escribiendo desde la rabia… quizá sea porque todavía no he terminado esta conversación, pero ya no puedo más…

Salgo.

El aire frío me golpea. Estoy enfadada. Con él. Conmigo.

Con el "ahora".

Y lo peor no es que haya roto el portátil.

Es que, por primera vez, no sé si quiero escribir para entender lo que siento…o dejar de escribir para no tener que hacerlo.

Capítulo 3 4

La puerta se cierra. Lucas no se mueve. Durante unos segundos el bar vuelve a ser un bar. Una mesa al fondo. Dos clientes que miran y luego deciden no mirar.

En el suelo, el portátil. Una tecla separada del resto. Se agacha, lo recoge, lo abre.

Pantalla negra. Pulsa el botón de encendido. Nada. Suspira. No enfadado ni ofendido sino preocupado.

—Mierda —murmura.

No por el ordenador. Por la frase.

«*Igual dejo de escribir*».

Eso sí le inquieta. Se queda de pie detrás de la barra con el portátil roto en las manos. Repasa la discusión. No recuerda haberle atacado. Recuerda haber sido honesto. Quizá demasiado. Se apoya en la barra.

Entiende algo tarde: no discutían sobre el texto. Discutían sobre lo que había pasado por la mañana. Y sobre el "ahora". Y sobre el miedo.

Mira la puerta por donde salió. No va detrás. No porque no quiera. Porque sabe que ahora mismo cualquier palabra sería gasolina.

Deja el portátil en la barra. Lo mira como si pudiera arreglarse solo. No puede. Y lo que se ha roto no es solo plástico.

***

Camino rápido. No miro atrás.

«*Brillante salida. Muy teatral*».

—Cállate.

Subo las escaleras de casa sin quitarme el enfado. Entro y cierro de golpe la puerta. Silencio. Ahora sí. Me apoyo en ella. Respiro fuerte.

—No necesito su validación.

«*Claro. Por eso fuiste*».

—No fui por validación.

«*Fuiste porque Clara te desmontó y querías que él te devolviera algo*».

Eso duele. Camino hasta el sofá. Me dejo caer de golpe. Estoy enfadada. Con él. Con Clara. Conmigo. Porque tienen razón. Porque estoy escribiendo desde la rabia. Porque me fui antes de que pudiera decir algo más.

«*Y porque te importa más de lo que querías admitir*».

Me tapo la cara con las manos.

—No voy a dejar de escribir.

«*Lo dijiste*».

—Estaba enfadada.

«*Estás mucho más que enfadada*».

Silencio.

La casa está demasiado quieta. Sin el ruido del bar. Sin su voz. Sin el portátil. Miro mis manos. No tengo nada. Ni texto. Ni ordenador. NADA.

«*Siempre has sido valiente cuando el enemigo estaba fuera. Ahora está dentro*».

—No dramatices.

«*No estoy dramatizando. Estoy observando*».

Me levanto. Me quito los zapatos. Voy al dormitorio. Me tumbo. La rabia empieza a bajar un grado, luego dos y después: Miedo.

¿Y si Clara tiene razón?

¿Y si Lucas tiene razón?

¿Y si no soy tan buena cuando no estoy luchando contra algo?

«*¿Y si esto no va de talento sino de identidad?*»

Cierro los ojos. No quiero pensar. No quiero revisar la conversación. No quiero analizar el "anoche no sonabas así". Me doy la vuelta. Me tapo hasta la cabeza como si tuviera ocho años.

«*No se arregla durmiendo*».

—No.

Pero al menos, durmiendo, no escucho. El cansancio es más fuerte que la rabia. Más fuerte que el orgullo. Más fuerte que la conciencia. Y poco a poco, me sumo en un profundo sueño. No porque esté en paz sino porque estoy agotada.

***

El móvil vibra en la mesilla. No lo cojo. Estoy medio dormida. Medio enfadada. Vuelve a vibrar. Abro un ojo. Lucas. Lo dejo ahí. Mi conciencia murmura:

«*Contéstalo*».

No. Cinco minutos después, lo miro.

Lucas: *Lo siento por lo del portátil.*

Nada más. Sin "por lo de antes". Sin "por la discusión". Solo eso. Mi orgullo se incorpora primero que yo. No contesto.

«*Es una disculpa*».

—Es logística.

«*Es un gesto*».

—Es culpabilidad técnica.

Bloqueo la pantalla. Me doy la vuelta. No voy a facilitar esto. Si quiere arreglar algo, que lo arregle bien.

Silencio.

Pasan quince minutos. Luego media hora. El móvil no vuelve a vibrar. Bien. Que piense. Que se quede con la duda.

Mi conciencia sonríe.

«*Qué madura*».

—Cállate.

Intento dormir otra vez. No puedo. Estoy demasiado despierta por dentro. Demasiado consciente de que no he contestado. Demasiado consciente de que quiero contestar. No lo hago.

***

Lucas mira la pantalla. Sin respuesta. Suspira. No insiste. No escribe otro mensaje. Mira el portátil roto sobre la mesa del bar. Pantalla inerte. Tecla fuera. Lo cierra. Se queda pensando un segundo más de lo que admitiría. Luego toma una decisión.

***

Una hora después llaman al timbre. Tardo en reaccionar. ¿Quién…? Miro el reloj. Demasiado tarde para visitas. Mi conciencia susurra:

«*Si es él, no abras*».

Claro. Me levanto. Camino hasta la puerta. Miro por la mirilla. Es él. Con algo en las manos. Abro.

—¿Qué haces aquí?

Lucas sostiene el portátil roto. Y una caja. Nueva.

—No contestabas.

—Eso no significa que puedas presentarte en mi casa a estas horas...

—Lo sé.

Silencio.

Me tiende el portátil roto.

—Esto es mío ahora.

Frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—Lo rompiste en mi bar. Lo arreglo yo.

Luego levanta una caja.

—Y esto es tuyo.

La reconozco al instante. Ordenador nuevo. Mi orgullo intenta mantenerse en pie.

—No necesito que me compres nada.

—No te lo estoy comprando. Te estoy quitando una excusa para que abandones tu trabajo.

Golpe.

—No tengo excusas.

—Has dicho que quizá dejes de escribir.

Silencio.

Eso duele más ahora que hace unas horas.

—Estaba enfadada.

—Lo sé.

—Contigo —intervengo dañina.

—También lo sé —responde firme.

No hay sarcasmo en su voz. Solo calma. Eso me irrita.

—No puedes arreglar esto con un portátil.

—No estoy intentando arreglar "esto" —Pausa— Estoy intentando que mañana puedas trabajar, si quieres.

Silencio.

El pasillo parece demasiado estrecho.

—No vine a discutir —añade— Eso ya lo hicimos y no tengo ganas de volver a hacerlo.

Una sombra de sonrisa en su cara.

—No vine a pedir nada.

Eso cambia el aire.

—Entonces ¿a qué has venido?

Me mira. Directo.

—A no dejarlo roto.

No sé si habla del ordenador.

Mi conciencia susurra:

«*Ahí está el gesto*».

No cedo. No todavía.

—Déjalo ahí —digo al fin.

Se inclina. Deja la caja en el suelo del pasillo. Me enseña el portátil roto.

—Me quedo con este.

—¿Para qué?

—Para intentar arreglarlo.

—¿Y si no quiero que lo arregles?

—Entonces lo arreglaré igual.

Eso casi me hace sonreír. Casi.

Silencio.

No nos tocamos. No nos acercamos. Pero la tensión ya no es rabia. Es algo más frágil.

—Buenas noches, Vera —dice.

Se gira. Camina hacia el ascensor. No lo llamo. No lo detengo. Cierro la puerta. Me apoyo en ella. Miro la caja en el suelo.

Mi conciencia habla suave ahora.

«*No te está pidiendo que lo perdones*».

—Lo sé.

«*Te está pidiendo que no te destruyas por orgullo*».

Silencio.

Miro la caja otra vez. No la abro. Todavía no. Pero tampoco la saco fuera de casa.

Capítulo 3 5

Cierro la puerta. No abro la caja. No hoy. No voy a convertir un gesto en absolución.

Me quito la ropa. Me meto en la cama. Estoy agotada, pero no tranquila. Mi conciencia ya no es sarcástica. Solo murmura:

«*No todo está roto*».

—Duérmete.

Tardo un buen rato en hacerlo y cuando por fin me quedo dormida, sueño que estoy en el bar. Pero no hay barra. No hay mesas. Solo un espacio vacío. Y en el centro, mi portátil, encendido. La pantalla en blanco. Intento escribir. No sale nada. De repente, las teclas empiezan a caerse solas. Una a una. Sin ruido. Sin drama. Y yo intento recogerlas. Pero cuando las junto en la mano, no forman palabras. Forman mi nombre.

Despierto. Son las cinco y pico. Demasiado temprano. El corazón me late rápido. La caja está en el pasillo, tal y como la dejé cuando me la dio Lucas. La veo desde la puerta del dormitorio. Mi conciencia habla bajo.

«*No es una ofrenda. Es una herramienta*».

Me levanto. Camino descalza. Me siento en el suelo. Miro la caja. No es una forma de rendirse si la abro. Es trabajar. Así es que al final la abro. Ordenador nuevo. Frío. Limpio. Lo saco y lo enciendo. La pantalla ilumina la cocina todavía oscura.

Inicio sesión. La nube hace lo suyo. Mis archivos aparecen. Ahí está todo. No se han ido. No dependen de una carcasa rota. Mi conciencia, esta vez, no se burla.

«*Tu voz no estaba en el portátil*».

Respiro.

Abro el documento, leo lo que escribí ayer. Y lo veo claro. No estaba escribiendo mal, estaba escribiendo a la defensiva.

Comienzo a borrar, no todo pero sí lo justo. Empiezo de nuevo.

No pienso en Clara. No pienso en Lucas. No pienso en el "ahora". Escribo desde lo que sé. Desde lo que vi. Desde lo que él

dijo. Desde lo que yo entendí.

El tono cambia. No es suave. No es rabioso. Es firme. Mi conciencia observa.

«*Ahora sí*».

El cielo empieza a aclararse. No miro el reloj. Cuando termino, no estoy eufórica. Estoy tranquila.

Guardo.

Adjunto.

Asunto: Nuevo borrador.

Enviar.

El correo desaparece de la bandeja con esa sensación absurda de punto sin retorno. Me quedo mirando la pantalla unos segundos más de lo necesario, como si todavía pudiera recuperarlo y añadir una frase más, una palabra que lo protegiera mejor.

No debería esperar respuesta. Sé que Clara madruga, pero también sé que no contesta por ansiedad ajena. Aun así, me quedo allí, inmóvil, con el cursor quieto y el café enfriándose a mi lado.

Mi conciencia no tarda en aparecer.

«*Otra vez pendiente de una respuesta. No aprendes*».

—No estoy pendiente —murmuro, aunque sé que sí lo estoy.

Cinco minutos. Diez.

Intento distraerme ordenando la mesa, doblando la caja del portátil nuevo, recogiendo el plástico con más cuidado del necesario. No es limpieza, es contención.

La bandeja de entrada se actualiza.

Clara.

Demasiado rápido para que haya tenido que pensarlo mucho.

Abro el correo.

Solo una línea.

Ahora sí.

Nada más.

No es euforia. No es orgullo. Es algo mucho más simple: alivio.

Exhalo despacio, como si hubiera estado conteniendo el aire desde anoche. Mi conciencia se cruza de brazos, pero esta vez no tiene el mismo tono mordaz.

«*Curioso. Resulta que no habías perdido la voz*».

—No —respondo en voz baja—. Solo la estaba usando mal.

Releo el correo de Clara una vez más antes de cerrar el portátil, como si necesitara confirmar que esas dos palabras siguen ahí y no han sido producto de una madrugada demasiado intensa.

"Ahora sí."

No hay más. Ni explicaciones, ni matices, ni felicitaciones. Solo eso. Y, sin embargo, siento cómo algo dentro de mí se recoloca con una precisión casi física, como si alguien hubiera ajustado una pieza que llevaba horas fuera de sitio.

No sonrío, pero la presión que llevaba instalada en el pecho desde ayer empieza a disolverse lentamente. No he perdido la voz. No me he convertido en una versión desvaída de mí misma. Simplemente había estado escribiendo desde el lugar equivocado.

Mi mirada se desliza hacia el móvil casi por inercia.

Podría escribirle. Podría decirle que lo he reescrito, que Clara lo ha aprobado, que al final tenía razón en algo. Incluso podría pedirle su correo para enviárselo antes de que se publique y convertir el gesto en una especie de tregua profesional.

Mi conciencia, esta vez menos mordaz y más lúcida, interviene sin levantar la voz.

«*¿Quieres hacerlo por ética… o porque todavía estás buscando su validación?*»

Ahí está la pregunta que no quiero responder.

Bloqueo el móvil y lo dejo boca abajo sobre la mesa.

No.

El artículo no es una moneda de cambio, ni una forma elegante de reiniciar una conversación que terminó demasiado abruptamente. Si quiere leerlo, lo hará como lo hacen los demás: cuando esté publicado, sin privilegios, sin adelantos, sin espacios reservados.

El móvil vibra antes de que pueda pensar demasiado en ello.

Lucas.

Lo miro durante unos segundos que se alargan más de lo razonable antes de abrir el mensaje.

Lucas: *¿Todo bien?*

Nada más.

No menciona el portátil. No menciona la discusión. No menciona la madrugada ni el silencio posterior. Es una pregunta limpia, casi neutra, que podría significar muchas cosas o no significar ninguna.

Respiro despacio.

No voy a convertir esto en la conversación que todavía no hemos tenido. No ahora.

Escribo:

Vera: *Sí. Todo en orden.*

No añado nada más. Ni explicaciones, ni matices, ni ironía.

Pulso enviar.

La respuesta llega casi de inmediato.

Lucas: *Ok.*

Eso es todo.

Sin punto final. Sin comentario adicional. Sin intento de alargar la cuerda.

La pantalla vuelve a quedarse en silencio y, por primera vez desde que empezó todo este pequeño terremoto, el silencio no me resulta hostil.

Mi conciencia vuelve a aparecer, pero esta vez sin sarcasmo.

«*Dos adultos eligiendo no incendiar nada. Quién lo diría*».

—No es rendición —murmuro—. Es espacio.

Apoyo el móvil boca abajo y lo dejo ahí, como quien decide conscientemente no mirar más por hoy.

No siento victoria ni derrota, y esa neutralidad me sorprende. Es algo mucho más útil: control. El artículo ya no es una herida ni una extensión de la discusión; es un texto terminado, sólido, que sostiene su propio peso sin necesidad de explicaciones externas.

Esta tarde, cuando se publique, no será una provocación ni una reconciliación encubierta. Será simplemente lo que tenía que ser.

Y, por ahora, eso me basta.

***

El artículo se publica a las diez en punto, sin anuncio previo ni ceremonia, simplemente aparece ahí, en la portada digital, con su título limpio y casi inocente:

Vida en modo paralelo

Nos gusta pensar que la ingeniería sentimental compleja suele llevar corbata. Que la doble vida, el relato fragmentado y la mentira sostenida con disciplina casi militar son especialidades masculinas. Nos tranquiliza creerlo.

Spoiler: no lo son.

A veces las mujeres también sabemos ser extraordinariamente eficaces en el arte del engaño. Y cuando lo hacemos, lo hacemos bien. Con agenda organizada, con vuelos reservados y con narrativa coherente.

Que se lo digan a nuestro protagonista.

Un hombre convencido de haber encontrado el amor definitivo. La versión adulta. La estable. La que ya no juega. La mujer con la que uno empieza a hablar de "proyectos", esa palabra que en realidad significa futuro con muebles compartidos.

Cuatro años, sí parece media vida para algunos y algunas, a mí me lo parecen.

Cuatro años de rutinas, fines de semana organizados y confianza tan sólida que incluso decidieron comprar el mismo modelo de teléfono y usar la misma contraseña. Porque cuando el amor es auténtico —o eso creemos— la transparencia se convierte en símbolo.

Hasta que un día coges el móvil equivocado.

Y lo descubres todo. Fotos. Otro hombre. Niños. "Sí, niños".

No un desliz. No una conversación ambigua. No una aventura mal gestionada. Una familia entera con celebraciones, vacaciones y álbumes digitales perfectamente archivados.

Cuando preguntas, no hay lágrimas ni negaciones teatrales. Hay silencio. Un silencio cínico, de esos que solo domina quien lleva años sosteniendo dos realidades sin mezclar calendarios.

Ella trabajaba en otra ciudad. La mitad del tiempo allí. La otra mitad aquí. Independiente, moderna, eficiente. Solo que en esa otra ciudad no solo tenía trabajo,

tenía un marido e hijos, y llevaba años mintiéndoles a todos. Al hombre que creía ser su pareja exclusiva y al que legalmente ya lo era. A los niños. A la logística emocional de dos hogares que nunca debieron coexistir.

¿Cómo os quedáis?

Exactamente así se quedó él. Con el teléfono en la mano y la sensación devastadora de que el amor de su vida tenía, literalmente, otra vida. ***Paralela.***
Y es que compartimos cama con personas cuya biografía real desconocemos por completo. Sabemos cómo toman el café, qué series detestan y qué alergias tienen, pero ignoramos las grietas más profundas de su historia.
El problema no es solo la mentira. Es la arquitectura que la sostiene.

Cinco conclusiones incómodas:

1. *No conocemos a nadie al cien por cien. Compartir contraseña no equivale a compartir verdad.*
2. *La sinceridad no es un rasgo de personalidad; es una práctica diaria. Y cuando se abandona, se hace con disciplina.*
3. *La confianza no es garantía de transparencia. A veces es simplemente comodidad.*
4. *El amor no detecta automáticamente la mentira. De hecho, muchas veces la protege.*
5. *Lo que más duele no es descubrir que hay otra persona. Es descubrir que la narrativa en la que vivías no era real.*

Porque al final, lo que se rompe no es solo la relación. Se rompe la certeza.
Y cuando la certeza se fractura, ya no importa tanto con quién dormías.
Importa quién eras tú dentro de esa historia.
Vera

Durante los primeros minutos no sucede nada, y ese silencio inicial siempre resulta engañoso, porque uno nunca sabe si el texto ha pasado desapercibido o si está a punto de convertirse en algo más grande de lo previsto.

A las diez y doce empiezan a llegar las primeras notificaciones. Discretas al principio, casi tímidas, pero lo suficientemente

constantes como para que el ritmo de las métricas comience a acelerarse. La gráfica de visitas sube con esa rapidez inquietante que siempre me recuerda que una historia, una vez publicada, deja de pertenecer a quien la escribió.

Mi conciencia, menos mordaz que otros días, se asoma con cautela.

«*Esta vez no te están disparando a ti*».

No, no lo están haciendo.

Abro los comentarios y, casi de inmediato, entiendo que el foco ha cambiado de dirección.

"Menuda sinvergüenza".

"Eso no se hace ni al peor enemigo".

"Pobre hombre, cuatro años tirados a la basura".

"Hay que ser fría y calculadora para sostener algo así".

"Las mujeres como esa nos dejan fatal a todas".

Me detengo en esa última frase más de lo necesario, porque en ella hay algo más que indignación: hay necesidad de desmarcarse, de limpiar el género por asociación. No solo se condena el engaño; se condena la representación.

Los comentarios siguen creciendo y el tono no se suaviza, más bien al contrario. Muchas mujeres se vuelcan en la defensa del protagonista anónimo, al que ya han convertido en símbolo del hombre honesto que fue engañado con precisión quirúrgica. Lo compadecen, lo protegen, lo reivindican casi como si fuera un caso propio.

"Ese hombre merece algo mejor".

"Qué manera de jugar con la vida de alguien".

"Que alguien le mande el artículo al marido".

"Eso no es amor, es manipulación pura".

La mujer de la doble vida, en cambio, se transforma en villana pública en cuestión de minutos. No es solo una persona que mintió; es una estratega sentimental, una arquitecta del engaño, una representación incómoda de lo que nadie quiere reconocer.

Mi conciencia interviene con una calma que resulta casi más perturbadora que su sarcasmo habitual.

«*Qué rápido encontramos consenso cuando hay alguien a quien señalar*».

Refresco la página y la avalancha continúa. Hay comentarios inteligentes, otros viscerales, algunos directamente crueles. La indignación colectiva tiene algo de energía eléctrica: se retroalimenta, se amplifica, se justifica a sí misma.

Clara aparece en la puerta del despacho sin necesidad de llamar, como si supiera exactamente en qué momento asomarse.

—Está funcionando —dice con su tono neutro, que nunca celebra ni dramatiza.

—Lo veo —respondo, sin apartar la vista de la pantalla.

—Esta vez no te están cuestionando a ti.

No lo dice con alivio, sino con análisis.

Asiento.

Es cierto. El foco ha cambiado. Yo no soy la incendiaria ni la acusada; ahora la rabia se ha desplazado hacia la protagonista invisible de la historia.

Y, sin embargo, algo dentro de mí no termina de sentirse cómodo.

Porque el artículo no era una invitación al linchamiento, ni una convocatoria para el castigo ejemplar. Era una historia. Una historia incómoda, sí, pero una historia al fin y al cabo.

Vuelvo a leer uno de los comentarios más afilados: "Eso no es una mujer, es una estafa con tacones."

La frase es ingeniosa, incluso brillante en su crueldad, pero no puedo evitar preguntarme en qué momento pasamos de analizar una conducta a deshumanizar a quien la cometió.

Apago la pantalla durante unos segundos y me quedo mirando el reflejo oscuro, intentando ordenar lo que siento. La narrativa ha girado; ahora la opinión pública protege al protagonista y destroza a la antagonista con una contundencia casi moral.

Y la pregunta incómoda aparece sola:

¿Estamos defendiendo la honestidad…o disfrutando del castigo?

El artículo ya no me pertenece. Se ha convertido en un espejo donde cada lector proyecta su propia indignación, sus miedos y sus certezas.

Y eso, como siempre, es la parte más imprevisible de escribir: no lo que dices, sino lo que otros deciden hacer con ello.

Capítulo 3 6

El bar está a medio gas cuando Lucas abre su portátil y entra en la revista. No necesita demasiados segundos para reconocer la historia; desde la primera línea sabe que ese protagonista anónimo que sostiene el texto con dignidad contenida es él, o al menos una versión suficientemente fiel como para que no haya duda posible.

Lo que no anticipa es la reacción.

Empieza a leer los comentarios con una curiosidad casi clínica, como quien observa un fenómeno que no le pertenece del todo, pero a medida que avanza por la pantalla, la expresión de su rostro cambia sutilmente, no hacia la satisfacción ni hacia la reivindicación, sino hacia algo más incómodo y difícil de nombrar.

"Menuda sinvergüenza".

"Eso no se hace ni al peor enemigo".

"Para matarla".

"Que alguien le mande esto al marido".

"Hay que ser un monstruo".

Lucas deja de desplazarse por la página y apoya la mano sobre el trackpad sin moverse, como si necesitara detener físicamente el flujo de indignación colectiva que sigue creciendo ante sus ojos.

No sonríe. No siente alivio. Tampoco experimenta esa validación que, en teoría, debería acompañar a alguien convertido en víctima pública. Lo que siente es una mezcla extraña de distancia y desajuste, porque la mujer que describen los comentarios —esa caricatura de frialdad estratégica— no coincide exactamente con la persona con la que compartió cuatro años de su vida.

Sí, le mintió. Sí, sostuvo una doble vida con una precisión que roza lo insano. Pero también fue alguien con quien rió, discutió, proyectó planes y creyó estar construyendo algo real.

Reducirla a un monstruo simplifica demasiado la historia, y esa simplificación le incomoda más de lo que esperaba.

Continúa leyendo.

"Pobre hombre".

“Seguro que él era un buen tío”.

“Ese tipo merece algo mejor”.

Lucas cierra el portátil durante unos segundos y apoya los codos sobre la barra, mirando el espacio casi vacío del local como si necesitara reconectar con algo tangible. No se siente pobre. Tampoco se siente mártir. A ratos se ha sentido ingenuo, incluso estúpido, pero la compasión masiva no le resulta cómoda.

Lo que más le inquieta no es el ataque hacia ella; es la sensación de que su vida privada ha sido absorbida por una narrativa pública que ya no puede controlar. La historia está fuera, circulando, siendo reinterpretada por personas que no conocen los matices ni los silencios ni las contradicciones.

Y ya no tiene remedio.

***

En la redacción el artículo sigue acumulando visitas y comentarios, y aunque la mayoría respalda al protagonista con una indignación casi protectora, algo en ese volumen de rabia empieza a incomodarme.

No porque el texto haya sido malinterpretado, sino porque el entusiasmo punitivo tiene algo que siempre me resulta sospechoso.

Miro el móvil varias veces antes de decidirme. No escribo por culpa ni por necesidad de absolución; escribo porque el silencio empieza a parecer una forma de cobardía elegante.

Mi conciencia interviene, esta vez sin sarcasmo.

«*No le escribas para defenderte*».

—No voy a defenderme —murmuro, más para convencerme que para responderle.

Abro la conversación.

Escribo. Borro. Vuelvo a escribir.

Finalmente, envío:

Vera: *¿Cómo estás?*

La pregunta es sencilla, pero no inocente. No pregunta por el artículo ni por los comentarios; pregunta por él.

El mensaje se marca como leído tras unos segundos que no se sienten largos, pero tampoco ligeros. Esta vez mi pulso no se

acelera; la ansiedad de ayer ha dado paso a algo más estable, casi sereno.

La respuesta llega.

Lucas: *Bien.*

Nada más.

No es evasivo, pero tampoco es expansivo. Y durante unos segundos pienso que ahí terminará la conversación, hasta que aparece un segundo mensaje.

Lucas: *He leído los comentarios.*

Respiro antes de contestar.

Vera: *Lo imaginé.*

La respuesta tarda un poco más en llegar.

Lucas: *No era lo que buscaba.*

La frase no contiene reproche, y precisamente por eso pesa más. No me acusa de nada, pero deja claro que la reacción colectiva no le produce satisfacción.

Mi conciencia susurra, suave.

Ahora no te pongas a justificar el artículo.

No lo hago.

Escribo con calma.

Vera: *Yo tampoco.*

Porque es verdad.

El silencio que sigue no es tenso, sino denso, como si ambos estuviéramos midiendo el siguiente paso con más cuidado del que solemos admitir.

Finalmente, escribo:

Vera: *¿Hablamos?*

No hay orgullo en esa pregunta, pero tampoco sumisión. Es una invitación limpia, sin subtexto estratégico.

La respuesta llega casi de inmediato.

Lucas: *Sí.*

Y por primera vez desde que todo empezó a complicarse, esa afirmación no suena a tregua forzada ni a negociación emocional. Suena a algo más simple y, quizá por eso, más sólido: la voluntad de no dejar que la historia pública sustituya a la conversación privada.

***

Lucas llega sin prisas, sin portátil bajo el brazo y sin ninguna caja que sirva de metáfora improvisada. Solo llama al timbre y espera, como si supiera que esta vez no hace falta traer nada más que presencia.

Cuando abro la puerta, no hay electricidad descontrolada ni tensión afilada como la última vez; lo que hay es algo más denso y más consciente, una sensación de que ambos sabemos que esta conversación no es una más.

Nos miramos durante unos segundos que no resultan incómodos, pero sí significativos, como si estuviéramos comprobando que seguimos ahí, enteros.

—Hola —dice finalmente.

—Hola.

Mi conciencia carraspea con suavidad, casi divertida.

«*Podrías dejar de mirarlo como si viniera a revisar la instalación eléctrica*».

Lo dejo pasar y cierro la puerta con calma, sin dramatismo. No hablamos de inmediato, pero el silencio no es hostil; es ese tipo de pausa que sabe que lo que viene importa demasiado como para llenarse de frases de cortesía.

Lucas se sienta en el sofá y yo permanezco de pie unos segundos más, como si todavía estuviera decidiendo si esta conversación es una rendición o una declaración de principios.

—He leído todo —dice al fin, sin rodeos.

—Me lo imagino...

No necesito que aclare qué significa "todo".

—El artículo no me molestó —añade con un tono tranquilo—. Lo que me incomodó fue lo que vino después.

Asiento despacio, porque no puedo fingir que no entiendo a qué se refiere.

—A mí también —respondo.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero ya no es tenso, sino reflexivo.

—No quería convertirte en símbolo —digo finalmente, mirándolo de frente—. Ni en víctima. Ni en argumento para nada.

Lucas apoya los antebrazos sobre las rodillas y me sostiene la mirada con una serenidad que no había visto en él la noche del portátil roto.

—Lo sé —responde, y esta vez no suena a concesión, sino a convicción.

Y le creo.

—Pero tampoco quiero que dejes de escribir por miedo a lo que pase después —añade con suavidad.

Mi conciencia interviene, menos mordaz que otras veces.

«*Eso sí es importante*».

—No voy a dejar de escribir —respondo, y me sorprende la firmeza con la que lo digo.

Lucas asiente levemente, como si esa afirmación fuera suficiente por ahora.

—Bien.

No hay discursos, ni grandes declaraciones; solo esa pequeña palabra que, por alguna razón, pesa más que un aplauso.

Me siento a su lado sin teatralidad, dejando que la distancia entre nosotros sea lo bastante corta como para que la conversación ya no tenga que gritarse.

—Lo de aquella mañana… —empiezo, y noto cómo mi voz baja un grado—. Me enfadé porque sentí que te ibas antes de decidir quedarte.

Lucas respira despacio antes de contestar.

—Me fui porque sabía que, si me quedaba, iba a dejar de pensar —dice, con una honestidad que no intenta adornarse.

La frase se queda suspendida entre nosotros, limpia.

Mi conciencia, inevitable, susurra:

«*Eso no lo habías considerado*».

No, no lo había hecho.

—No era arrepentimiento —continúa—. Era miedo.

La palabra no suena grandilocuente, pero cambia el aire de la habitación.

Me doy cuenta de que yo también estaba asustada, aunque en aquel momento lo disfrazara de orgullo herido.

—Yo también tenía miedo —admito, casi en un murmullo.

No hablamos de "nosotros" como concepto ni intentamos definir nada con etiquetas apresuradas, pero la tensión que antes nos separaba empieza a diluirse en algo más estable.

—No quiero ser una historia en tu columna —dice después de unos segundos—. No quiero convertirme en ejemplo de nada.

—No lo eres —respondo—. Y no necesito escribir algo para que exista.

Esa frase, que en otro momento habría sonado a defensa, ahora suena simplemente verdadera.

Lucas acerca su mano a la mía con un gesto lento, como si necesitara comprobar que el terreno es firme antes de apoyarse. No la retiro. Al contrario, dejo que sus dedos encuentren los míos con naturalidad.

El beso que llega después no es urgente ni intenta compensar nada; es un beso que confirma, que no borra lo ocurrido pero tampoco lo utiliza como arma. Es suave, consciente, casi deliberado.

Mi conciencia murmura, con un deje de ironía amable:

«*Así sí*».

No hay prisa, ni dramatismo, ni necesidad de llenar el momento con palabras innecesarias. Las manos encuentran su sitio sin exploraciones exageradas, y la respiración empieza a acompasarse de manera casi imperceptible.

Cuando nos separamos un instante, no es por distancia, sino por claridad.

—¿Te quedas? —pregunto finalmente.

No suena a súplica ni a desafío, sino a elección compartida.

—Sí —responde, sin matices.

Nos levantamos sin ceremonia y caminamos hacia el dormitorio con la sensación de que esta vez no estamos reaccionando el uno al otro, sino eligiéndonos con calma.

La noche no necesita fuegos artificiales ni declaraciones épicas. Tiene cercanía, tiene piel que se reconoce sin urgencia, tiene esa tranquilidad nueva que aparece cuando la tensión ya no gobierna cada gesto.

Más tarde, cuando la habitación queda en penumbra y el mundo se reduce al espacio exacto entre su hombro y mi respiración, mi

conciencia vuelve a aparecer, inevitable.

«*No escribas esto*».

Sonrío en la oscuridad.

—No hace falta —susurro.

Porque algunas cosas, por fin, no necesitan convertirse en texto para ser reales.

Y nos dormimos así, sin guerra ni portazos, con la certeza serena de que mañana, cuando vuelvan el café, el bar y los comentarios del público, no estaremos improvisando.

Estaremos juntos.

Capítulo 3 7

Han pasado varios días desde que *Vida en modo paralelo* vio la luz y, lejos de apagarse, el artículo sigue generando reacciones con una constancia casi sospechosa, como si el público necesitara reafirmarse una y otra vez en su indignación colectiva. Los comentarios continúan llegando en oleadas, algunos bien argumentados, otros viscerales, y siempre aparece ese correo larguísimo que empieza con "Yo nunca suelo escribir, pero…", lo que invariablemente significa que alguien llevaba años esperando la oportunidad de hacerlo.

Clara está satisfecha. No lo expresa con entusiasmo desmedido porque Clara jamás celebra nada como una persona normal, pero la manera en que revisa las métricas cada mañana y la leve inclinación de cabeza cuando los números superan las previsiones del mes dicen más que cualquier aplauso.

—Esto es lo que quiero —me dijo ayer, apoyándose en su mesa con esa mezcla de frialdad y precisión que la caracteriza—. Opinión con impacto.

Impacto.

Es una palabra que en redacción suena a logro y, fuera de ella, a incendio.

Sin embargo, no está tan convencida con el siguiente texto. "El encantador de perros" le gusta, pero no termina de sentirse cómoda con algunos pasajes; le parece "demasiado reconocible", "quizá demasiado frontal", y me ha pedido que ajuste ciertos matices, que suavice alguna parte del segundo tramo para evitar lo que ella denomina "una polémica innecesaria".

—No quiero otro frente abierto —añade con naturalidad.

Asiento, porque sé que tiene parte de razón, pero salgo de su despacho con esa sensación incómoda de estar caminando sobre una cuerda editorial en la que el equilibrio depende de cuánto filo conserve cada frase.

Mi conciencia aparece puntual, con esa ironía que nunca descansa.

«*Traducción: escribe, pero sin molestar demasiado*».

—No es eso —murmuro, aunque incluso a mí me suena débil.

«*Es exactamente eso*».

Por suerte, hay algo que estos días ha sido sorprendentemente sencillo: Lucas.

Nuestra relación se ha ido fraguando con una lentitud que no resulta tibia sino consciente, sin declaraciones grandilocuentes ni gestos teatrales; nos vemos casi a diario, cenamos en mi casa o compartimos el cierre del bar cuando el ruido se apaga, discutimos sobre libros y películas con la misma intensidad con la que antes discutíamos sobre artículos, y, por primera vez, no analizamos cada silencio como si escondiera una amenaza.

Es estable. Es tranquilo.

Y esa tranquilidad, aunque me gusta, también me inquieta un poco, porque siempre he sabido moverme mejor en el conflicto que en la calma.

Esa tarde bajo al bar con la cabeza todavía ocupada por los comentarios de Clara y por las correcciones pendientes del nuevo artículo. Necesito café, rutina y esa sensación de territorio conocido que siempre me ha dado mi rincón junto a la ventana.

Entro y, antes incluso de saludar, busco mi mesa con la mirada.

Está ocupada.

No es que no exista; es que alguien más la está usando. En mi sitio hay una chica joven, de sonrisa fácil y pelo impecablemente brillante, que ríe con soltura mientras Lucas le sirve algo detrás de la barra.

Me detengo un segundo más de lo necesario.

Mi conciencia se inclina hacia mí con deleite.

«*Oh, qué interesante. Han ocupado tu trono*».

—No seas ridícula —me digo en voz baja mientras avanzo hacia la barra.

Lucas levanta la vista y sonríe con esa naturalidad que, en circunstancias normales, me desarma.

—Hola —dice.

—Hola.

No menciono la mesa, pero mi mirada sí lo hace. Él, en cambio, parece no advertir nada fuera de lo habitual.

—Está lleno hoy —comenta mientras termina de cobrar a un cliente.

—Ya veo —respondo, quizá con un matiz que no pretendía incluir.

—¿Un café?

—Sí.

Mientras prepara la taza, la chica vuelve a reír con un sonido que, objetivamente, no tiene nada de ofensivo, pero que en mi cabeza empieza a adquirir un volumen innecesario.

«*¿Te has fijado en que está exactamente en tu sitio?*» susurra mi conciencia.

—No es mi sitio —replico mentalmente.

«*Claro. Solo llevas más de un año sentándote ahí*».

Lucas me sirve el café y añade, distraído:

—Hoy no he podido reservarte nada.

Reservarte.

La palabra me irrita más de lo que debería, quizá porque deja al descubierto que sí considero ese espacio como algo propio.

—No hace falta —contesto con un tono que suena más seco de lo que pretendía.

Lucas se gira hacia mí con atención renovada.

—¿Todo bien?

Y ahí está la pregunta inocente que amenaza con convertirse en detonante.

—Perfecto —respondo, con esa precisión falsa que siempre me delata.

Mi conciencia aplaude despacio.

«*Mentira elegante*».

La chica de la mesa levanta la mano para pagar y Lucas se acerca a ella; se inclina ligeramente para escuchar mejor lo que dice y, aunque el gesto es puramente profesional, mi cerebro decide observarlo con un microscopio innecesario.

«*Qué cómodo todo*», añade la voz interna. «*Tú revisando artículos y ella ocupando tu territorio*».

Bebo el café demasiado rápido, como si el líquido pudiera neutralizar la sensación.

Lucas vuelve a la barra y me mira con más detenimiento.

—Estás rara —dice sin rodeos.

—No.

—Sí.

Su insistencia, lejos de molestarme, me obliga a elegir entre seguir fingiendo o admitir lo absurdo.

—No sabía que mi sitio era rotatorio —suelto al fin, intentando que suene ligero.

Tarda un segundo en entender, pero cuando lo hace, mira hacia la mesa y luego vuelve a mirarme con una sonrisa que no es burla, sino comprensión.

—Vera —dice con calma—, es una mesa.

—Lo sé.

—Y es un bar.

—También lo sé.

Mi conciencia interviene con sarcasmo suave.

«*¿Quieres que también te recuerde que no lleva tu nombre grabado?*»

—He tenido un día largo —añado, porque no quiero que esto se convierta en algo mayor de lo que es.

Lucas baja ligeramente la voz.

—No necesito que compitas con nadie.

La frase me descoloca más que la presencia de la chica.

—No estoy compitiendo —replico, aunque incluso a mí me suena defensivo.

—Bien —responde él con serenidad.

En ese momento la chica se levanta, paga y se va, dejando la mesa libre como si la escena hubiera estado ensayada para resolver el conflicto con mínima logística.

Lucas señala el rincón con un gesto leve.

—Su majestad ya tiene su sitio disponible —comenta con un poco de su particular ironía.

No puedo evitar sonreír, pese a todo. Mi conciencia suspira con alivio.

«*Menos mal que no has declarado la guerra por una silla*».

Me siento en mi lugar de siempre y apoyo la taza sobre la mesa con una sensación que ya no es enfado, sino reconocimiento.

No era la chica.

No era la mesa.

Era esa pequeña punzada que aparece cuando algo empieza a importarte lo suficiente como para temer perderlo, aunque solo sea en una versión mínima y ridícula.

Y si soy honesta conmigo misma, esa sensación me inquieta mucho más que cualquier comentario anónimo en internet.

Porque el verdadero riesgo nunca ha sido escribir sobre el amor.

El verdadero riesgo es vivirlo.

***

Vuelvo a casa con un estremecimiento incómodo que no llega a ser enfado, pero tampoco es tranquilidad, una especie de sonido interno que recorre tu cabeza, que sé que no se justifica racionalmente por una mesa ocupada y, sin embargo, insiste en acompañarme como si hubiera algo más profundo detrás de ese detalle aparentemente insignificante. Dejo el bolso sobre la silla, me quito los zapatos y camino descalza hasta la cocina mientras intento convencerme de que todo ha sido una reacción exagerada a un día largo, a la conversación con Clara, a la presión acumulada de las últimas semanas y no a la presencia perfectamente peinada de una desconocida riéndose en lo que yo, sin haberlo declarado oficialmente, considero mi sitio y también mi chico.

Mi conciencia aparece sin pedir permiso, como siempre hace cuando detecta una fisura.

«*Claro, todo es el contexto, nada tiene que ver con que la chica fuera espectacularmente guapa*».

—No era espectacular —murmuro mientras enciendo el portátil nuevo y observo cómo la pantalla se ilumina con una normalidad que contrasta demasiado con mi cabeza.

«*Ah, entonces solo era suficientemente guapa como para incomodarte*».

Respiro hondo antes de contestarme, porque sé que esa voz no busca respuestas sino reacciones. Me sirvo un vaso de agua y me siento frente al ordenador, dispuesta a retomar "*El encantador de perros*" con la disciplina de quien decide que lo profesional siempre es un refugio más fiable que lo emocional.

Abro el documento y releo el primer párrafo con detenimiento, intentando mirarlo con la distancia que Clara me pidió; no me convence del todo, así que lo vuelvo a leer, cambio un adjetivo, desplazo una frase y elimino una ironía que, aunque me parecía brillante, probablemente era innecesariamente punzante. La palabra "suavizar" resuena en mi cabeza con un eco irritante, porque suavizar nunca ha sido mi especialidad, pero esta vez no siento que esté traicionando mi estilo, sino afinándolo.

Qué aplicada cuando te sientes insegura, susurra la conciencia con una calma peligrosa.

—No estoy insegura —respondo mentalmente, aunque la seguridad, si soy honesta, se ha vuelto un poco más frágil desde que he visto mi mesa ocupada.

Acabas de competir mentalmente con una desconocida por una silla, insiste la voz con precisión quirúrgica.

No era la silla, intento convencerme mientras sigo escribiendo, sino esa sensación sutil de que algo que considero mío puede no serlo tanto como pensaba, esa incomodidad mínima que aparece cuando te das cuenta de que lo estable no es necesariamente permanente.

Trabajo durante casi una hora, ajustando el texto con paciencia, puliendo frases, limpiando excesos, y poco a poco noto que el artículo empieza a respirar mejor, como si también él necesitara desprenderse de algo innecesario. No es la versión definitiva, pero ya no tiene el temblor de la duda, y eso me da una tranquilidad breve pero suficiente.

Entonces el móvil vibra sobre la mesa es Lucas.

Lo miro durante unos segundos antes de abrir el mensaje, consciente de que mi estado de ánimo puede alterar cualquier interpretación.

Hoy no me encuentro demasiado bien. Creo que no iré a tu casa.

La frase es simple, casi neutra, pero su brevedad deja espacio para demasiadas posibilidades, y mi conciencia no tarda en aprovecharlo.

«*Ah*».

—No empieces —murmuro en voz baja.

No estoy empezando, solo observando el *timing* perfecto.

Podría ser literal, me digo con racionalidad forzada; podría tener dolor de cabeza, podría estar agotado, podría simplemente necesitar una noche solo. Podría. Y, sin embargo, la inseguridad encuentra una rendija por la que colarse y empieza a instalarse con una eficiencia que me incomoda.

Quizá prefiera descansar… o quizá prefiera no verte hoy.

—Es ridículo —me respondo, intentando mantener la compostura incluso en mi diálogo interno.

«*O quizá esté pensando*».

La palabra vuelve con una precisión casi cruel, porque pensar fue también el motivo que dio aquella mañana antes de irse, y no puedo evitar que la memoria conecte puntos que tal vez no estén conectados.

Vuelvo a leer el mensaje, buscando en él algo que no está escrito, una explicación adicional, una frase que cierre la interpretación. No dice "mañana hablamos", no añade un "lo siento", no incluye ningún detalle que amortigüe la incertidumbre; solo comunica que no vendrá.

Escribo con una calma estudiada.

Cuídate. Hablamos mañana.

Pulso enviar y observo cómo el mensaje se marca como leído casi al instante, como si él estuviera con el teléfono en la mano, esperando. No responde.

Y ese silencio, que en otro momento habría sido neutro, ahora adquiere peso.

«*¿Ves? Ahora el silencio ya no es inocente*», comenta mi conciencia con una serenidad que me irrita más que cualquier sarcasmo.

Dejo el móvil boca abajo sobre la mesa, como si ese gesto pudiera reducir su importancia, y me obligo a no escribir nada más, a no pedir aclaraciones que quizá no necesito, a no convertir una indisposición en un relato dramático que solo existe en mi imaginación.

Apago el portátil, recojo los papeles y me muevo por la casa con una sensación de vacío leve pero persistente. No es que Lucas no venga esta noche, lo que realmente me inquieta; es la rapidez con la que mi cabeza ha construido una hipótesis alrededor de esa ausencia.

Cuando me meto en la cama, la oscuridad amplifica todo alrededor, y aunque intento convencerme de que mañana todo parecerá exagerado, la duda ya ha encontrado su lugar, pequeño pero firme, como una línea casi invisible que atraviesa la calma reciente.

No estoy enfadada, estoy insegura. Y si soy honesta conmigo misma, lo que más me descoloca no es la posibilidad de que algo esté mal, sino el hecho de que me importe tanto que lo esté.

Mi conciencia, antes de que el sueño termine por alcanzarme, susurra con una suavidad que ya no suena cruel sino realista:

Bienvenida al territorio donde el amor deja de ser teoría.

Cierro los ojos sin tener una respuesta clara, consciente de que la inquietud no siempre nace de lo que el otro hace, sino de lo que uno teme perder.

Capítulo 3 8

Me despierto con una sensación extraña que no sé definir del todo, una mezcla de alerta y resistencia que no tiene forma concreta pero que se instala en el cuerpo como una advertencia suave, como si algo dentro de mí supiera que hoy no es un día cualquiera aunque racionalmente no tenga pruebas de ello.

El artículo está listo.

"*El Encantador de perros*" duerme desde anoche en la carpeta de publicación, revisado, corregido y ajustado según las sugerencias de Clara, que logró limar lo justo sin desactivar el filo, y, sin embargo, mientras preparo el café en la cocina, no puedo evitar esa pequeña punzada en el estómago que aparece cuando uno presiente movimiento antes de escuchar el ruido.

«*No lo publiques hoy*».

—No empieces —murmuro mientras apoyo la taza sobre la encimera.

«*No es dramatismo. Es intuición editorial básica*».

Abro el portátil y releo el texto por tercera vez, aunque sé perfectamente lo que dice porque lo he reescrito hasta memorizar el ritmo de cada párrafo. Busco fisuras. Busco exageraciones. Busco algo que pueda convertirse en arma en manos equivocadas.

No lo encuentro.

El retrato es ácido, sí, pero no difamatorio. Es reconocible, pero no identificable. No hay nombres, no hay ciudad, no hay profesión explícita. Solo patrones.

«*Precisamente. Patrones que alguien va a reconocer*».

—Siempre alguien se reconoce —respondo en voz baja, desplazando el cursor sobre una frase concreta.

«*Cambiaría esa línea*».

—No.

«*Es demasiado directa*».

—Es necesaria.

«*Es la que más le dolerá*».

—No escribo para anestesiar.

Mi conciencia suspira con esa paciencia que detesto porque suele tener razón antes que yo.

«*No escribes para anestesiar, pero tampoco para declarar guerra abierta*».

Vuelvo al inicio y releo la introducción. Funciona. Es elegante. Es irónica. No hay insultos, no hay caricatura. Solo una descripción incómodamente precisa de un tipo de hombre que no grita, que no golpea, que no amenaza, pero que consigue que la otra persona dude de su propia percepción con una suavidad casi admirable.

Cierro los ojos un segundo. No estoy exagerando. Estoy describiendo.

«*Estás señalando*».

—Lo mismo.

«*No es lo mismo*».

Apoyo la espalda en la silla y respiro hondo, consciente de que no es miedo lo que siento exactamente, sino la anticipación de algo que todavía no ha ocurrido pero que mi cuerpo parece prever.

El móvil vibra.

Clara.

—¿Lista? —pregunta sin saludo previo.

—Lista.

—¿Segura?

Miro la pantalla. Luego el texto. Luego la ventana.

—Sí.

Clara guarda silencio un segundo.

—Entonces sale en veinte minutos.

Cuelga.

La cuenta atrás siempre es más ruidosa cuando nadie la menciona.

«*Todavía puedes retrasarlo*».

—No voy a retrasarlo.

«*Luego no digas que no te avisé*».

Cierro el documento sin hacer ningún cambio más, aunque el impulso de retocar una palabra, mover una coma o suavizar una metáfora me atraviesa como una última tentación prudente.

No. Está bien. Está equilibrado. Está pensado. Y si molesta, será porque toca algo real.

Miro el reloj. Diez menos tres. La sensación en el estómago no desaparece. Pero tampoco me paraliza.

Porque si algo he aprendido en estos meses es que el silencio previo no siempre es amenaza. A veces es simplemente el segundo antes del impacto. Y le doy a publicar, total no queda otra.

El encantador de perros

Hay hombres que aman a los animales porque los animales no les contradicen, no les cuestionan y, con el adiestramiento adecuado, responden exactamente como se espera de ellos. El problema no es amar a los perros —eso siempre suma puntos—, el problema es cuando alguien confunde educar con dominar y termina creyendo que cualquier relación, sea canina o humana, funciona igual.

Aquí entra en escena nuestro protagonista, un encantador nato que sabía perfectamente cómo sostener una mirada, cómo inclinar la cabeza en el ángulo justo y cómo pronunciar frases como "yo no soy como los demás" con una convicción que habría enternecido hasta a un rottweiler desconfiado. Adulaba a las dueñas con la misma facilidad con la que repartía premios a los perros: una caricia aquí, una palabra suave allá, un "tranquila, confía en mí" pronunciado con esa seguridad que desactiva alarmas internas.

Y durante un tiempo funcionaba.

Porque el encanto, cuando está bien ejecutado, no parece estrategia, parece sensibilidad.

Nuestro encantador sabía escuchar, sabía asentir, sabía repetir las inseguridades ajenas en forma de comprensión profunda. Sabía detectar dónde dolía y colocar la mano justo ahí, no para apretar —al menos no al principio— sino para convencer de que solo él sabía cómo aliviar.

El problema de algunos encantadores es que el espectáculo dura exactamente hasta que sienten que ya no necesitan actuar.

Ahí es cuando el tono cambia.

No de golpe. Nunca de golpe. Eso sería torpe.

Cambia con pequeñas correcciones, con comentarios sutiles que empiezan a cuestionar la percepción ajena: "Estás exagerando", "Eso no fue así", "Siempre dramatizas", frases que, repetidas con suficiente calma, terminan erosionando más que cualquier grito.
Y si alguna vez la paciencia se agotaba —porque no todos los procesos de amansamiento son inmediatos— la firmeza del carácter podía volverse demasiado física en los gestos, demasiado contundente en las maneras. No hacía falta describirlo con dramatismo; bastaba con entender que algunas manos, cuando pierden la paciencia, dejan de ser pedagógicas.
Pero claro, amansar a las fieras no es tarea fácil, y menos cuando la fiera en cuestión empieza a sospechar que no necesita ser domesticada.
Nuestra protagonista, que en un principio confundió intensidad con compromiso y control con protección, terminó descubriendo que el encanto no era un rasgo de personalidad sino una técnica bien practicada. Y cuando empezó a cuestionar el método, el encantador dejó de parecer tan seguro.
Porque los encantadores brillan mientras el público aplaude, pero se descolocan cuando alguien decide no seguir el guion.
Al final, nuestra chica no necesitó grandes discursos ni escenas dramáticas; simplemente entendió que el problema no era su carácter indomable, sino el intento constante de reducirlo. Y como diría mi abuela con una sabiduría que nunca falla: "Hasta luego, Mari Carmen".
Ni encantó a su perro.
Ni la encantó a ella.
Y, sobre todo, no logró domesticar lo que no estaba destinado a ser domesticado.

Cinco conclusiones que conviene recordar antes de contratar a cualquier encantador:

1. *No todo el que sabe manejar silencios sabe gestionar relaciones. A veces la calma es solo una herramienta de control sofisticada.*

2. *La admiración inicial no garantiza respeto a largo plazo. El encanto puede ser estrategia; el respeto, nunca.*
3. *Si alguien cuestiona constantemente tu percepción de la realidad, el problema no siempre es tu sensibilidad. A veces es una técnica de desgaste.*
4. *La intensidad no es sinónimo de profundidad. Y la firmeza mal gestionada nunca es pedagogía.*
5. *No necesitas que nadie te amanse para quererte. Las relaciones sanas no se basan en domesticación sino en equilibrio.*

Porque al final, el verdadero problema no es que existan encantadores. Es que durante demasiado tiempo confundimos encanto con bondad.
Vera.

Capítulo 39

El artículo sale publicado a las diez en punto y, durante los primeros minutos, el silencio resulta casi sospechoso, como si el algoritmo estuviera deliberando con calma si aquello merece incendiarse o pasar discretamente desapercibido; yo intento mantener una apariencia de normalidad, respondo un par de correos irrelevantes y me obligo a no actualizar la página cada pocos segundos, aunque la tentación tenga algo de impulso nervioso difícil de disimular.

«*Dale, refresca. Total, el desastre no va a avisar con educación*».

A las diez y doce aparece el primer comentario, sobrio, casi agradecido: "Gracias por poner palabras a algo que nunca supe explicar", y ese simple gesto digital tiene el efecto inesperado de aflojar un poco la tensión que llevo instalada en el estómago desde que pulsé publicar.

Dos minutos después llega el segundo, más contundente: "Ese tipo de hombres existen y son peores que los que gritan", y a partir de ahí la dinámica se acelera con una rapidez que ya no sorprende, pero que tampoco deja de impresionar, porque cada nuevo comentario parece activar otro, como si la experiencia compartida necesitara permiso para salir a la superficie.

Las lectoras empiezan a escribir relatos breves que no dan demasiados detalles, pero que repiten patrones inquietantemente similares; otras agradecen que se nombre algo que no deja marcas visibles pero sí desgaste constante, y algunas abandonan cualquier diplomacia y lo califican directamente de manipulador, de cobarde o de experto en victimizarse cuando pierde el control del relato.

«*Oh, mira, hoy no eres tú la exagerada. Hoy el villano tiene nombre simbólico y talento para los silbidos*».

No todo es aplauso, por supuesto, porque siempre hay quien introduce matices y recuerda que "también hay mujeres manipuladoras" o que "cada historia tiene dos versiones", y aunque esos comentarios no dominan la conversación, sí añaden esa capa de fricción necesaria para que el debate no se vuelva unánime.

A media mañana Clara se acerca a mi mesa con esa serenidad quirúrgica que adopta cuando algo está funcionando exactamente como esperaba, y mientras observa las estadísticas en la pantalla sin permitir que la satisfacción se traduzca en sonrisa evidente, me dice simplemente que el tráfico está subiendo más rápido de lo previsto y que me prepare, aunque no necesita especificar para qué.

Cerca del mediodía aparece un comentario distinto, y no es el más largo ni el más agresivo, pero sí el más incómodo, precisamente porque evita cualquier exabrupto y se limita a una frase contenida: "Las historias tienen más de una versión. A veces quien escribe no conoce todos los matices". No hay insultos, no hay firma reconocible, no hay dramatismo, solo una afirmación fría que parece responder más que opinar.

«*Ah, este no discute; este mide*».

Lo releo despacio y siento que la temperatura cambia ligeramente, porque ese tono no pertenece al espectador indignado sino a alguien que se siente identificado; Clara, desde su despacho, me pregunta si lo he visto y, cuando asiento, me dice que lo guarde, no porque sea el más ofensivo sino porque es el más estratégico, y el frío suele resultar más peligroso que el resto.

A lo largo de la tarde el artículo empieza a moverse más allá de la web, compartido en redes, citado en hilos y discutido en espacios donde la palabra "manipulación" aparece repetida con una frecuencia que confirma que el texto ha tocado algo reconocible; Lucas me escribe un mensaje breve, "Está fuerte", que no necesita más explicación, porque ambos entendemos que "fuerte" puede significar impacto, pero también exposición.

«*Fuerte es una manera elegante de decir que esto empieza a tener consecuencias*».

Poco antes de las seis, cuando el murmullo digital ya es constante, recepción llama a redacción para informar de que hay un hombre preguntando por la autora del artículo, y mi cuerpo reacciona antes de que mi mente termine de procesarlo, con una tensión que no llega a ser miedo, pero que definitivamente no es indiferencia.

Clara pregunta si ha dado su nombre y la respuesta es negativa, porque prefiere hablar en persona, una insistencia que no es escandalosa pero sí demasiado directa como para resultar cómoda; Clara decide que no baje, que cualquier comunicación debe realizarse por correo, y aunque la situación no escala en volumen ni en dramatismo, hay un intercambio en voz baja en la entrada que se prolonga unos minutos más de lo necesario antes de que la puerta se cierre.

Cuando Clara regresa a mi mesa no parece alarmada, pero tampoco relajada, y con esa neutralidad que la caracteriza me informa de que probablemente recibiremos un correo en breve, una afirmación que no necesita confirmación explícita para que ambas sepamos de quién hablamos.

«*Te lo dije. Los encantadores no soportan que alguien explique el truco*».

La sensación que me despertó esta mañana regresa entonces con más nitidez, no como miedo inmediato, sino como la certeza de que algo acaba de cruzar la frontera entre lo virtual y lo tangible, porque mientras los comentarios se quedan en la pantalla, la presencia física en la recepción convierte la historia en algo menos abstracto.

Y cuando alguien que se reconoce deja de comentar para empezar a moverse, la conversación deja de ser solo viral y empieza a volverse personal.

El correo llega a las seis y veintitrés de la tarde, cuando la redacción empieza a vaciarse con esa falsa tranquilidad de final de jornada que siempre parece anunciar que lo peor ya ha pasado, y el asunto, escrito en mayúsculas discretas pero inequívocas, contiene exactamente las palabras que Clara había anticipado con su serenidad quirúrgica: **REQUERIMIENTO FORMAL**.

Mi estómago no se encoge; se tensa.

«*Bueno, pues ya tenemos título para la secuela*».

Clara me llama a su despacho sin dramatismo, como si estuviéramos a punto de revisar una coma mal colocada y no una posible demanda por difamación encubierta, y cuando me siento

frente a ella, el correo ya está abierto en su pantalla con esa frialdad tipográfica que convierte cualquier amenaza en algo administrativo.

El remitente no es el supuesto encantador, por supuesto, sino un despacho jurídico cuyo nombre transmite exactamente lo que pretende transmitir: solvencia, contundencia y tarifas por hora lo suficientemente altas como para intimidar a cualquiera que no esté acostumbrado a pelear con palabras.

Clara empieza a leer en voz alta con una entonación neutra que convierte cada frase en algo casi quirúrgico.

Se nos informa de que el artículo publicado esa mañana contiene descripciones que, aunque no mencionan nombres propios, resultan "claramente identificables dentro de determinados círculos profesionales", que el retrato supone un "grave atentado contra el honor y la reputación" de su cliente y que, de no retirarse el contenido en un plazo máximo de veinticuatro horas, procederán a iniciar acciones legales pertinentes por daños morales y perjuicio profesional.

Nada de gritos. Nada de insultos. Solo precisión.

«*Qué bonito. Amenaza envuelta en papel timbrado*».

Sigo escuchando mientras Clara avanza por el texto, donde se insiste en que la pieza constituye una representación "distorsionada y tendenciosa" de hechos privados, y que la insinuación de conductas inapropiadas podría interpretarse como una imputación velada de comportamientos sancionables.

Ahí está. La mano.

No mencionada directamente, pero suficientemente sugerida como para doler.

«*Te lo dije. Esa línea era dinamita*».

—No hay nada identificable —digo con una calma que me sorprende incluso a mí.

Clara no levanta la vista de la pantalla.

—Lo sé.

—No hay ciudad.

—Lo sé.

—No hay profesión concreta.

—Lo sé.

Cierra el correo y apoya la espalda en la silla con esa expresión que no es preocupación, sino evaluación estratégica.

—El problema no es si tienen razón —dice finalmente—. El problema es que quieren que dudemos.

Mi conciencia, que hasta ahora se había limitado a observar, decide intervenir con entusiasmo.

«*Claro, dudemos. Retira el artículo, pide disculpas públicas y dedícate a escribir sobre recetas sin gluten*».

No sonrío, pero la ironía me estabiliza.

—¿Lo retiramos? —pregunto, no porque quiera hacerlo, sino porque necesito escuchar la respuesta en voz alta.

Clara me mira como si hubiera sugerido quemar la redacción.

—No.

La rotundidad no es teatral, es técnica.

—No hay nombres, no hay datos verificables, no hay afirmaciones directas de delito, y la interpretación es literaria, no acusatoria. Si quieren demostrar que hablamos de su cliente, tendrán que explicar por qué se han reconocido.

Eso, en términos legales, es una invitación peligrosa.

«*Imagínate en el juicio: "Señoría, me sentí identificado con el manipulador". Maravilloso*».

Clara continúa.

—Contestaremos que defendemos la libertad de expresión, que la pieza no identifica a nadie y que cualquier semejanza con personas reales es fruto de la interpretación subjetiva del lector.

La palabra "subjetiva" flota en el aire con un peso delicioso.

Durante unos segundos guardamos silencio, no porque falten argumentos, sino porque ambas sabemos que esto no es solo una cuestión jurídica, sino emocional.

—Va a escalar —digo.

—Probablemente —responde Clara—. Y cuando escale, seguiremos en el mismo punto.

Me levanto y camino de vuelta a mi mesa con esa sensación ambigua que mezcla orgullo y desgaste anticipado, porque ganar no significa no cansarse, y aunque la adrenalina inicial tiene algo de estimulante, la perspectiva de días de correos cruzados, posibles

comunicados y rumores en redes empieza a dibujar un horizonte menos romántico que el que imaginé cuando empecé esta sección.

El móvil vibra.

Lucas: ¿Todo bien?

Me quedo mirando la pantalla unos segundos antes de responder. No sabía nada de él desde ayer. La verdad es que lo había ignorado tal y como él a mí y esto me sorprende un poco.

«*Dile que todo perfecto, que estás encantada de que te amenacen por describir la realidad*».

Vera: Han enviado un requerimiento por el artículo. Estamos bien.

La respuesta llega casi inmediata.

Lucas: Voy para allá.

Y esa frase, sencilla y directa, tiene un efecto inesperado en mi respiración, como si de pronto la batalla legal dejara de ser únicamente mía y se convirtiera en algo compartido.

«*Vaya, mira tú. El amor no detiene demandas, pero al menos trae refuerzos*».

Apoyo las manos sobre el teclado y releo el artículo una vez más, esta vez no buscando errores sino confirmando intención, asegurándome de que cada línea responde a una experiencia narrada y no a una vendetta personal.

No encuentro nada que retractar.

Solo encuentro incomodidad.

Y la incomodidad, por desgracia para algunos, no es delito.

Cuando Clara sale de su despacho y me mira con una media sonrisa que no es de victoria sino de desafío aceptado, entiendo que esto ya no es solo una publicación exitosa, sino una declaración de principios.

Mi conciencia, antes de retirarse momentáneamente, susurra con esa mezcla de sarcasmo y admiración que rara vez admite en voz alta:

«*Querías escribir sin anestesia. Ahora toca demostrar que sabes resistir sin pedir perdón*».

Y por primera vez desde que empezó el día, la sensación extraña del amanecer deja de parecer advertencia y empieza a parecer

confirmación.

La historia ya no es solo viral. Es incómoda. Y eso, al parecer, duele más que cualquier titular.

Capítulo 4 0

Lucas llega a la redacción con esa mezcla de prisa y contención que solo aparece cuando alguien intenta no parecer alarmado, pero tampoco quiere minimizar lo que está ocurriendo; no trae flores, no trae discursos, trae presencia, que a estas alturas empieza a ser mucho más útil que cualquier frase motivadora.

Clara le saluda con un gesto profesional y nos deja espacio sin teatralizar la situación, como si entendiera que hay batallas que se gestionan en despacho y otras que se resuelven en silencio compartido.

Salimos a la calle porque necesito aire, o al menos la ilusión de que lo necesito, y caminamos unos metros sin hablar, dejando que el ruido del tráfico haga de amortiguador para lo que todavía no he terminado de ordenar.

—¿Estás asustada? —pregunta finalmente Lucas, sin rodeos.

La pregunta no es dramática; es directa.

—No —respondo demasiado rápido.

Mi conciencia no tarda.

«*Mentira parcial. Estás asustada y orgullosa al mismo tiempo. Una combinación preciosa para cometer errores*».

—Estoy… cansada antes de empezar —admito después de unos segundos, intentando que la frase no suene a rendición.

Lucas asiente como si esa respuesta fuera más coherente que la anterior.

—Eso tiene sentido.

Nos detenemos frente a un escaparate cualquiera, porque a veces mirar algo que no importa facilita decir lo que sí importa.

—No me preocupa perder —continúo—, porque no hay nada que perder; el texto está blindado, Clara lo sabe y yo también. Me preocupa tener que defender cada palabra como si escribir fuera un delito encubierto.

«*Bienvenida a la libertad de expresión con cláusulas*».

Lucas me mira con una calma que no es condescendiente, sino sólida.

—Escribir siempre ha sido una forma de señalar algo que alguien preferiría que no se señalara —dice—. La diferencia es que ahora sabes que molesta de verdad.

No sonrío.

—No escribo para molestar.

—No —responde—, escribes para decir lo que otros prefieren que no se diga. Y eso inevitablemente molesta.

Mi conciencia interviene, pero esta vez sin ácido, casi reflexiva.

«*¿Ves? No era guerra. Era consecuencia*».

Respiro hondo.

—Lo que me agota no es él —confieso—. Es la idea de que cada historia pueda terminar así, con un correo formal, con una amenaza, con la sensación de que convertir experiencias en palabras es caminar siempre al borde de algo.

Lucas guarda silencio un instante antes de responder, y ese silencio no pesa.

—¿Y sigues queriendo hacerlo?

La pregunta me desarma más que el requerimiento jurídico.

Porque no habla de este artículo. Habla de la sección. Habla de mí.

—Sí —respondo primero por impulso, y luego más despacio—. Pero no quiero que escribir se convierta en una trinchera permanente.

«*Ajá. Ya estamos llegando al punto interesante*».

Lucas se acerca un poco más, no para abrazarme todavía, sino para reducir esa distancia mínima que a veces parece simbólica.

—Entonces no dejes que lo sea —dice—. Defiende lo que escribes, pero no vivas esperando el siguiente ataque.

Suena sencillo, pero no lo es.

—¿Y si esto escala? —pregunto, no como periodista, sino como mujer que de repente imagina titulares que no le apetecen.

—Escalará hasta donde tenga que escalar —responde—, pero tú no escribiste un nombre, escribiste un patrón. Si él se reconoce, el problema no es tu texto.

Mi conciencia se permite una última pulla.

«*Imagínate explicándole eso a un juez. "Señoría, solo describí un arquetipo." Maravilloso*».

Pero incluso esa ironía pierde algo de filo.

Lucas, finalmente, me rodea con los brazos sin dramatismo, sin promesas grandilocuentes, solo con la firmeza de alguien que no necesita protagonismo para sostener.

—No estás sola en esto —dice en voz baja.

Y la frase, que en otro momento me habría parecido ligeramente cliché, ahora tiene un peso distinto, porque no suena a rescate sino a compañía.

Apoyo la frente contra su hombro y cierro los ojos un segundo, dejando que la adrenalina baje lo suficiente como para distinguir entre amenaza real y anticipación exagerada.

«*Curioso*»susurra mi conciencia con una ironía más suave*,* «*el artículo hablaba de no dejarse amansar, y aquí estás, apoyándote sin domesticarte*».

No le respondo.

Porque, por primera vez en todo el día, la tensión no está en el correo del abogado ni en los comentarios incendiarios, sino en una pregunta mucho más silenciosa que empieza a tomar forma dentro de mí:

¿Quiero seguir escribiendo desde el filo… o quiero escribir desde otro lugar?

Y esa duda, que todavía no es decisión, tiene más peso que cualquier requerimiento formal.

***

La casa está en silencio cuando entramos, un silencio que no es solemne ni tenso, sino doméstico, casi protector, como si las paredes no estuvieran al tanto de correos formales ni de amenazas jurídicas y solo supieran sostener lámparas encendidas y sofás ligeramente hundidos por el uso.

Lucas deja las llaves sobre la mesa de la entrada y se quita la chaqueta con movimientos tranquilos, sin hacer preguntas inmediatas ni ofrecer soluciones precipitadas, y esa ausencia de

urgencia es exactamente lo que necesito después de un día en el que cada palabra parecía tener consecuencias potenciales.

Yo dejo el bolso en la silla de siempre y me apoyo unos segundos contra la puerta cerrada, como si necesitara comprobar que, al menos aquí, nadie está evaluando mis adjetivos.

«*Enhorabuena. Has pasado de viral a demandable en menos de doce horas. Eficiencia narrativa impecable*».

—¿Quieres vino? —pregunta Lucas desde la cocina.

—Sí.

No dramatizo. Solo sí.

La botella se abre con ese sonido pequeño y cotidiano que, de repente, parece más importante que cualquier notificación digital, y cuando me entrega la copa no dice nada, solo me la acerca como si el gesto fuera suficiente.

Nos sentamos en el sofá sin televisión, sin música, sin distracciones artificiales, y durante unos minutos hablamos de cosas mínimas —el tráfico, el camarero nuevo del bar, una clienta que pidió leche de avena con una solemnidad innecesaria— porque a veces la normalidad es la forma más elegante de sostener el caos.

Pero el silencio vuelve.

Y esta vez no se puede rodear.

—He pensado en retirarlo —digo finalmente, sin mirarlo directamente, como si el simple hecho de verbalizar la idea pudiera restarle fuerza.

Lucas no responde de inmediato, lo cual agradezco, porque la respuesta rápida suele estar contaminada de impulso.

—¿Porque crees que te equivocaste? —pregunta con calma.

—No.

—¿Porque te da miedo?

«*Dile que tú no tienes miedo. Dile que eres de acero editorial*».

—Un poco —admito, antes de que mi orgullo intervenga.

El vino ayuda, pero no anestesia.

—No por la demanda —continúo—. Eso lo podemos ganar. Me da miedo que escribir se convierta en algo que me obligue a estar permanentemente preparada para defenderme ante cualquier cosa.

La frase queda flotando entre nosotros con más peso del que esperaba.

Lucas deja la copa sobre la mesa y se inclina ligeramente hacia mí, no invadiendo, pero acortando la distancia.

—No tienes que decidirlo hoy —dice—. Hoy solo tienes que saber que no estás sola mientras lo decides.

Mi conciencia se cruza de brazos.

«*Qué práctico. Apoyo emocional con garantía incluida*».

Le miro.

—No quiero que esto te salpique —añado—. Ya fue suficiente con tu artículo.

Lucas sonríe apenas, pero no con ironía.

—No me salpica. Estoy aquí porque quiero estar aquí, no porque el algoritmo lo haya decidido.

Eso me desarma más que cualquier declaración de amor elaborada.

Apoyo la cabeza en su hombro y, durante unos segundos, simplemente respiro, dejando que el ruido del día se diluya lo suficiente como para distinguir entre cansancio y derrota.

No me siento derrotada.

Me siento agotada de tener que ser fuerte todo el tiempo.

«*Vaya descubrimiento. Resulta que las mujeres que escriben también se cansan*».

—No quiero dejar de escribir —digo en voz baja—. Pero tampoco quiero escribir desde la rabia eterna.

Lucas pasa la mano por mi espalda con un gesto lento, casi ausente de intención dramática.

—Entonces no lo hagas —responde—. Escribe cuando tengas algo que decir, no cuando tengas algo que demostrar.

La frase me atraviesa con una claridad incómoda, porque quizá, en algún punto, la sección empezó como necesidad y terminó siendo demostración.

Me incorporo ligeramente y le miro, no como periodista ni como autora amenazada, sino como mujer que empieza a plantearse el siguiente capítulo de su propia vida.

—¿Y si un día dejo esta sección? —pregunto.

Lucas no se sorprende.

—Entonces será porque has decidido cerrar una etapa, no porque alguien te haya obligado.

«*Ajá. Ya estamos ensayando el final*».

No sé si sonrío por el vino o por la lucidez. Me acerco y lo beso, primero con suavidad, como si necesitara comprobar que el contacto no tiene cláusulas legales, y después con algo más de firmeza, porque el deseo no desaparece solo porque haya un abogado redactando correos.

No hay urgencia. No hay huida. Solo esa certeza tranquila de que el mundo puede estar moviéndose ahí fuera y, sin embargo, aquí dentro el ritmo es otro.

Sus manos me rodean con cuidado, sin dominar, sin dirigir, sin intentar corregir la postura, y esa diferencia, tan pequeña y tan evidente, me arranca una sonrisa contra su boca.

«*Ves, no todos los encantadores necesitan silbato*».

Nos dejamos caer sobre el sofá entre risas bajas y caricias que no buscan espectáculo sino cercanía, y cuando finalmente nos levantamos para ir al dormitorio no hay dramatismo ni promesas exageradas, solo una complicidad que ya no necesita demostrarse con intensidad constante.

Más tarde, cuando la habitación queda en penumbra y el cuerpo empieza a relajarse, me quedo despierta unos segundos más escuchando su respiración estable a mi lado.

El correo del abogado sigue existiendo. El artículo sigue publicado. Pero por primera vez en todo el día no siento que tenga que defender nada.

Mi conciencia, que rara vez concede treguas, susurra con una ironía casi tierna:

«*Este amor puede que sea viral… pero aquí, al menos, no necesita comentarios*».

Cierro los ojos. Y esta vez sí duermo.

Capítulo 4 1

Me despierto antes que Lucas, no porque haya dormido mal sino porque el cuerpo, cuando sabe que algo está en marcha, decide adelantarse al ruido, como si levantarse primero fuera una forma absurda de controlarlo todo.

La habitación todavía está en penumbra y durante unos segundos me permito esa ilusión de normalidad en la que los problemas solo existen cuando se consultan en una pantalla, pero la tranquilidad dura exactamente lo que tardo en alcanzar el móvil sobre la mesilla.

Tres notificaciones de Clara. Dos llamadas perdidas y un mensaje que no necesita dramatismo para ser inquietante: *Se ha movido*.

«*Ah, maravilloso. ¿Se ha movido qué? ¿El mercado? ¿La bolsa? ¿El encantador ha soltado la correa?*»

Me incorporo con más rapidez de la que pretendía y Lucas, que tiene ese radar extraño para detectar cambios en mi respiración, abre los ojos antes de que yo pueda fingir normalidad.

—¿Qué pasa?

Le enseño la pantalla. No necesita más.

Abro el enlace que Clara ha adjuntado y ahí está: una publicación en redes firmada por un perfil profesional impecable, con foto sobria, tono medido y esa indignación perfectamente calibrada que parece escrita con ayuda jurídica.

No menciona el artículo. No menciona la revista.

Pero habla de "difamaciones disfrazadas de literatura", de "acusaciones veladas que destruyen reputaciones" y de "personas que convierten experiencias privadas en espectáculo sin contrastar versiones".

Es elegante. Es frío. Y está claramente dirigido.

«*Vaya, parece que el encantador también sabe adiestrar párrafos*».

Lo peor no es la publicación en sí, sino la velocidad con la que empieza a compartirse, a comentarse, a convertirse en conversación paralela donde algunos usuarios preguntan directamente de qué está hablando y otros, más rápidos, enlazan nuestro artículo con una precisión casi detectivesca.

—Ya están conectándolo —murmuro, sintiendo cómo la sensación de ayer regresa, pero esta vez no como intuición sino como confirmación.

Lucas se incorpora y se apoya contra el cabecero, leyendo en silencio durante unos segundos que se me hacen demasiado largos.

—Está jugando a la ambigüedad —dice finalmente—. No te acusa directamente, pero está sembrando duda.

«*Clase magistral de victimismo sofisticado. Matrícula de honor*».

El móvil vibra otra vez, es Clara.

"Reunión urgente en media hora".

Ni saludo. Ni dramatismo. Solo acción, típico de Clara.

Me levanto de la cama con movimientos mecánicos, consciente de que el día no va a conceder pausas, y mientras me visto siento algo distinto al miedo: una especie de irritación limpia, casi fría, que sustituye a la tensión nerviosa de ayer.

No estoy asustada. Estoy molesta. Y la molestia, cuando se combina con claridad, suele ser peligrosa.

—Va a intentar colocarse como víctima —digo mientras busco mis zapatos—. Va a decir que no puede defenderse porque nosotros tenemos plataforma.

Lucas se levanta también, sin prisas, pero sin distancia.

—Y vosotros tenéis el texto —responde—. Y el texto no dice su nombre.

Asiento, aunque sé que en la práctica las cosas no funcionan solo con lógica jurídica, sino con percepción pública.

En menos de una hora estamos en la redacción y el ambiente ya no es el de ayer; hay más pantallas abiertas, más susurros contenidos, más personas que fingen no mirar pero miran, y Clara nos espera con esa serenidad afilada que adopta cuando la presión sube.

—Ha contratado comunicación —dice sin rodeos, señalando la pantalla donde otro medio menor recoge sus declaraciones ambiguas como si fueran noticia—. Está insinuando que es él sin decirlo, y eso le permite victimizarse sin asumir la identificación.

«*Brillante. Si va a caer, que caiga con estilo*».

—¿Y nosotros? —pregunto.

Clara me mira con una mezcla de evaluación y confianza.

—Nosotros no hacemos nada… todavía.

Esa pausa es estratégica.

—No vamos a entrar en su narrativa —continúa—. El artículo no menciona nombres, no menciona datos, y no vamos a confirmar ni desmentir nada. Si quiere reconocerse públicamente, que lo haga él.

Hay algo elegante en esa decisión, pero también arriesgado.

El problema es que la conversación en redes ya no gira solo en torno al texto, sino al "caso", a la posibilidad de que haya una disputa legal, y algunos usuarios comienzan a cuestionar si el anonimato es suficiente cuando el retrato es tan preciso.

Mi conciencia se despereza.

«*Ah, la opinión pública, ese jurado popular sin reglamento*».

Lucas permanece a mi lado en silencio, no invadiendo la conversación profesional, pero sin alejarse, y esa presencia constante empieza a convertirse en mi ancla más sólida.

—Esto va a escalar —digo en voz baja.

Clara asiente.

—Sí. Y cuando escale, ganaremos.

No hay arrogancia en su tono.

Solo cálculo.

Sin embargo, mientras vuelvo a mi mesa y observo cómo el contador de visitas sube con una velocidad casi obscena, entiendo que la tormenta no es solo externa; algo dentro de mí también empieza a reorganizarse.

Porque defender el texto es una cosa.

Vivir permanentemente en este nivel de exposición es otra muy distinta.

«*¿Querías viralidad? Aquí la tienes, con banda sonora incluida*».

Respiro hondo. El artículo sigue ahí. Las palabras siguen intactas. Pero ahora no solo están siendo leídas. Están siendo disputadas.

Y cuando una historia deja de ser relato para convertirse en campo de batalla, el ruido ya no es solo digital. Es personal. Y esta vez, la tormenta no tiene intención de pasar rápido.

***

La notificación oficial llega dos días después, no como un escándalo público ni como un portazo cinematográfico, sino como un documento perfectamente estructurado que aterriza en el correo de la revista con la serenidad burocrática de quien sabe que la ley no necesita gritar para intimidar.

Clara me llama a su despacho sin levantar la voz, y esa ausencia de dramatismo es casi más inquietante que cualquier exclamación, porque cuando ella baja el tono suele ser porque la situación ya está en una fase que exige precisión, no reacción.

La demanda no es una sorpresa; es una formalización.

Se nos acusa de vulnerar el derecho al honor, de dañar la reputación profesional del demandante y de insinuar conductas que, aunque no se describen explícitamente como delito, podrían interpretarse como tales por la opinión pública, lo cual, según el texto legal, ya constituye perjuicio suficiente.

«*Qué maravilla. Ahora también eres responsable de la imaginación ajena*».

Leo cada línea con una calma que no siento, intentando separar el lenguaje jurídico de la carga emocional que inevitablemente arrastra, y aunque Clara insiste en que el texto está blindado y que no hay identificación directa ni datos objetivos que sostengan la acusación, lo cierto es que la mera existencia del proceso empieza a pesar más que su posible resultado.

—No te preocupes —dice Clara mientras subraya un párrafo con gesto metódico—. Esto no prospera. No hay base. Lo único que buscan es desgaste.

Y ahí está la palabra exacta. Desgaste .No miedo. No ruina. Desgaste.

«*Como una gotera pequeña que no inunda, pero no deja dormir*».

Salgo de su despacho con la sensación de haber firmado algo invisible, un compromiso no escrito que implica estar disponible para abogados, posibles declaraciones, revisiones de texto y reuniones estratégicas que no estaban en el plan cuando decidí contar historias de amor y desamor con ironía afilada.

En la redacción el ambiente ha cambiado ligeramente; no hay caos, pero sí una tensión contenida, una especie de vigilancia colectiva sobre cada palabra publicada, como si de repente todos fuéramos más conscientes del filo que manejamos a diario.

Lucas me escribe a media mañana para saber cómo va todo, y aunque respondo con un "controlado" que pretende sonar firme, lo cierto es que empiezo a notar algo más sutil que el miedo: una fatiga que no tiene que ver con el proceso legal en sí, sino con la idea de que cada texto pueda convertirse en una trinchera.

Clara aparece de nuevo a media tarde con un dossier bajo el brazo y una expresión que combina eficacia y visión a largo plazo.

—Necesito que te centres en la siguiente publicación —dice, como si estuviéramos hablando de una campaña programada y no de una demanda en curso—. El peor error ahora sería paralizarnos.

La miro.

—¿Te parece buen momento?

—Es el mejor momento —responde—. Si bajamos el ritmo, parecerá que dudamos. Y no dudamos.

Tiene razón. Eso no significa que no canse.

Vuelvo a mi mesa y abro el documento del siguiente artículo, pero las palabras no fluyen con la misma naturalidad que antes, porque ahora no solo estoy escribiendo, estoy anticipando interpretaciones, imaginando posibles lecturas hostiles, calculando qué frase podría convertirse en subrayado jurídico dentro de unas semanas.

«*Felicidades. Has pasado de autora a estratega preventiva*».

Intento ignorar esa voz y escribir como siempre, pero me descubro midiendo adjetivos, suavizando metáforas y dudando ante

cada insinuación, no porque crea que esté equivocada, sino porque sé que alguien podría decidir sentirse aludido de nuevo.

Lucas pasa por la redacción al final del día y me encuentra todavía frente a la pantalla, con la espalda rígida y la mirada fija en un párrafo que he reescrito cinco veces sin quedar satisfecha.

—Estás editando por miedo —dice con suavidad, sin acusar.

—Estoy editando por prudencia —respondo automáticamente.

«*Prudencia es la palabra elegante para autocensura ligera*».

Cierro el portátil de golpe, más cansada de mi propia vigilancia interna que del proceso judicial en sí.

—No quiero que cada artículo sea una posible citación —confieso, y la frase sale más baja de lo que esperaba.

Lucas no intenta convencerme de nada, no me recuerda que vamos a ganar ni me repite que el texto estaba bien escrito; simplemente se sienta a mi lado y deja que el silencio haga su trabajo, como si entendiera que el verdadero desgaste no es legal, sino emocional.

Esa noche, en casa, mientras preparo algo sencillo para cenar y el teléfono vibra con notificaciones que ya no quiero leer, me doy cuenta de que el ruido externo es soportable, pero la idea de escribir siempre bajo la sombra de una posible demanda empieza a erosionar algo más profundo.

No me arrepiento del artículo. No me arrepiento de lo escrito. Me cansa la permanente necesidad de justificarlo.

«*Y tú que querías amor viral. Aquí tienes trendingtopic judicial*».

Apoyo las manos sobre la encimera y respiro hondo, consciente de que el conflicto no está en si ganaremos o no, sino en si quiero que esta sea la dinámica constante de mi trabajo.

Cuando Lucas me abraza por la espalda sin decir nada, siento una mezcla incómoda de gratitud y agotamiento, porque mientras él representa estabilidad y elección, mi sección empieza a parecerme una batalla que ya no sé si quiero seguir librando con la misma intensidad.

Clara cree que debemos seguir publicando como si nada. Y probablemente tenga razón. Pero por primera vez desde que empezó todo, la pregunta no es si puedo resistir, es si quiero.

Y esa duda, pequeña pero persistente, pesa más que cualquier demanda.

Capítulo 4 2

Después de varios días intensos, en el que todo ha sido una guerra, y que al final todo se ha puesto en su lugar con *El encantador de perros*, entro en el despacho de Clara sin tocar, no por rebeldía sino porque, si llamo, todavía podría arrepentirme, y a estas alturas lo único que no quiero es darme margen para dudar de algo que ya he decidido.

Clara levanta la vista con la paciencia justa de quien espera una discusión más sobre tonos editoriales, no una declaración definitiva.

—Necesitamos hablar —digo antes de que ella empiece.

—Siempre necesitamos hablar —responde, dejando el bolígrafo sobre la mesa—. ¿Qué pasa ahora?

Respiro hondo.

—Voy a dejar la columna.

El silencio que sigue no es inmediato, es progresivo, como si la frase tardara unos segundos en encontrar su peso real dentro del despacho.

—No —dice Clara, con una calma peligrosa.

—Sí —respondo tajante.

—No es el momento.

—Precisamente por eso es el momento.

Clara se levanta despacio y camina hacia la ventana, como si necesitara una distancia física para no responder desde el impulso.

—Acabamos de ganar la primera batalla legal —dice—. La sección funciona. Genera conversación. Tiene identidad. ¿Y decides irte ahora?

—No decido irme ahora —respondo—. Lo decidí cuando entendí que ya no escribo desde el mismo lugar.

«*Venga, Clara, dile que está cometiendo el error de su vida. Que se quede por orgullo*».

Clara se gira hacia mí con una mezcla de enfado y decepción que duele más que cualquier reproche frontal.

—Estás cansada —dice—. Eso no es motivo para abandonar algo que has construido.

—No es cansancio —respondo con firmeza—. Es cierre.

La palabra flota entre nosotras. Clara no está acostumbrada a perder. Y menos a perder talento voluntariamente.

En ese momento, la puerta se abre ligeramente y Álvaro asoma la cabeza con esa expresión de quien ha escuchado lo suficiente como para saber que la conversación ha escalado.

—¿Interrumpo o documento el momento histórico? —pregunta con ironía leve.

—No es un momento histórico —dice Clara con frialdad—. Es una equivocación.

Álvaro me mira.

—¿Es verdad?

Asiento.

—Uno más —añado—. Escribiré uno más. Y será el último.

Clara suelta una risa seca que no tiene humor.

—¿Y qué pretendes? ¿Un comunicado dramático? ¿Una despedida épica?

—Un comunicado honesto —respondo.

«*Honesto. Qué palabra tan peligrosa cuando nadie la ha pedido*».

Álvaro entra del todo y cierra la puerta.

—¿Estás segura? —pregunta, pero su tono no es acusador, es protector.

—Sí.

Me observa unos segundos más de lo necesario y finalmente asiente, aunque no le guste.

—No me parece la mejor decisión profesional —dice—. Pero es tu decisión y ante todo debemos respetarla.

Clara lo mira como si acabara de traicionarla.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

—No —responde Álvaro—. Lo que quiero decir es que prefiero que se vaya porque lo ha decidido y no porque la hemos empujado a quedarse.

El despacho se llena de un silencio espeso. Finalmente, Clara suspira.

—Publicaremos un comunicado —dice con frialdad estratégica—. Pero no me gusta.

—No necesito que te guste —respondo—. Solo que lo respetes.

Mi conciencia sonríe con una mezcla de vértigo y orgullo.

«*Bravo. Has quemado el puente con educación*».

El comunicado sale esa misma tarde, breve, claro, sin dramatismos: la autora de la columna cerrará esta etapa con una última publicación en las próximas semanas.

La reacción no tarda en producirse como si fuera un volcán en erupción.

Los comentarios se multiplican con una intensidad distinta a la de la polémica; esta vez no hay debate ideológico ni reproches, sino sorpresa, incredulidad, incluso decepción.

"¿Cómo que la última?"

"No puedes irte ahora",

"Después de todo lo que has dicho".

"Necesitamos más".

La palabra necesitamos aparece más veces de las que esperaba.

Clara entra en la redacción con el móvil en la mano.

—¿Lo ves? —dice—. La gente quiere más.

—Les daré una más.

No suena a concesión. Suena a promesa. Esa noche, cuando vuelvo a casa, siento algo extraño: no alivio, no tristeza, no euforia sino responsabilidad. Porque ahora sí. Ahora el último artículo no puede ser correcto. No puede ser tibio. No puede ser estratégico. Tiene que ser verdadero. Mi conciencia, fiel a su estilo, susurra:

«*Más te vale que el cierre esté a la altura del incendio que empezaste*».

Y por primera vez en mucho tiempo, no me asusta esa exigencia.

***

Estoy sentada frente al portátil desde hace más tiempo del que quiero admitir, con el documento en blanco abierto y el cursor parpadeando con esa insistencia casi ofensiva que parece decirme

que no tiene prisa, que puede esperar todo lo que yo necesite para decidir qué versión de mí va a escribir este último artículo.

"*El mentiroso compulsivo*."

El título está ahí, escrito desde hace rato, como una provocación contenida, como una promesa que todavía no sé si quiero cumplir en los términos en los que solía hacerlo.

Apoyo los codos en la mesa y me paso las manos por la cara, intentando ordenar algo que no es exactamente una idea, sino una intención.

No quiero hacer daño. No quiero molestar. No quiero volver a encender ese mecanismo automático que convierte cada frase en un posible campo de batalla.

Pero tampoco quiero escribir algo limpio, correcto, inofensivo… y completamente olvidable.

«*Vaya dilema. O incomodas o aburres. Bienvenida otra vez*».

—No es eso —murmuro, aunque nadie me ha preguntado.

Escribo una primera frase. La leo. La borro. Demasiado neutra. Demasiado prudente. Demasiado… fácil.

«*Eso no es un artículo. Es una disculpa preventiva*».

Vuelvo a intentarlo, esta vez dejando que la ironía asome ligeramente, apenas lo justo para no incomodar demasiado.

La releo. Funciona pero no respira. No soy yo.

Me echo hacia atrás en la silla y observo la pantalla como si fuera ajena, como si ese texto lo hubiera escrito otra persona que intenta imitarme sin terminar de entender qué hacía que aquello funcionara.

—No quiero volver a lo de antes —digo en voz baja.

«*Claro que no. Lo de antes implicaba asumir consecuencias*».

—No es por eso.

«*Siempre es por eso. Solo que ahora lo llamas "evolución"*».

Cierro los ojos un segundo. No quiero escribir desde la rabia pero tampoco quiero escribir desde el miedo. Y, de repente, entiendo que el problema no es el tono, es la intención. No necesito atacar, no necesito señalar con el dedo. Pero sí necesito decir la verdad. Mi verdad.

Abro los ojos y vuelvo a mirar el documento.

"*El mentiroso compulsivo*."

No es un villano espectacular. No es alguien que grita. No es alguien que rompe cosas. Es alguien que construye versiones de sí mismo tan pulidas, tan convincentes, que la mentira deja de parecer una estrategia y empieza a parecer identidad.

«*Ahí estás. Empieza por ahí. Sin adjetivos grandilocuentes. Sin dramatismo barato*».

Empiezo a escribir otra vez. Más despacio. Más consciente. Sin buscar la frase brillante. Sin buscar el golpe. Solo describiendo. La primera línea se sostiene. La segunda no se disculpa. La tercera no suaviza. Me detengo. No duele, pero tampoco es amable. Es… honesto.

—Vale —murmuro.

Sigo escribiendo. No hay urgencia. No hay ansiedad. Solo una concentración distinta, más limpia, menos reactiva. No estoy pensando en Clara. No estoy pensando en la demanda. No estoy pensando en los comentarios. Estoy pensando en cerrar bien.

«*Qué curioso. Resulta que cuando dejas de escribir para defenderte, vuelves a escribir para decir algo*».

Sonrío levemente, porque tiene razón. Por primera vez en días no estoy midiendo el impacto potencial de cada frase, sino su coherencia con lo que quiero decir.

No hay necesidad de exagerar. No hay necesidad de suavizar. Solo de ser precisa y en esa precisión encuentro algo que creía que había perdido.

No la rabia. No la ironía sino la voz. No es exactamente la misma. No es tan afilada pero tampoco está apagada. Es distinta. Más contenida. Más consciente. Más mía.

«*Vaya. Al final no estabas rota. Solo estabas cansada*».

Sigo escribiendo sin mirar el reloj, dejando que el texto avance sin forzarlo, y cuando me detengo para releer lo que llevo, noto algo que no sentía desde hace tiempo.

No estoy intentando gustar. No estoy intentando evitar problemas. Estoy diciendo algo. Y eso, para cerrar, es suficiente. Apoyo las manos sobre el teclado y dejo escapar el aire lentamente.

—Este sí —digo en voz baja.

Mi conciencia no responde. Y ese silencio, por una vez, no es incómodo. Es aprobación.

Capítulo 4 3

El comunicado ha cumplido su función con una eficacia casi incómoda, no porque buscara emocionar ni generar un impacto inmediato, sino precisamente porque se limita a ser claro, sobrio y definitivo, y en un entorno acostumbrado a amplificar cualquier gesto, esa contención resulta más significativa de lo que parece a simple vista, dejando en el aire una pregunta que nadie formula directamente pero que todos parecen compartir: cómo se va a cerrar aquello.

Durante el día siguiente, la conversación no gira tanto en torno a la decisión en sí, que ya esta asumida, sino alrededor de lo que vendrá después, porque cuando alguien anuncia que se va, lo único que realmente mantiene el interés no es la marcha, sino la forma en la que decide hacerlo, el último gesto, la última palabra, el cierre que convierte una etapa en algo completo o en algo simplemente interrumpido.

Clara, como era de esperar, no tarda en intervenir, aunque lo hace desde esa calma calculada que adopta cuando tiene claro el movimiento que quiere ejecutar.

—Vamos a anunciar el título —dice desde su despacho, sin necesidad de levantar la voz, sabiendo perfectamente que la voy a escuchar—, nada más que eso, sin adelantos, sin fragmentos, sin explicaciones que diluyan lo importante.

Me asomo a la puerta, apoyándome ligeramente en el marco.

—¿Un día antes?

—Exacto —responde, con una precisión que no admite matices —, lo suficiente para generar expectativa sin convertirlo en algo repetitivo, porque si lo alargas demasiado deja de ser interés y pasa a ser ruido.

Asiento sin discutir, no por falta de criterio, sino porque por primera vez en todo el proceso no siento la necesidad de proteger el texto de nada ni de nadie, como si hubiera asumido que el artículo

ya no me pertenece del todo y que lo único que queda es dejar que llegue en sus propios términos.

«*Mira qué bien, al final hasta te dejas dirigir cuando no tienes ganas de pelear*».

Esa misma tarde, la revista publica una pieza breve, casi mínima en su forma, sin artificios ni elementos que distraigan de lo esencial, en la que simplemente se anuncia:

"Último artículo de la columna, mañana a las 10:00. Título: *El mentiroso compulsivo*."

No hay imagen destacada, no hay contexto añadido, no hay explicación emocional que acompañe la decisión, y, sin embargo, el efecto no tarda en hacerse visible, porque precisamente esa ausencia de adornos deja espacio para que la reacción sea más orgánica, más directa, menos condicionada.

Los comentarios empiezan a aparecer con una velocidad distinta a la habitual, no hay polarización ni enfrentamiento, sino una curiosidad compartida que se mezcla con cierta anticipación, como si el título hubiera activado algo que el comunicado por sí solo no había conseguido del todo.

"Ese título promete".

"Espero que no sea suave".

"Que cierre como empezó".

"Ahora sí que no me lo pierdo".

Leo sin prisa, sin esa ansiedad automática de otras veces en las que cada reacción parecía una validación o una amenaza, y me doy cuenta de que esta vez no estoy buscando aprobación ni preparando defensas, sino simplemente observando cómo el texto, sin haber sido publicado todavía, ya está ocupando un espacio que no necesita ruido para sostenerse.

«*Curioso, cuando no fuerzas la reacción… aparece sola*».

El móvil vibra sobre la mesa.

Lucas: Ese título sí es tuyo.

Sonrío, porque en esa frase hay algo más que una opinión, hay una lectura completa de todo lo que ha pasado en los últimos días.

Clara aparece a mi lado sin hacer ruido y observa la pantalla durante unos segundos, deteniéndose en algunos comentarios con

esa mirada suya que convierte cualquier dato en información útil, como si incluso en un momento así no dejara de analizar el comportamiento de quienes están al otro lado.

—Esto es lo que faltaba —dice finalmente—, interés sin necesidad de provocar.

La miro.

—¿Te gusta?

Clara tarda un instante en responder, no porque dude, sino porque elige bien cada palabra.

—Me gusta que quieran leerlo antes de tenerlo —dice—, porque eso significa que no están reaccionando, están esperando, y eso, aunque no lo hayamos buscado nunca de esta manera, tiene mucho más valor del que parece.

«*Traducción: esta vez no necesitas incendiar nada para que te miren*».

Clara se endereza y, antes de volver a su despacho, añade con esa firmeza tranquila que utiliza cuando algo le importa de verdad:

—Mañana no falles.

No suena a orden. No suena a presión. Suena a cierre.

Me quedo unos segundos más frente a la pantalla, viendo cómo el título sigue circulando sin necesidad de explicación adicional, y entiendo que ya no hay nada más que preparar ni nada más que ajustar.

El artículo aún no ha salido.

Y, aun así, ya está diciendo algo.

***

El mentiroso compulsivo

Hay personas que no entran en tu vida haciendo ruido, ni con promesas grandilocuentes, ni con gestos exagerados que obliguen a desconfiar desde el primer momento; al contrario, llegan con una naturalidad perfectamente ensayada, como si encajar contigo no fuera casualidad, sino una habilidad más dentro de su repertorio, algo que han perfeccionado con el tiempo hasta hacerlo parecer espontáneo.

Y claro, tú, que ya vienes con suficientes decepciones acumuladas como para haber aprendido a identificar ciertas señales, decides

confiar precisamente porque no ves ninguna de ellas, porque todo parece fluir sin esfuerzo, sin tensión, sin esa incomodidad que normalmente delata lo que no termina de ser verdad, y en ese equilibrio aparente encuentras una tranquilidad que hacía tiempo que no sentías.

Parece fácil.

Y lo fácil, cuando llevas demasiado tiempo acostumbrada a lo complicado, se vuelve peligrosamente convincente.

Comparte contigo vivencias, referencias, formas de ver el mundo que encajan demasiado bien como para ser casuales, y en muy poco tiempo consigue algo que no es sencillo: que bajes la guardia sin darte cuenta, que te abras sin sentirte expuesta, que confíes sin pasar por ese filtro previo que tantas veces te ha protegido, pero que en ese momento decides ignorar porque, por una vez, nada parece sospechoso.

Y ahí es donde empieza a ganar.

Porque tú hablas, y no hablas por hablar, sino que lo haces desde ese lugar incómodo donde se guardan las cosas que no se cuentan fácilmente, donde aparecen los miedos, los errores, las inseguridades que no siempre encajan en una versión ideal de una misma, y sin darte cuenta empiezas a compartir más de lo que pensabas, más de lo que habías compartido en mucho tiempo.

Y él escucha.

O, al menos, interpreta muy bien el papel de quien escucha.

Asiente, valida, responde con la cantidad justa de información como para construir una sensación de simetría que no es real, porque aunque parece que ambos os estáis abriendo en la misma medida, lo cierto es que la balanza nunca estuvo equilibrada.

Nunca.

Porque el mentiroso compulsivo no necesita grandes historias para sostener su personaje, ni inventar vidas paralelas ni construir relatos imposibles que puedan desmontarse con facilidad; le basta con ajustar pequeños detalles, con omitir lo necesario y, sobre todo, con adaptar su discurso a lo que tiene delante, construyendo una versión de sí mismo que encaja demasiado bien como para ser verdad.

No te dice exactamente lo que quieres oír.

Te dice lo que necesitas oír.
Y esa diferencia, que en otro contexto podría parecer sutil, aquí es la clave de todo.
Porque no es torpe.
No se contradice.
No se expone más de lo necesario.
Se mueve con soltura en esa zona gris donde nada es completamente falso, pero tampoco es del todo cierto, y donde la ambigüedad juega siempre a su favor.
El problema no es descubrir que no era quien decía ser, porque eso entra dentro del margen de decepción que todos, en mayor o menor medida, asumimos cuando conocemos a alguien; el problema real es darte cuenta de que tú sí fuiste exactamente quien creías ser, que todo lo que compartiste, todo lo que abriste y todo lo que entregaste era auténtico, mientras que al otro lado solo había una versión cuidadosamente editada.
Y ahí es donde deja de tener gracia. Porque no duele únicamente la mentira.
Duele el tiempo invertido en algo que no existía como pensabas.
Duele la energía que no va a volver.
Duele haber bajado las defensas que luego tienes que reconstruir con más cuidado, con más distancia y, probablemente, con menos entusiasmo.
Cuando todo salta —porque siempre termina saltando, aunque tarde — no hay una gran escena final ni un momento dramático que justifique el desastre, sino una sucesión de pequeñas incoherencias que, de repente, encajan demasiado bien entre sí, y es entonces cuando entiendes que no estabas equivocada, simplemente no tenías toda la información.
Y no la tenías porque alguien decidió no dártela.
Porque con toda la verdad encima de la mesa, el personaje no habría durado ni lo suficiente como para que te implicaras de verdad.
Y sí, ahí aparece esa sensación incómoda, esa mezcla de rabia contenida y lucidez tardía que te hace cuestionarte no solo lo que ha

pasado, sino cómo no lo viste antes, cómo no detectaste algo que ahora parece tan evidente desde fuera.
Pero la realidad es menos amable: desde dentro no lo era.
Desde dentro encajaba. Y eso también hay que decirlo.
Así que sí, te levantas.
No porque seas invencible, ni porque tengas una capacidad infinita de recomponerte, sino porque no queda otra, porque parar no arregla nada y porque, con el tiempo suficiente, entiendes algo que al principio cuesta asumir: que confiar no fue el error.
El error fue encontrarte con alguien que entiende la confianza como una oportunidad, no como una responsabilidad.
Y eso, por mucho que duela, no habla de ti. Habla de él.

Cinco conclusiones que conviene recordar cuando alguien encaja demasiado bien:

1. *No todo lo que parece conexión es reciprocidad, porque a veces uno se abre mientras el otro simplemente observa, recoge y adapta.*
2. *La vulnerabilidad también puede fingirse, y hay quien ha perfeccionado tanto esa capacidad que resulta indistinguible de la real.*
3. *Los mentirosos más eficaces no exageran, ajustan, y precisamente por eso resultan mucho más difíciles de detectar.*
4. *Sentirse engañada no te convierte en ingenua**,** sino en alguien que confió de forma honesta en un contexto que no lo era.*
5. *No todo el mundo merece acceso a tu verdad, pero eso no significa que debas dejar de tenerla.*

Porque al final, el problema nunca fue que tú sintieras demasiado, fue que alguien no supo —o no quiso— estar a la altura de eso, y aun así, eliges no convertirte en lo mismo.
Vera

***

El artículo se publica a las diez en punto, como siempre, sin anuncios especiales que subrayen lo que ya todos saben, sin titulares inflados ni recordatorios innecesarios, porque en esta ocasión no hace falta empujar nada, ya que la expectativa lleva horas —quizá días— haciendo el trabajo por sí sola, sosteniendo una atención distinta, más tranquila, más consciente.

Estoy sentada frente al portátil cuando aparece en portada, con el título ocupando su lugar exacto, sin más énfasis que el que ya trae consigo, y durante unos segundos no hago nada, no actualizo la página, no busco reacciones inmediatas ni intento anticipar lo que vendrá, porque por primera vez en mucho tiempo no siento esa urgencia de medir el impacto, sino una necesidad mucho más simple: dejar que el texto exista.

«*Venga, no finjas ahora. Sabes perfectamente que vas a mirar*».

Tardo unos minutos. No por resistencia. Por respeto.

Cuando finalmente bajo a los comentarios, la diferencia es evidente desde el principio, no solo en lo que dicen, sino en cómo lo dicen, porque ya no hay prisa, no hay frases impulsivas ni respuestas rápidas que busquen posicionarse, sino mensajes más largos, más pensados, más personales.

"Este no solo se lee, se entiende".

"Duele más porque no grita".

"Creo que todos hemos conocido a alguien así… o hemos sido esa persona sin querer."

Apoyo los codos en la mesa y acerco ligeramente la pantalla, no por ansiedad, sino por una curiosidad que ya no tiene nada de defensiva, sino mucho de reconocimiento.

Los comentarios siguen llegando, y el patrón se repite con una claridad casi emocionante: la gente no está reaccionando al escándalo, está reaccionando a la verdad.

"Gracias por no suavizarlo del todo."

"Se nota que es el último".

"No hace falta que lo digas, pero se siente".

Uno en concreto me obliga a detenerme más de lo que esperaba:

"No sé si al final te vas, pero si es así, gracias por escribir como lo has hecho hasta ahora… incluso cuando no queríamos leerlo".

«*Bueno, parece que no todo el mundo odiaba que incomodaras*».

Respiro hondo, no porque me falte el aire, sino porque algo dentro de mí se recoloca, como si todas esas semanas de tensión, de dudas, de desgaste, encontraran de repente una forma de sentido que no había sido evidente hasta este momento.

Clara aparece a mi lado sin hacer ruido, como ya es habitual cuando quiere observar sin intervenir, y se queda mirando la pantalla durante unos segundos que se alargan más de lo necesario, no porque no entienda lo que está viendo, sino porque está asimilando que esta reacción no es la que siempre ha buscado… pero tampoco es menor.

—Lo están leyendo de verdad —dice finalmente, en voz baja.

—Sí.

No añade nada más durante unos segundos, y ese silencio en Clara es, en sí mismo, una forma de reconocimiento.

—No hay picos —añade después—, pero tampoco hay caída… se está manteniendo.

Asiento. Porque eso también lo veo. No es un incendio. Es algo que permanece.

«*Vaya. Resulta que el impacto no siempre necesita ruido para existir*».

Clara se endereza ligeramente y cruza los brazos, no en señal de defensa, sino como quien acepta un resultado que no había previsto del todo.

—Este texto va a durar —dice—, no hoy, no esta semana… va a durar porque la gente no lo va a olvidar tan rápido.

La miro. No sonrío. Pero lo entiendo. El móvil vibra.

Lucas: No es el mejor.

Me quedo mirando la pantalla un segundo sin entenderlo.

Y entonces llega el segundo mensaje.

Lucas: Es el más tú.

No respondo de inmediato, no porque no sepa qué decir, sino porque esa frase, tan simple, contiene algo que no necesito explicar.

«*Vaya, al final sí que ha valido la pena no escribir desde el miedo*».

Vuelvo a la pantalla y sigo leyendo, ya sin prisa, dejando que los comentarios se acumulen sin necesidad de intervenir, porque esta vez no tengo que defender nada, ni justificar nada, ni responder a nadie.

El texto ya está fuera. Y está haciendo exactamente lo que tenía que hacer.

Cierro el portátil con una tranquilidad que no tiene nada de resignación, sino de cierre bien hecho, de etapa terminada en sus propios términos, sin ruido innecesario, sin giros forzados.

Y mientras apoyo la espalda en la silla, entiendo algo que quizá debería haber entendido antes, pero que ahora llega con claridad suficiente:

No todas las despedidas necesitan decir adiós para ser entendidas.

«*Y esta… ha quedado bastante bien*».

Y por primera vez en mucho tiempo, mi conciencia no suena como una crítica. Suena como un acuerdo.

Capítulo 4 4

Sigo leyendo algunos comentarios más, no porque necesite hacerlo, sino porque hay algo en esa manera distinta de responder que me obliga a quedarme un poco más, como si cerrar la pantalla demasiado pronto fuera una forma de no terminar de asumir lo que realmente significa este momento.

El cursor ya no parpadea. El texto ya no es mío. Y, sin embargo, todo lo que hay ahí dentro lo es.

Apoyo una mano sobre la mesa y dejo que el silencio del entorno, ese murmullo constante de la redacción que tantas veces me sirvió de refugio, se filtre sin necesidad de interpretarlo, mientras siento cómo algo se mueve por dentro con una suavidad incómoda, como si el cuerpo entendiera antes que la cabeza que esto, ahora sí, ha terminado.

«*Vaya, parece que al final sí que te importa*».

Parpadeo un par de veces, no por cansancio, sino por esa sensación inesperada que empieza a acumularse en los ojos y que intento frenar con una naturalidad casi absurda, como si el simple hecho de no darle importancia fuera suficiente para que desaparezca.

No lo hace.

Respiro hondo, despacio, manteniendo la mirada fija en la pantalla aunque ya no esté leyendo nada en concreto, simplemente dejando que el momento pase sin tener que reaccionar de inmediato, porque no hay prisa, porque ya no hay nada que publicar, nada que corregir, nada que sostener.

Han sido semanas. Muchas más de las que parecía al principio.

Historias que no eran mías y que, de alguna forma, terminaron siéndolo. Conversaciones que empezaron como material y acabaron dejando huella.

Personas que confiaron lo suficiente como para convertir sus experiencias en palabras. Y yo, en medio de todo eso, intentando dar forma a algo que no siempre era fácil de contar.

«*Y mírate ahora, emocionada por un trabajo que llevabas diciendo días que querías dejar*».

No respondo a esa voz, porque esta vez no está equivocada.

Bajo la vista un segundo y noto cómo, a pesar de todos los intentos por mantener el control, una lágrima consigue escapar en silencio, deslizándose con una lentitud casi discreta que no busca dramatismo, solo salida.

No me la limpio de inmediato. La dejo estar. Porque tampoco es una derrota. Es un cierre.

Una mezcla extraña de satisfacción y pérdida, de saber que lo he hecho bien y, al mismo tiempo, que no voy a volver a hacerlo de la misma manera.

Cierro los ojos un instante y dejo escapar el aire, como si ese gesto bastara para colocar cada cosa en su sitio, para aceptar que no todo lo que se termina lo hace mal, que hay finales que simplemente llegan cuando tienen que llegar.

Mi conciencia, por una vez, no ataca.

Solo observa.

«*Bueno… al menos no has salido corriendo*».

Sonrío levemente, más por dentro que por fuera, y paso el dedo por la mejilla con un gesto tranquilo, sin esconderlo, pero sin recrearme tampoco en ello.

Clara sigue en su despacho. La redacción sigue funcionando. El mundo no se ha detenido.

Y, sin embargo, para mí, algo sí ha cambiado de forma definitiva. No es tristeza. No es alivio. Es otra cosa. Algo más completo.

Recojo el portátil sin prisa y lo cierro con una suavidad casi simbólica, como si ese gesto marcara algo más que el final de una jornada, como si, de alguna manera, estuviera cerrando también todo lo que ha venido con ella.

La columna ha terminado. Las historias se quedan y yo… también.

«*Venga, no te pongas filosófica ahora… aunque, bueno, por una vez te lo puedes permitir*».

Respiro una vez más, me incorporo despacio, miro la pantalla apagada durante un segundo más de lo necesario. No para

asegurarme de nada. Sino para despedirme. Sin palabras. Sin necesidad de escribirlo. Porque esta vez, no hace falta.

Recojo mis cosas sin prisa, no porque no tenga nada pendiente, sino porque por primera vez en mucho tiempo no hay nada que me obligue a quedarme un poco más, a revisar una frase, a releer un párrafo o a comprobar si algo ha funcionado como esperaba, y esa ausencia de urgencia, que debería resultar extraña, se siente sorprendentemente ligera.

El portátil cerrado, la libreta medio llena, ese bolígrafo que siempre aparece donde no toca… pequeñas cosas que han formado parte de una rutina que, sin darme cuenta, se convirtió en algo más que trabajo.

Me levanto, miro la mesa un segundo más de lo necesario y, justo cuando estoy a punto de salir hacia el despacho de Clara, escucho un aplauso aislado detrás de mí.

Uno. Solo uno. Me giro es Álvaro.

De pie, apoyado en su mesa, aplaudiendo con una seriedad tan exagerada que tarda exactamente medio segundo en romperse.

—Por favor —dice—, un mínimo de respeto para alguien que ha decidido abandonar el barco en su mejor momento.

—No estoy abandonando nada —respondo, cruzándome de brazos.

—Claro que no —continúa—, estás "cerrando una etapa", que es como se dice ahora cuando alguien toma una decisión cuestionable pero con estilo.

Algunos compañeros empiezan a reírse, y entonces me doy cuenta de que no es solo Álvaro; hay más miradas, más gestos, más gente pendiente de lo que está pasando.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto, aunque ya me lo imagino.

Álvaro alza una mano como si estuviera dirigiendo una escena.

—Un momento, por favor, que esto tiene guion —dice—. Hemos decidido, por unanimidad inexistente pero emocionalmente válida, que no te ibas a ir sin un mínimo de dramatismo digno.

«*Perfecto. Justo lo que necesitabas: un homenaje con sarcasmo*».

Uno de los compañeros aparece con una caja pequeña, no especialmente decorada, pero lo suficiente como para dejar claro que no es improvisada del todo.

—No es gran cosa —dice—, pero nos hacía ilusión.

La abro. Dentro hay una libreta nueva y un bolígrafo. Sencillo pero no casual.

—Para que no tengas excusa —añade Álvaro—. Porque lo de dejar de escribir no te lo creemos ni un poco.

Sonrío.

—No voy a dejar de escribir.

—Menos mal —responde—, porque habría tenido que intervenir.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero con mucho dramatismo.

Las risas relajan el ambiente y, por un momento, todo se siente menos definitivo, más ligero, como si la despedida no fuera un corte, sino una transición.

Álvaro se acerca y baja un poco la voz.

—Ahora en serio —dice—, has sido un dolor de cabeza maravilloso.

—Eso suena fatal.

—Lo es —responde—. Pero también has hecho que esta revista importe un poco más de lo que importaba antes.

La frase se queda en mi cabeza, sin ironía esta vez.

—Gracias —digo.

—No, gracias a ti por darnos trabajo extra gestionando comentarios incendiarios —añade, recuperando el tono—. Ha sido un placer.

Nos abrazamos y esta vez sí hay algo más que humor, aunque ninguno de los dos lo haga evidente.

«*Vaya, al final sí que te quieren*».

Me separo con una sonrisa y camino hacia el despacho de Clara, dejando atrás ese pequeño caos organizado que, sin pretenderlo, ha convertido la despedida en algo menos frío, más humano, más mío.

Cuando entro, Clara levanta la vista y, al verme, entiende sin preguntar que algo ha pasado fuera.

—¿Ya te han hecho el numerito? —dice.

—Algo así.

—Era inevitable.

—Lo sé.

La conversación con Clara es más breve, más contenida, pero no menos importante, y cuando salgo de su despacho por última vez, ya no queda nada pendiente.

Álvaro me lanza una última frase desde su mesa:

—Si en dos semanas no has vuelto, te voy a buscar.

—No me des ideas.

—Es tarde para eso.

Salgo de la redacción con la caja en la mano y una sensación distinta a la que esperaba, porque no hay tristeza pesada ni alivio exagerado, sino algo más equilibrado, como si todo hubiera terminado exactamente como tenía que terminar.

«*Bueno… tampoco ha estado mal*».

Respiro hondo. Y camino hacia lo siguiente.

Capítulo 4 5

El camino hasta el bar se me hace extrañamente ligero, no porque haya dejado de pensar, sino porque por primera vez en mucho tiempo no estoy intentando ordenar cada emoción mientras avanzo, como si la cabeza hubiera decidido, por fin, concederse una tregua después de semanas funcionando sin descanso.

Empujo la puerta.

Y, durante unos segundos, todo parece exactamente igual que siempre, con Lucas detrás de la barra colocando tazas con esa calma suya que nunca parece alterarse, un par de clientes hablando en voz baja y el sonido de una cucharilla chocando contra el borde de una taza con una insistencia innecesaria que, en otro momento, me habría resultado molesta, pero que ahora solo forma parte del paisaje.

—¿Ya? —dice Lucas al verme, sin levantar demasiado la voz, como si no hiciera falta más.

—Ya —respondo.

Asiente, como si esa palabra fuera suficiente para entenderlo todo, y continúa con lo que estaba haciendo sin añadir nada más, lo cual, viniendo de él, es bastante coherente.

Me acerco, dejo el bolso en la silla de siempre y me siento, esperando, no sé muy bien qué, pero esperando.

—¿Y? —pregunto al cabo de unos segundos, mirándolo.

—¿Y qué? —responde, sin girarse.

—No sé… —digo—, pensaba que ibas a hacer algo.

Lucas se encoge de hombros con total naturalidad.

—He limpiado la cafetera —dice—, que falta le hacía.

Le miro.

—¿En serio?

—Es importante.

«*Maravilloso. Has dejado tu trabajo para venir a esto: mantenimiento de maquinaria*».

Estoy a punto de responder cuando noto que algo cambia, no de forma evidente ni exagerada, sino lo justo para que deje de encajar del todo, porque las luces bajan ligeramente, apenas perceptible, pero suficiente como para que el ambiente se tense de una forma extraña.

—No —murmuro.

Lucas sonríe sin girarse.

—Yo no he sido.

Y entonces suena la música.

Demasiado alta para ese bar, demasiado repentina para ser casual, y antes de que pueda procesarlo del todo, alguien aparece con un micrófono que claramente no pertenece a ese lugar.

Álvaro.

Por supuesto.

—¿PENSABAS QUE TE IBAS A LIBRAR DE MÍ TAN RÁPIDAMENTE? —grita, con una intensidad que no necesita amplificación, pero que aun así utiliza.

Me llevo la mano a la cara.

—No puede ser…

—Oh, sí puede —responde, avanzando con una seguridad completamente injustificada—, porque si tú has decidido cerrar una etapa, yo he decidido que eso merece, como mínimo, un espectáculo ligeramente innecesario.

«*Perfecto. Justo lo que faltaba: tu despedida convertida en show*».

Los clientes habituales, que evidentemente sabían algo que yo no, empiezan a aplaudir, algunos riéndose abiertamente, otros levantando el móvil como si esto fuera lo más normal del mundo, y en ese momento entiendo que Lucas no ha organizado nada… pero tampoco ha impedido nada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Tu despedida —dice Álvaro—, pero sin ese tono reflexivo que tanto te gusta últimamente, porque ya hemos tenido suficiente de eso.

Lucas se apoya en la barra, cruzándose de brazos.

—Yo solo he dejado que trajera el altavoz —dice—, no me mires así.

—Traidor.

—Práctico.

Álvaro, completamente ajeno a cualquier intento de control, se sube a una pequeña tarima improvisada que probablemente nunca fue pensada para eso, pero que ahora cumple su función con una dignidad cuestionable.

—Atención, por favor —dice—, esta noche tenemos una única actuación, irrepetible, dramática y probablemente innecesaria, pero absolutamente obligatoria.

—Bájate de ahí.

—No.

—Álvaro…

—No.

Suspira, teatral.

—Vale —dice—, voy a empezar yo, porque sé que necesitas tiempo para asumir lo que va a pasar después.

—No va a pasar nada después.

—Eso lo decides ahora, no dentro de cinco minutos.

La música cambia y empieza a cantar, sin ningún tipo de vergüenza ni intención de hacerlo bien, pero con una entrega tan desproporcionada que resulta imposible no reírse, y el bar, poco a poco, entra en el juego, con aplausos fuera de ritmo, risas abiertas y esa sensación de caos controlado que, por alguna razón, encaja perfectamente.

Y yo me río. De verdad. Sin filtro. Sin pensar.

«*Vaya… igual esto sí que lo necesitabas*».

Cuando termina, baja del escenario improvisado con una reverencia innecesaria y se planta frente a mí, extendiendo el micrófono como si estuviera entregando algo importante.

—Tu turno.

—Ni de broma.

—Tu turno —repite—, o empiezo a contar anécdotas que no te van a gustar.

—No te atreverías.

—Me atrevería muchísimo.

Lucas interviene sin levantar la voz, pero con esa autoridad tranquila que siempre tiene.

—Canta —dice—, aunque sea mal.

—Gracias por el apoyo.

—Siempre.

Respiro hondo, miro alrededor y, por primera vez en todo el día, no siento peso ni presión ni la necesidad de hacer las cosas bien, porque ya no se trata de hacerlo bien, sino de estar.

—Vale —digo.

Álvaro levanta los brazos como si acabara de conseguir algo importante.

—¡Eso es!

La música empieza y canto, sin técnica, sin pensarlo demasiado, dejándome llevar por el momento más que por la intención, y mientras lo hago, algo termina de colocarse dentro de mí con una claridad que no había encontrado antes: no es la despedida lo que importa, ni el artículo, ni la revista.

Es esto. Este momento imperfecto. Esta gente. Esta risa.

Lucas mirándome como si no hiciera falta nada más.

«*Bueno… al final no era tan complicado*».

Cuando la canción termina, el aplauso es exagerado, desproporcionado y completamente innecesario.

Perfecto. Álvaro me abraza.

—Lo has hecho fatal —dice.

—Lo sé.

—Pero con estilo.

—Eso sí.

Lucas se acerca, me quita el micrófono con naturalidad y lo deja sobre la mesa como si con ese gesto estuviera cerrando algo sin necesidad de decirlo en voz alta.

—Ahora sí —dice.

Y esta vez, cuando lo dice, no hay nada más detrás.

No hay siguiente. No hay pendiente. Solo esto. Y sonrío.

Porque al final no necesitaba un cierre perfecto. Solo uno que fuera mío.

***

El bar se va vaciando poco a poco sin que nadie lo anuncie ni lo marque de forma evidente, como sucede siempre con los finales que no necesitan ceremonia, y en cuestión de minutos el ruido que antes llenaba cada rincón se transforma primero en un murmullo bajo, después en conversaciones aisladas y finalmente en ese silencio imperfecto que queda cuando un lugar ha estado lleno y todavía conserva algo de lo que ha pasado.

Álvaro se despide el último, como no podía ser de otra manera, deteniéndose en la puerta con un gesto exagerado, una reverencia completamente innecesaria y una última frase que intenta sonar ligera, pero que no lo es del todo.

—Esto no ha terminado —dice, señalando el suelo como si estuviera marcando un escenario invisible—, solo cambia de escenario, que es básicamente lo mismo pero con menos público.

—Vete a casa —respondo, negando con la cabeza.

—Eso intento —añade—, pero con dignidad dramática.

La puerta se cierra tras él y, por primera vez desde que entré, el bar se queda en calma, no en un silencio absoluto, sino en ese equilibrio tranquilo en el que cada sonido vuelve a tener su lugar sin imponerse sobre los demás.

Solo Lucas y yo.

Y algunas mesas por recoger.

—Bueno —dice él, mirando alrededor con esa naturalidad suya que siempre resta importancia a lo que, en realidad, la tiene—, ahora viene la mejor parte.

—¿Limpiar? —pregunto, arqueando una ceja.

—Siempre.

Me arremango sin pensarlo demasiado y empiezo a recoger las tazas más cercanas, no porque sea necesario que lo haga, sino porque necesito ese gesto sencillo, casi automático, que no implica tomar decisiones ni pensar en lo que viene después, sino simplemente hacer algo con las manos mientras todo lo demás se coloca por dentro.

—No tienes por qué —dice Lucas, acercándose.

—Ya lo sé —respondo—, pero me viene bien.

Asiente sin insistir, entendiendo que no se trata de ayudar, sino de quedarme un poco más en ese momento sin necesidad de darle forma con palabras.

Durante unos minutos no hablamos demasiado, y el sonido de los platos, de las sillas recolocándose, del agua corriendo en la cafetera y de los pasos sobre el suelo crean una especie de ritmo compartido que no resulta incómodo, sino casi necesario, como si después de todo lo que ha pasado lo único que tuviera sentido fuera esto: hacer algo sencillo, sin expectativas, sin intención de convertirlo en nada más.

«*Vaya… al final has cambiado los debates por recoger tazas. Evolución o agotamiento, difícil saberlo*».

Sonrío levemente para mí misma mientras dejo una taza sobre la barra y, cuando termino con la mesa, me apoyo un segundo en el respaldo de una silla, observándolo moverse con esa calma suya que nunca parece alterarse, como si todo lo que ha ocurrido no necesitara ser interpretado ni analizado, sino simplemente aceptado.

Lucas levanta la vista.

—¿Cansada? —pregunta.

—Un poco —respondo.

—Normal.

Se seca las manos con un paño y se acerca, apoyándose frente a mí con una cercanía que no invade, pero que cambia el tono de la escena sin necesidad de hacer nada más.

—Y ahora qué —dice, sin adornos, como si fuera una pregunta sencilla, aunque los dos sabemos que no lo es del todo.

La dejo en el aire unos segundos, no porque no tenga respuesta, sino porque quiero decirla sin convertirla en algo más grande de lo que es, sin necesidad de construir una explicación que la justifique.

—Ahora… —empiezo despacio— creo que por primera vez en mucho tiempo no tengo un plan inmediato, y aunque eso debería inquietarme más de lo que lo hace, lo cierto es que no me incomoda.

Lucas asiente ligeramente, sin sorpresa.

—Suena bien.

—Suena raro —añado.

—También.

Respiro hondo, dejando que la frase se termine de colocar.

—Pero está bien —digo—, porque ya no siento que tenga que correr hacia algo para demostrar nada.

«*Milagro confirmado: no tienes plan y no estás en crisis existencial*».

Lucas esboza una media sonrisa.

—Entonces vas bien.

Lo miro un segundo más de lo necesario.

—¿Y tú?

—Yo sigo aquí —responde, encogiéndose ligeramente de hombros—, que tampoco es un mal sitio donde quedarse.

La respuesta es sencilla, pero no es superficial, y en ese momento entiendo que no está diciendo solo dónde está, sino que no tiene intención de irse.

Se queda. Y eso pesa.

Hay un silencio después, distinto a los anteriores, más consciente, como si ambos supiéramos que lo que venga ahora no necesita dramatismo, pero sí cierta claridad.

—¿Y nosotros? —pregunto finalmente, sin rodeos, pero sin presión.

Lucas no responde de inmediato, no porque dude, sino porque, como siempre, elige bien cuándo hablar.

—Nosotros no éramos el problema —dice—, así que no veo por qué tendríamos que serlo ahora.

No es una promesa. No es una declaración. Pero es honesto y suficiente.

«*Bueno… no está mal para alguien que responde sin discursos*».

Doy un pequeño paso hacia él, reduciendo una distancia que ya no tiene sentido mantener, y dejo que la situación se resuelva sin necesidad de añadir más palabras.

—Entonces… —digo, sin terminar la frase.

Lucas me mira, esperando.

—Entonces me quedo un rato —añado finalmente.

Sonríe.

—Eso sí es un buen plan.

No hace falta más. No hay prisa. No hay necesidad de definir lo que viene después.

Lucas levanta la mano y aparta un mechón de pelo de mi cara con un gesto suave, sin intención de convertirlo en algo especial, y en esa sencillez hay algo que pesa más que cualquier declaración elaborada.

Me inclino ligeramente hacia él y el beso llega sin urgencia, sin necesidad de marcar un momento concreto, como si fuera la continuación natural de todo lo que ha pasado y no un punto de inflexión.

Tranquilo. Cercano. Real.

«*Vale… esto no lo habías escrito, pero tampoco está mal improvisar*».

Apoyo la frente un instante contra la suya y dejo que el silencio haga su trabajo sin necesidad de llenarlo.

—Creo que este final me gusta —murmuro.

Lucas sonríe, muy cerca.

—Entonces no es el final.

No respondo. Porque no hace falta.

Y por primera vez en mucho tiempo, no necesito saber qué viene después para quedarme.

Epílogo

Han pasado algunas semanas desde aquel último artículo, las suficientes como para que la intensidad de esos días haya dejado de sentirse como una urgencia constante y haya pasado a convertirse en algo más estable, más integrado, como cuando una etapa se cierra de verdad y deja de reclamar tu atención a cada momento porque ya no tiene nada más que decirte.

Sigo escribiendo.

Pero no de la misma manera, ni desde el mismo lugar, ni con la necesidad de cumplir con un ritmo que antes parecía inevitable, porque ya no hay una columna semanal que exija reacción inmediata ni historias ajenas que tenga que moldear para que encajen en un formato concreto, sino textos más libres, más pausados, más míos, que aparecen cuando tienen que aparecer y no cuando alguien espera que lo hagan.

Trabajo como *freelance*, colaboro con distintos medios y escribo cuando realmente tengo algo que decir, lo cual, durante los primeros días, resultó más incómodo de lo que me gustaría admitir, porque estaba demasiado acostumbrada a funcionar bajo presión, a producir desde la exigencia, a medir el impacto casi antes de escribir la primera frase, pero ahora, con el paso del tiempo, esa libertad ha dejado de parecer un vacío para convertirse en una forma de equilibrio que no sabía que necesitaba.

«*Vaya… resulta que no hacía falta incendiar nada cada semana para seguir teniendo voz*».

Clara me escribió hace unos días, con ese estilo suyo que no pierde el tiempo en rodeos ni en adornar lo que quiere decir, y su mensaje fue exactamente lo que cabía esperar.

"Siguen llegando correos pidiendo que vuelvas. Si quieres retomarlo, hablamos."

Lo leí sin prisa, sin esa necesidad automática de responder de inmediato que antes parecía parte del trabajo, y durante unos segundos me permití imaginar lo que habría supuesto decir que sí,

volver a ese espacio que seguía funcionando incluso después de haberlo dejado, recuperar esa dinámica que conocía tan bien y que, en muchos sentidos, también me había dado mucho.

Pero no. No hubo duda real.

La decisión no se tomó en ese momento, ni siquiera en ese mensaje, sino mucho antes, en aquel punto exacto en el que entendí que no quería seguir escribiendo desde el mismo lugar, en el que la columna dejó de ser una extensión natural de mí para convertirse en algo que ya no necesitaba sostener.

"No vuelvo. Pero gracias".

Fue suficiente.

Y, sobre todo, fue definitivo.

«*Madre mía… Clara leyendo eso con una sonrisa tensa. Icónico*».

Sonrío al recordarlo, no por la reacción que pueda haber tenido, sino porque no hay conflicto pendiente, ni necesidad de justificar nada, ni esa sensación incómoda de dejar una puerta entreabierta por si acaso.

La puerta está cerrada. Y no pesa.

Lucas sigue aquí.

Y lo curioso es que esa frase, que al principio parecía tan simple, ha ido cambiando de significado con el tiempo, porque ya no se trata solo de que esté, sino de que se ha quedado, de que ha formado parte de algo que no ha necesitado ser forzado, ni explicado, ni definido constantemente para avanzar.

Nuestra relación no ha cambiado de forma brusca ni ha necesitado grandes declaraciones para consolidarse, pero sí ha crecido con una naturalidad que, si lo pienso bien, habría resultado impensable para mí hace unos meses, cuando todo se analizaba, se medía y se cuestionaba antes incluso de tener tiempo de asentarse.

Estamos pensando en mudarnos juntos.

Y todavía me resulta extraño decirlo sin sentir que, en algún momento, debería añadir un matiz o una duda que lo suavice, porque si alguien me hubiera dicho, el día que entré por primera vez en ese bar y me sirvió aquel café que rozaba lo ofensivo, que terminaría planteándome compartir casa con él, probablemente

habría pedido otro café… solo para tener algo más de lo que quejarme.

«*Mentira. Habrías vuelto igual. Solo que con más argumentos*».

También.

Lucas aparece en la cocina con dos tazas en la mano y me mira como si ya supiera perfectamente por dónde van mis pensamientos, lo cual, teniendo en cuenta el tiempo que llevamos compartiendo cosas, empieza a ser inquietantemente habitual.

—No lo digas —dice, dejando una de las tazas delante de mí.

—¿El qué?

—Que el primer café estaba malo.

—Es que lo estaba.

—Era experimental.

—Era terrible.

Se apoya en la encimera con una sonrisa que no intenta defender su versión de los hechos, sino simplemente mantenerla por pura coherencia personal.

—Y aun así volviste.

—Porque pensé que nadie podía hacerlo peor dos veces seguidas.

—Gran criterio.

—Impecable.

«*Y aquí estás, conviviendo con un delincuente del café*».

Doy un sorbo. Está bueno. Esta vez sí.

El silencio que se instala después no es incómodo ni está cargado de significado oculto, sino que es de esos silencios que no necesitan ser llenados porque ya están completos, porque no hay nada pendiente que obligue a romperlos.

—¿Te arrepientes? —pregunta de repente.

La pregunta no pesa. La respuesta tampoco.

—No —respondo, sin necesidad de pensarlo demasiado.

Y es verdad.

No me arrepiento de haber dejado la columna, ni de haberme expuesto, ni de haber sentido más de lo que, en muchos momentos, habría sido recomendable, porque incluso en lo incómodo hubo algo necesario.

Y, desde luego, no me arrepiento de haberme quedado.

Lucas asiente, como si esa respuesta cerrara cualquier duda que pudiera haber tenido.

—Bien.

«*Vaya… parece que esta vez no hay giro dramático, ni sabotaje emocional, ni desastre inminente. Qué decepción*».

Me levanto, dejo la taza sobre la encimera y me acerco a él con una naturalidad que antes no tenía, como si hubiera dejado de analizar cada gesto para simplemente hacerlo.

—Creo que al final no iba de encontrar algo perfecto —digo, apoyándome ligeramente frente a él—, sino de encontrar algo que encaje sin necesidad de forzarlo, sin tener que estar constantemente preguntándote si debería ser de otra manera.

Lucas me mira, sin interrumpir.

—Eso suena a artículo.

—Lo sé.

—Menos mal que ya no tienes columna.

—Sí, Menos mal.

Sonríe. Y en esa sonrisa hay algo que no necesita ser explicado, ni definido, ni convertido en una frase brillante.

Mi conciencia, por última vez, aparece sin intención de molestar.

«*Al final no era el amor de tu vida… hasta que lo fue*».

Lo miro. Lo entiendo.

Y, por primera vez, no siento la necesidad de cuestionarlo.

Porque hay cosas que, cuando encajan, no hacen ruido, no piden permiso y no necesitan ser justificadas. Simplemente se quedan.

Y al final, no se trataba de escribir la historia perfecta, sino de quedarse en la que, sin darte cuenta, ya era la tuya.

FIN